

**LA BUENA  
COSECHA**

SHEILA MALDONADO

**D.J.57**

LA  
BUENA  
COSECHA

LA  
BUENA  
COSECHA



Sheila Maldonado

*No se permite la reproducción total o parcial de este relato, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual ( Art 270) y siguientes del Código Penal. Código. 1908081652318 I.M.S.*

**ISBN:9781089203636**

*Todos los hechos narrados en esta novela son totalmente inventados y sus personajes son fruto de mi imaginación, así como algunos lugares mencionados en el transcurso de la historia. Toda coincidencia con la realidad es pura casualidad.*

*A mi padre, por su gran tesón en ir siempre hacia delante, sin miedo.*

*A mi madre, por su voz melodiosa y apacible, porque es la música que siempre quiero escuchar.*

*Ambos están en el otro plano, pero les siento muy cerca, pues su amor quedó grabado para siempre en mi corazón.*



*Kilkenny, Irlanda.*

Las campanas de la Iglesia de Santa María, repicaban llamando al oficio una soleada mañana de principios de mayo. Construida a mediados del siglo XIX, destacaba su grisácea fachada de estilo neogótico, levantándose hacia las nubes plomizas como un fenómeno atmosférico cargado de su propia energía. El padre McGrath había sido destinado recientemente a Kilkenny para ocupar el puesto de reverendo que quedaba vacante. El anterior párroco, el padre Johnson, ya contaba con 80 años, y presentaba los achaques propios de la edad, precisando cuidados en la casa de reposo de la Orden benedictina: la abadía de *Jerpoint*, a las afueras de *Thomastown*, en el condado de Kilkenny. Recién restaurada para acoger a los que ya les tocaba la hora de jubilarse definitivamente.

Estar viviendo cerca de la tumba del obispo de *Ossory*, enterrado en la misma abadía, era todo un guiño a su futura ubicación. De hecho, como la orden de los Cartujos en España, que proceden a cavar cada día un poco sus propias tumbas como recordatorio de la fugacidad de la vida y la esperanza de descansar en el Espíritu Santo, así iría el anciano padre, jubilado de su santo oficio, apartando de su mente poco a poco su presencia en la Tierra, sumido en la rutina de las oraciones hasta que Dios dispusiera su muerte.

Kevin había preparado un discurso para la homilía en la que intentaría animar a los asistentes, en su mayoría mujeres, a colaborar con los más necesitados haciendo una pequeña fiesta popular, en la que con un donativo, pudieran contribuir a la suma necesaria para que, en este caso, una pobre anciana, la señora Anderson, pudiera pagar unas deudas que tenía con el banco,

unos recibos pendientes de luz y agua que podían hacer que perdiera su humilde hogar, una casita a las afueras del pueblo donde vivía con su marido inválido.

La prioridad para el joven reverendo era atender las necesidades de quienes tenía cerca, contribuir en la medida de lo posible a que, sobre todo los más desprotegidos, no pasaran penurias como esa, después de toda una vida sacrificada trabajando.

Los Anderson eran agricultores, hasta que por culpa de los vicios de su hijo que se dio a las drogas y el alcohol, tuvieron un fatídico accidente que cambió sus vidas para siempre. Aquel día que el chico decidió conducir para regresar a las fincas, llevando a su padre al lado, sus venas estaban invadidas de sustancias estupefacientes, y en un estado de euforia, tras haber ido a comprar los víveres de la semana en la ciudad, le dio por pisar a fondo el acelerador, y a pesar de los gritos de su padre alertándole del camión que tenían delante y que no podía adelantar en ese tramo de curvas, se atrevió a pasar al otro carril sin poder esquivar el otro camión que apareció de repente, chocando mortalmente, siendo tragados por el morro del gigante de hierro. El hijo murió en el acto, sesgado por el cuello. Se derribó su vida de golpe, y el padre quedó paralítico al fracturarse su espalda afectando a la médula espinal.

La tragedia del accidente se sumó a la imposibilidad de seguir adelante con las labores del campo, pues se pasaban el día entre hospitales y centros de rehabilitación, y al no tener seguro que cubriera esa desgracia, de la noche a la mañana se quedaron sin las pocas tierras que les quedaban al tener que venderlas ya que ella no se vio capaz, víctima de una honda depresión, de hacer frente a los problemas que conlleva la siembra y el cultivo así como la cosecha de la cebada para la producción de cerveza.

Tan solo les quedaba la casita que tenían a la salida del pueblo, herencia de los abuelos de la señora Anderson, pero sin ninguna otra fuente de ingresos que los trabajos de limpieza que ella hacía en varias casas, a duras penas iban tirando.

Edgar Keane, agricultor vecino de los Anderson, fue el comprador de la finca que, aprovechado la gran ocasión de extender su propiedad, les pagó una importante cantidad al desdichado matrimonio. No solo era su vecino, también era su amigo, y de vez en cuando les visitaba. Les iba ayudando, llevándoles productos de la huerta que mantenía en la propiedad adquirida, así como huevos, leche, y queso que fabricaba él mismo.

Pero el coste de los continuos viajes a Dublín para revisar la espalda, convertía la economía de los Anderson en un bolsillo con agujeros, siempre

acababa vacío. No tenían para los impuestos y ya les habían cortado la luz y el agua más de una vez.

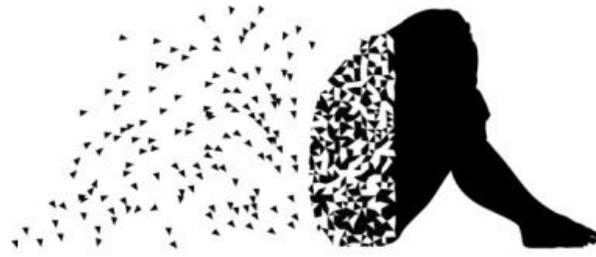
Edgar Keane fue quien puso en sobre aviso al reverendo de la precaria situación del desafortunado matrimonio, sobre el que pesaba ya una orden de desahucio.

Aparte de la acción solidaria de todos los feligreses asistentes, que saldaron la importante deuda de los Anderson, Edgar pidió al padre Mc Grath que anunciara en la misa que buscaba jornaleros para trabajar las fincas.

Eran doscientas hectáreas y estaban descuidadas. La cosecha había quedado relegada a consumo del ganado, para convertirse en pienso para el ganado, ya que el exceso de nitratos imposibilitaba que se pudiera convertir en cerveza esa malta nitrogenada en demasía.

Edgar Keane ya poseía 200 hectáreas de terreno, que sumando a las de los Anderson, duplicaría su producción; esperaba sacar 3.800 kgs de cebada por cada una. Iría en su totalidad, como ya venía haciendo, destinada a la producción de cerveza que llevaría el distintivo Kilkenny, una variedad carbonatada a base de nitrógeno que contenía aparte de cebada malteada, otra tostada, lúpulo, levadura y agua. Su graduación alcohólica estándar, del 4,3%. San Francisco de Asís, en 1710 junto a sus monjes fue el precursor de su elaboración, hasta que en 2013 se cerró la producción en la cervecería St Francis Abey, abadía franciscana que se levantó en 1231 con la llegada de la Orden.

Necesitaba mucha ayuda para cuidar con mimo las tierras de los Anderson y conseguir una buena cosecha, quería ofrecerles parte de los beneficios al haber comprado por buen precio sus tierras, pero antes tenía que invertir en más mano de obra, maquinaria y productos de abono.



## *Wexford*

Bernart Weber dirigía un grupo de lectura en la sección cultural del centro de apoyo de Wexford para amenizar las sesiones terapéuticas que allí trataban los casos de ansiedad y depresión en los que Esther Walsh figuraba como colaboradora principal. De largos y ondulados cabellos color castaño, brillantes y sedosos, era una visión que no pasaba desapercibida para nadie, pues su porte de elegantes movimientos y su tez de porcelana que sobresaltaban sus profundos ojos negros rasgados, junto a una sonrisa amable siempre dibujada en sus labios de frambuesa, era la modelo ideal y etérea que todo artista que amara la belleza, quisiera retratar en sus cuadros.

De gran espíritu crítico, Bernart contribuía como escritor en las columnas de importantes periódicos de tirada local e incluso nacional. Atlético, siempre cuidando su aspecto de manera impecable hasta el mínimo detalle, moreno, esculpiendo su cabello con fijador, sin que un cabello saliera del diseño de peinado previsto, de ojos azules hipnotizadores por su grandes órbitas, mentón romano, de un afeitado impoluto que casi parecía imberbe. Todo un dandi de los círculos literarios.

Destacaba por su dinamismo así como en su aspecto de triunfador, ensalzando cada cosa que hacía como si fuera el único que había subido al Everest, su afán era constante y arriesgado, pues no tenía fin en aspirar a más cumbres en sus logros, a destacar por encima de otros, hasta que con el tiempo él mismo acabaría siendo un miembro del grupo que recibía esa terapia en el que participaba como dirigente, ayudado en vez de ser el promotor de tal ayuda.

Conoció a Esther Walsh en las clases de interpretación a las que ambos acudían. Era una manera de introducirse entre figuras relevantes de las editoriales; recitar pasajes de obras para audiciones le permitiría conocer a fondo el mundillo de la divulgación literaria y así entrar con más ideas en un equipo

editorial. Su voz era perfecta para dar vida a personajes con características similares a su forma de ser: dulces, risueños, con esa pizca de romanticismo que hacía que cada frase fuera una manifestación de una gran capacidad de amar y esperar ser amada.

Leyó pasajes de *H.D. Lawrence*. “*Lady Chatterley*”, cuyo papel le iba a la perfección, dada la melancólica personalidad del personaje y apasionada historia que se tejía en la época victoriana.

Bernart la escuchaba conmoviéndose por momentos, imaginando a Esther interpretar esa escena como si fuera la propia Lady Chatterley en persona, por lo que inmediatamente decidió conocerla un poco más.

—Srta Walsh, déjeme felicitarla por la maravillosa interpretación. Nada más escucharla ha sido como aterrizar en pleno Modernismo anglosajón de inmediato. Además ha llegado a transmitir con profunda belleza lo que Connie sentía por su amante.

—Gracias, Bernart. Pero el mérito es del autor, que ha sabido plasmar con las palabras adecuadas toda esa emoción.

—No solo es usted brillante en interpretación sino que además es modesta y humilde. Dígame, ¿no le importaría venir a un programa de radio en el que participo los viernes para emitir esa misma escena? Precisamente vamos a tratar el tema del tabú en el erotismo a través de los tiempos, y no tenía nada preparado. Sería de gran ayuda su intervención.

Esther no lo dudó pues para ella era un paso para avanzar en su propósito.

—Cuenta conmigo. Será todo un placer.

—El gusto es mío. No todos los días se descubre una joya de voz como la suya.

Esther se ruborizó. Había algo en esa petición que intentaba expresar más de lo que en principio se trataba.

Los acordes de sus sueños comenzaban a sonar con mayor afinidad al recibir esta propuesta, pero no se imaginaba que hasta el mismísimo silencio hubiera sido preferible antes que soportar tanta tensión en su futura relación, no solo literaria sino también personal e íntima, ya que tras varias intervenciones en su programa de radio, llegaron a consolidar una buena amistad y finalmente un noviazgo que les llevó hasta un serio compromiso de matrimonio.

Se casó y el mortecino abismo de la depresión se instaló en la mente de Bernart.

Había conseguido su estrella, pero no era capaz de hacerla feliz. Su naturaleza no pertenecía a su mundo, eran especies diferentes que jamás podrían

conectar y a pesar de eso seguían juntos por inercia. Ella estaba hecha de nubes volátiles intangibles, él era de magma volcánico; evaporaría su esencia consumiéndola.

Estaba enamorado de su voz, y cuando al fin la tuvo entre sus brazos notaba que no la podía retener. Era intangible como la espuma de las olas, y sus besos se perdían en pura fantasía.

Más que amarla la adoraba.

Se complacía contemplándola igual que a una Virgen a la que se venera. La inmortalizó en su pensamiento desde aquella noche en la que festejaron su unión. Esa escena volvía a su mente en bucle:

Ella. Sus manos tan blancas y finas, de dedos delicados se posaban como mariposas en las teclas blancas y negras del piano de pared, situado en el salón escenario de sus apariciones. Él, sentado en su sillón favorito, tapizado con motivos florales, igual que los que decoraban los cortinajes del amplio ventanal del que contrastaban, en su centro, visillos de impoluta blancura que dejaban entrever el paisaje montañoso que se extendía al otro lado del cristal.

Algunas sombras se cernían en el espíritu esmaltado de pureza. Eran dudas, sospechas sobre su estabilidad como pareja que mermaba en interés.

En los suspiros de los nostálgicos desvelos de plenilunio, las pupilas de su corazón recorrían el filtro de raciocinio del día para acoger sin límite lo que de misterioso y enigmático se vestía durante la noche.

Eran más de las tres de la madrugada y sonaba la patética de Beethoven, resonando en ese antiguo piano que se obstinaba en que cobrara vida la solemne magistral obra del genio, cuyas notas abrazaban silencios que despertaban letargos en insomnios perpetuos.

Esther esbozó la mejor de sus sonrisas en una aprendida conformidad que alentaba a Bernart a seguir manteniendo esperanzas.

En el sinsentido de un te quiero, Bernart brindó por las caricias que esperaban en una piel por estrenar.

Las sirenas de los barcos vibraban despidiendo todo vínculo con tierra firme.

Esther también decía adiós a su libertad, a su inocencia y virginidad mientras que él daba la bienvenida al cielo que bajaba hasta sus pies.

El piano enmudeció recobrando su valor meramente estético. Ahora sonarían gemidos de notas delirantes que acompañarían los vaivenes placenteros del juego amoroso en plena lujuria carnal.

—Esta noche seremos dueños de nuestras ansias, podremos recorrer los páramos que quedan por explorar, derribando el cercado de toda vergüenza y

pudor, y cuando juntos alcancemos las cúspides del deseo, se abrirá un océano de máxima dicha que cubrirá todos nuestros desiertos.

Esa fue su noche de bodas, la de un matrimonio que pronto se desmoronaría al aparecer la sombra de la locura por las rendijas de una obsesión.



No poder volver a su casa para no encontrarse con Bernart era como una condena. Echaba de menos los paseos en barca con su padre, el experto pescador que también era su maestro, quien le enseñó a guiarse por la vida, a no tener miedo para enfrentarse a un destino incierto fuera de su hogar, lejos de Wexford pero segura sin la constante persecución de su ex marido que no acababa de aceptar la ruptura de su relación conyugal.

—Vete, Esther, quizás la vida te haya empujado a salir para experimentar, para que aprendas por ti misma, trata de ver las señales en tu camino. Estas aparecerán, tarde o temprano, y te dirán sin palabras cómo orientarte, dónde debes estar y qué debes hacer, cuál será tu misión, y sobre todo, siembra a tu paso buenas intenciones hacia todas las personas y todos los seres que te encuentres. Piensa que todo lo que hacemos en esta vida tiene su repercusión, y que aquí te están cerrando el paso, ya no tienes nada que hacer con nosotros, es tu momento de saltar. Ve y vuela, no tengas miedo, hija mía. Igual que Dios provee a las aves de alimento, no te encontrarás nunca sola, siempre estarás bajo su amparo y protección. Le verás en todo lo que te produzca armonía y paz. Pero también en lo que te aflija porque te estará advirtiendo de algún obstáculo a evitar y considerar para convertirse en una prueba más del destino y permitirte evolucionar como persona.

Fueron las palabras más emotivas que escuchó de su querido padre, despidiéndose de ella en la estación, sin saber siquiera qué tren iba a coger su hija, dejando a su libre albedrío la elección de la ruta a seguir para comenzar esa especie de viaje iniciático en pos de su libertad y búsqueda de su verdadera identidad.

Esther tomó un tren destino a Dublín, fue algo sin pensar, vio las próximas

salidas y sin dudar escogió ir a la gran ciudad donde poder encontrar más fácilmente un empleo en algún despacho, dada su formación administrativa. Su madre así se lo había inculcado, había que tener una base administrativa a pesar de haber estudiado interpretación, como era su principal afición. Trabajar con editoriales era una de las opciones por la que mostraba bastante interés, ya que le apasionaba la literatura y pasaba horas y horas leyendo obras, especialmente de autores con temática existencialista o sobre el psicoanálisis como *Sartre*, *Camus*, *Jung*, *Freud*. Así mismo se inclinaba por la literatura filosófica como las obras de *Khalil Gibran* y *Hermann Hesse* y sus compañeros de viaje fueron “*Siddharta*” y “*El lobo estepario*”, “*El profeta*” “*El loco*” lecturas que le ayudarían a encontrar su norte. Siempre hallaba entre sus páginas alguna reflexión que encajaba con su circunstancia personal.

“Por muy larga que sea la tormenta, siempre vuelve a salir el sol entre las nubes” *K. Gibran*.

“El ruiseñor se niega anidar en la jaula, para que la prisión no sea el destino de sus crías” *K. Gibran*.

“Cuando alguien que de verdad necesita algo, lo encuentra, no es la casualidad quien lo procura, sino él mismo. Su propio deseo y su propia necesidad le conducen a ello”. *H. Hesse*.

“Solo estamos asustados cuando no estamos en armonía con nosotros mismos”. *H. Hesse*.

La vida en Dublín supuso para ella otro lastre por soltar.

Tenía en su mente la idea de que, trabajar en un despacho, rodeada de papeles, ajetreada, al ritmo de una empresa en expansión en el mundo de las publicaciones literarias, iba a suponer una gran satisfacción y le haría sentir realizada ocupando su esfuerzo y dedicación en ese cometido que la relacionaba con su pasión los libros.

La creación de historias, el lanzamiento de proyectos que harían realidad los sueños de muchos escritores gracias a esas editoriales y a los lectores que sintonizaran con la temática y el desarrollo de sus obras, era un panorama que en principio la fascinaba.

Pero no fue así. En la editorial donde, gracias a su talento demostrable la contrataron enseguida, en pleno centro de la ciudad, se acumulaban cada día montones y montones de manuscritos que apenas tenía tiempo de hojear. No estaba allí para dar su opinión sobre los mismos y su contenido, sino para clasificarlos y eliminar los que no reunían las condiciones expresadas en su admisión, como márgenes no estipulados o tipo de letra inadecuada, detalles que

igual que el tamaño de los folios o el haber firmado por despiste los escritos con sus propios nombres, había de relegar su lugar a la destructora de papel.

Le daban enormes ganas de leer muchos de ellos, pero no tenía tiempo ni de suspirar. Tampoco podía llevarse a casa los que tenía que destruir. Eran expresas normas que nadie se podía saltar. Entonces, un día llegó a su escritorio un manuscrito muy especial.

Se titulaba: “*La buena cosecha*”. Hablaba sobre los campos de cebada. La autora los comparaba con la vida del ser humano. Según se protegía de las plagas, el cereal o tenía la proporción adecuada de nitratos y otros minerales, así resultaba ser propicio para la elaboración de cerveza o para pasar a ser pienso para el ganado. Las personas, igualmente, según la autora, dependiendo del encamado de las semillas, brotan para ser destinadas a uno u otro fin.

A Esther le pareció maravillosa esa óptica, podría ser un gran éxito esa novela, aunque la presentación del manuscrito no cumplía con los requisitos que la editorial imponía, por no haber incluido en el envío la dirección y el nombre en un sobre aparte. Quizás se despistó y consideró que era suficiente con el remite para identificarse y pasó por alto ese importante detalle que invalidaba su obra y no se sometería siquiera a debate sobre su publicación con el resto del equipo editorial.

Esther se las ingenió para escribir esos datos e incluirlos en un sobre, validando la obra para que la revisaran con detenimiento en el departamento de evaluación de la temática. Pero, aparte de haber ayudado anónimamente a esa autora, se sintió atraída por el mensaje que se deducía de su obra. Ambientada en la Abadía de San Francisco, en Kilkenny, lugar donde se estableció por primera vez la cervecera que en 1203 se originó con la llegada de los monjes franciscanos, era una obra con interesante referencias históricas, pues comentaba la labor de los franciscanos, que no solo llevaban la palabra de Dios sino que ayudaban a fomentar el trabajo en los campos haciendo prosperar la economía en la región a su vez.

Se acompañaba la historia de la descripción de lugares emblemáticos de la comarca de Kilkenny, y algo en su interior se comenzó a despertar. Se acordó de las palabras de su padre y vio en ese momento una estrella que guiaba su camino. “Cuando aparece la oscuridad es cuando podemos ver las estrellas” le había dicho en la barca, siendo ella pequeña, la primera vez que navegaba junto a su padre, el sabio pescador. Realmente, Esther estaba empezando a ver oscurecer sus días en esa oficina hasta que apareció esa obra, “*La buena cosecha*” como un punto de luz que destacaba para que mirara hacia arriba y se

preguntara si tenía que replantearse su vida de nuevo.

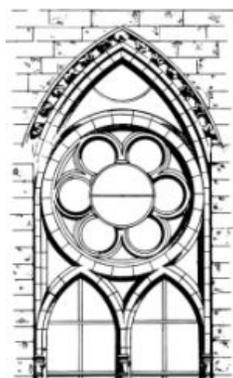
Señales, detalles que advierten que algo se conmueve en tu interior, que sientes una corriente que atraviesa en ese instante cerca de ti y te invita a seguir su curso, como un tren al que debes subir sin saber a dónde te va a llevar.

Y así fue como Esther tomó rumbo a Kilkenny. Quería ver esas extensiones de cereales, el contraste del amarillo de sus espigas con el verde de las praderas al fondo, los bosques que delimitaban parte del horizonte y perderse en el encanto de la ciudad medieval donde puentes y castillos recordaban una época de leyendas y hazañas históricas, contexto de numerosas lecturas en las que aparecían caballeros, damas, brujas, monjes, y un pueblo sometido malviviendo a base de grandes sacrificios.



## KEVIN MCGRATH

Desde que supo que tenía la capacidad de influir en los demás, de hacer que cambiasen el filtro de sus sentimientos más abrumadores, por otro más esperanzador, Kevin fue acercándose al camino de los que se visten de ayuda espiritual con hábitos de figuras religiosas. De esta forma se entregaría por completo a lo que estaba destinado a desempeñar en la vida, a ser guía para los que habían perdido su rumbo. Su padre le había pedido, desde el lecho de muerte como promesa a cumplir, que se convirtiera en sacerdote y así descansar en paz, pues desde pequeño le había acompañado a las celebraciones de la orden benedictina en la que él era destacado miembro seglar y siempre había soñado que su hijo llevara el mismo camino pero involucrándose por completo. Su pequeña fortuna fue a parar a la Congregación, y él, su hijo, iba a abanderar el seguimiento de esa práctica religiosa dando oxígeno con su peculiar forma de ser, muy cercano al pueblo y a sus primeras necesidades.



### *Día de San Patricio, 17 de Marzo*

La diócesis establece que la participación en los actos festivos puede contribuir a acercar al pueblo a la Iglesia, rompiendo barreras. Por ello, el reverendo Mc Grath pensó que era una ocasión idónea para que se familiarizaran con todo lo que representa el camino de la fe.

La cordialidad se hacía patente en esas reuniones de vecinos que se juntaban para conmemorar el día de San Patricio. Pero Kevin Mc Grath quería innovar, no quería aburrir a los presentes con sermones productores de bostezos, sino que ideó un discurso que realmente les iba a interesar.

Él se había criado en el campo, su familia se había dedicado a trabajar las tierras con cultivos de cereales diversos y sabía de los problemas de los agricultores. En algunas caras se dibujaba la preocupación porque ese año la plaga se había cebado con buena parte de la producción. Por ello, se comprometió a subsanar la falta de ingresos que esa cosecha perdida había ocasionado. Sabiendo de la afluencia turística, dado el interés histórico artístico de ese precioso condado irlandés, propuso algo que tenía que ver con ese buen foco de economía que aún se podía explotar satisfactoriamente.

Cada vez eran más numerosos los viajeros que allí acudían buscando un alojamiento rural, para estar en contacto directo con la naturaleza y la gente sencilla del campo, pero no había suficientes casas para toda la demanda solicitada.

Por ello, dado que cada finca o cada granja disponía de terreno adyacente a la casa, este podría hacerse servir para instalar bungalós o en el caso de los dueños de esas tierras tuvieran habitaciones libres en sus casas de campo, podrían hospedar a quienes desearan integrarse en la forma de vida de los

campesinos y compartir con ellos veladas de charlas, paseos, rutas agronómicas, y, por qué no, entretener a los niños en caso de núcleos familiares que quisieran acercar a sus hijos la realidad más sana y saludable, lejos del ruido y la contaminación de la gran ciudad.

Nadie lo había intentado porque sabían de los permisos que se requerían para levantar un negocio turístico, pero el Padre Mc Grath podría mediar entre los interesados y las autoridades, alegando que era un proyecto para desahogar a las familias afectadas por esa terrible plaga en sus cosechas.

Ese día, en medio de la plaza, Kevin esparció la semilla de la esperanza en muchos hogares.

Se ganó el afecto de los parroquianos que le agradecían como podían, la gran ayuda.

Él mismo fue el motor impulsor de esa iniciativa, haciendo pública en un tiempo breve, la oferta de alojamientos rurales ya determinada con sus parroquianos, en las distintas agencias de turismo, con el fin de solidarizarse con los que habían tenido importantes pérdidas.



### *Principios de verano, Dublín.*

Esther, desde Dublín, sentía que se le hacía cada vez más duro seguir con esa rutina, pero de momento no podía volver a su casa en Wexford.

Esperaba atentamente, tal como dijo su padre, la llegada de alguna señal que motivara un cambio.

*“Si quieres que una paloma que está en el suelo, despliegue las alas, has de ir a por ella, acorralarla y entonces no tendrá más remedio que levantar el vuelo”* recordó, pronunciado por su madre, que también le enseñaba a través de ejemplos, la sabiduría de la vida. *“Solo si estás molesto es cuando te mueves y cambias de sitio, así es como se avanza en la vida”*.

Al salir de la oficina, esa tarde de principios de verano, se fijó en la oferta publicitaria de una de las cristaleras de la cafetería donde iba a disfrutar de su merienda, un panecillo de ensalada con hamburguesa vegetal a base de zanahoria y algas con setas.

Le gustaba ese sitio, tenía las mejores hamburguesas vegetales de todo Dublín, con una gran variedad de ingredientes, además de ensaladas y pasteles integrales ecológicos que tomaba para acompañar sus torres de café de por las mañanas para afrontar las pilas de manuscritos por clasificar.

Entró y se pidió una cerveza para acompañar el pequeño menú. Le gustaba bien fresca, y era lo primero que hacía al sentarse en el banco mullido pegado a la pared de madera, daba unos buenos sorbos que dejaban la espuma blanca sobre su labio superior, la que recogía con el labio inferior como un acto reflejo y así embriagarse del sabor de la malta en toda su boca, por dentro, y del borde de la misma.

Preguntó a la chica que le llevó a la mesa el pedido, sobre el anuncio que tenían en el escaparate, y esta, acto seguido, le trajo uno de los panfletos del mostrador, acompañando esa información.

Se trataba de una interesante forma de conocer los parajes medievales, las ruinas, la abadía de los monjes franciscanos, el castillo y sus dependencias, y especialmente toda una forma de vida en plena comunidad agrícola dedicada al cultivo de cereales así como granjas en las que no faltaban vacas productoras de leche y buenos quesos, gallinas, ovejas... que ofrecían como un parque temático sus puertas abiertas para todo aquel que quisiera experimentar esa forma de vida. Como alojamiento se describían con fotos, las cabañas adyacentes a las propiedades de los granjeros o bien en sus mismos hogares, en régimen de alojamiento y desayuno como los típicos b&b. Bed and breakfast.

Al ver la información de la zona, le sobrecogió una especial sensación. Se sintió llamada a conocer ese lugar, a adentrarse con esa facilidad en la forma de vida de los campesinos, pues ella desconocía el día a día de quienes se dedicaba a la agricultura, y en parte tenía gran curiosidad. Para ella era un mundo nuevo por descubrir, acostumbrada al mar, a navegar con su padre y cosechar en sus aguas.

La chica le llevó el succulento manjar y la bebida, entonces Esther aprovechó y le hizo otra pregunta:

—¿Cuándo habéis puesto estos anuncios? No los había visto.

—Ayer a última hora.— y mirando en el cartelito le señaló el nombre de la agencia que promovía esa iniciativa turística rural.— Mira, los trajeron de esta oficina de viajes. Es la que está en la calle paralela a esta. Allí quizás te puedan orientar o puedes llamar directamente, el número está al final junto al nombre de la empresa. *“Live and travel”*

—Gracias, me acercaré a preguntar mejor. —y devolviéndole la sonrisa, pagó su consumición para poder marchar una vez que acabara de mitigar el hambre con la deliciosa hamburguesa y haberse refrescado con la caña de cerveza espumosa.

En cuanto acabó se dirigió a la dirección facilitada. Era casi la hora del cierre, estaban a punto de girar el cartelito para indicar *closed*, pero a tiempo empujó la puerta para acceder al interior y , al menos preguntar por el destino de esos panfletos turísticos tan atractivos por su acercamiento al medio rural.

La empleada, con prisas, le soltó rápidamente toda la información, pero no acababa de situar geográficamente el lugar de tales destinos.

—¿Dónde está exactamente esta propuesta? ¿En qué localidad? —Insistió Esther, para satisfacer su curiosidad con la respuesta exacta que necesitaba escuchar.

—En el condado de Kilkenny.

Esther enseguida vio salir el sol a través de esa respuesta, no le hacía falta esperar más. Ya era la segunda vez que le había llamado la atención esa ciudad y ahora estaba convencida de que era su nuevo destino. Desde hacía mucho tiempo había querido ir allí pero por otros motivos, como el de ver por sus propios ojos los monolitos de piedra tan bien perfilados que se encontraban esparcidos por parte de esa comarca.



La agencia no acababa de convencerla en el destino a ubicarse. Por lo que dejó que el impulso la llevara y experimentar por sí misma en qué casa alojarse.

No tenía temor por ir a la deriva, a la aventura de lo desconocido.

El tiempo era apacible. Se podía permitir incluso dormir al aire libre si es que no llegaba encontrar nada de su gusto.

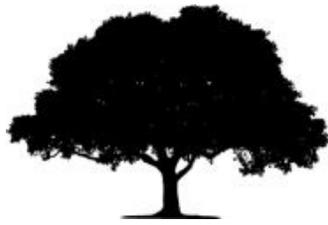
Y así fue como cogió sus cosas, llamó a la editorial, pidió el finiquito y se marchó en el primer autobús dirección a Kilkenny.

A medida que se iba acercando al final del trayecto, su corazón iba latiendo más deprisa, presa de una inquietante sensación que auguraba la gran aventura que iba a vivir. Por fin llegó y deambuló por las calles de la ciudad, pero su instinto la llevó a las afueras, tomó otro bus sin saber a dónde se dirigía, y al ver cierto paisaje que le llamó especialmente la atención y le produjo un sobresalto en su interior, pidió al conductor que parase, que ya había llegado.

El destino quiso que su viaje acabara en la finca de Edgar Keane.

Rodeó la propiedad, equipada tan solo con una mochila, buscando donde acampar, y justo en la zona que limitaba la anterior propiedad de los Anderson con el río, se extendía una majestuosa y bella panorámica que enseguida la hechizó.

La verde pradera, el canturreo de las aves, la floración silvestre, las aguas cristalinas de ese brazo del río, su ribera alfombrada de hierba fresca y suave donde reposar el baño y prenderse de sol, era todo un paraíso a perpetuar. Enseguida conectó con la esencia del lugar, sintiendo que era allí donde ella pertenecía, donde se encontraba su hogar, donde se desplegaban las ansias de unirse a cada elemento para formar parte del conjunto natural.



Esther se quedó dormida bajo la sombra de un tejo, árbol que amparaba bajo sus frondosas ramas, el descanso de la joven viajera.

A la mañana siguiente paseó por las inmediaciones, respirando libertad, sumergida en un sueño del que no quería despertar. Se subió a una roca que para ella representaba una especie de altar, desde donde divisó algunos monolitos que a ella le parecieron significativos por sus formas angulosas. Estaban situados en círculo, caprichosamente, y seguramente formaban parte de un espacio para hacer rituales en una antigüedad muy remota.

Había encontrado muestras de estar ante un sitio realmente especial.

Allí se sentía bien, pero no se decidía en preguntar si tenían alojamiento para ella en la casa que se veía al fondo de las fincas, en una planicie que formaba una especie de plaza junto al establo y la granja, porque primero quería experimentar por sí misma, todo que ese sitio le estaba transmitiendo. Era como una limpieza espiritual que iba arrastrando la piel muerta de su anterior vida para convertirse en otra persona, una nueva Esther sin miedo, protegida por una fuerza que cada vez más se iba instaurando en su interior a medida que contemplaba con cada vez más firmeza, la opción de quedarse en ese lugar el mayor tiempo posible. Iba y venía de la ciudad para hacerse con las provisiones para pasar el día, y en la medida que pudo, intentó no hacerse visible a los que allí trabajan en los cultivos o en la granja, así como procuraba no acercarse a la casa para no ser vista.

Edgar Keane, sin embargo, ya la había visto merodear por sus terrenos, aunque Esther no se dio cuenta. Y se sintió atraído por ella.

Medio escondido, la sorprendió comiendo algo de fruta; pensó que no le vendría mal probar productos de su granja, y así fue comenzó a dejarle envueltos en paquetitos de tela detalles que la hicieran sentir aceptada en ese lugar. Algo de queso, unas manzanas, que ella supo de inmediato eran señales de haber encontrado su camino pues era bienvenida.

El hecho de que Edgar viviera por y para la finca, centrado en su trabajo, hizo que no tuviera ocasión de frecuentar en la ciudad, ni festejar con mujeres; era más bien un hombre solitario, pues por allí no había chicas dispuestas a sacrificar sus vidas con un marido volcado en la tierra, preferían tontear con hombres de ciudad que las sacaban a bailar y a lucirse por la plaza mayor. Así que nada más ver a esa chica tan bella, cerca de su mundo, sola, y con una desbordante pasión por la naturaleza que reflejaba la forma en cómo disfrutaba en sus paseos, ayudó a que se enamorara de ella.

Acabaron conociéndose, pues ella le vio en su tractor, y le pareció un hombre tranquilo, en el cual podría confiar, con apariencia noble, de corpulencia delgada pero fuerte, de mirada clara, algo triste en su semblante y cabello rubio y fino, de ojos almendrados que eran el espejo de su alma, un ser lleno de bondad.

Se presentaron y, comprendiendo la razón de la visita, aunque Edgar no había ofrecido su casa para hospedar a los posibles turistas, ya que él no precisaba de esa ayuda al no padecer la plaga en sus cultivos, le ofreció su propia casa para que se acomodara en ella y disfrutar de su estancia. Ella se sintió atraída por la sencillez de ese hombre y su gran hospitalidad, y a cambio, le propuso contribuir en los trabajos de la finca, pues seguramente no le vendría mal una ayuda en la granja, en las tierras, donde fuera preciso.

Él vivía solo en la casa y aunque contaba con la ayuda de Rebeca, la mujer de uno de los jornaleros, que se ocupaba de preparar la comida y mantener la casa, no le vendría mal que Esther atendiese la pequeña granja anexa.

Cuidarse de las gallinas, algunas ovejas y ordeñar las vacas fueron para Esther, que deseaba cambiar completamente de tareas y ocuparse de, para ella bellas criaturas, era una buena oportunidad para comenzar de nuevo.

Con los días, entre ambos surgió una bella amistad que fue dando paso al amor. Para acallar los rumores de quienes pudieran criticar su noviazgo conviviendo juntos, pues la gente de esa comarca era de un puritanismo muy conservador, decidieron casarse. Esther tuvo así a su segundo marido, pero esta vez las ventanas de la vida estaban iluminadas por la amplitud de un radiante e infinito horizonte.

De vez en cuando, sus padres desde Wexford la llamaban alarmándola para que por nada del mundo volviese, ya que su ex marido no hacía más que preguntar por ella. Entonces, abatida por ese pesar, sintiéndose perseguida, se refugiaba en el pequeño bosque, donde intentaba olvidar esa pesadilla sumergiéndose en las aguas del río que limitaba la finca, cercana a una antigua construcción en ruinas.

Una tarde, Esther tomaba su baño, dejando que los rayos de sol brillaran en las minúsculas gotas de agua que se posaban en su piel, como de costumbre, apreciando esa sensación tan agradable. Sin pretenderlo, y sin que ella se diera cuenta, el reverendo Mc Grath la vio. Venía de una vieja construcción donde solía ir a meditar, muy cercana a la propiedad de Edgar y se dirigía al camino que bordeaba el río para atajar y volver a su coche, aparcado al otro lado de la finca.

Quedó impresionado por la feminidad tan deslumbrante, la naturalidad con la que esa joven se deslizaba por las aguas, desnuda, sin pudor alguno, creyendo que estaba completamente sola. Fue una visión que cegó por completo su espíritu volcado en la castidad y la obediencia para sentir tentaciones terrenas. Se sintió hombre, cosa que no había sucedido desde hacía años.



D.E.P.

El comienzo del otoño avanzaba coloreando de tonos amarillentos y cobrizos toda la extensión arbórea del páramo que rodeaba la finca de la recién viuda Esther Walsh.

La muerte sorprendió a Edgar estando solo en una de las fincas. Sufrió una parada cardíaca debida a una lesión congénita en una de las arterias coronarias que Esther desconocía, pues él no quería preocuparla. Precisamente ese día, el reverendo Mc Grath iba a hablar con él para proponerle que formara parte de un proyecto que le facilitaría mano de obra. Esther acompañaba a Kevin en su todo terreno pues había ido a la ciudad esa tarde y coincidieron en una cafetería. Al ir a buscarle por las fincas, le encontraron tirado en medio del camino, justo al lado del tractor.



Kevin Mc Grath, reverendo de la Iglesia de Santa María de Kilkenny, vio con sus propios ojos el cuerpo sin vida de Edgar, justamente el día de su trágica muerte.

Aquel día en que murió Edgar, dejando viuda a Esther, el reverendo sentía una imperiosa necesidad de acudir a la misma finca donde su propietario iba a sufrir un infarto. Hacía tiempo que le daba vueltas a la cabeza un proyecto de reinserción que precisamente necesitaba de la ayuda del desafortunado agricultor.

Le habían ofrecido desde la comunidad católica de España, participar en la búsqueda de puestos de trabajo relacionados con la agricultura para jóvenes que dejaban las residencias en las que habían sido tutelados, donde habían vivido

prácticamente su adolescencia y anteriormente su infancia en otras instituciones que se habían cuidado de ellos al no tener familia o proceder de núcleos parentales desestructurados.

Pensó en Edgar, al que consideraba un hombre honrado, muy trabajador y con fama de tratar con respeto y camaradería a todos los jornaleros que contrataba.

Era imprescindible para esos chicos que quisieran hacerse un hueco en el campo, aprendiendo técnicas de cultivo, que tuvieran un buen maestro, y nadie mejor que él para tal cometido. Seguramente acogería con gusto al equipo juvenil al que enseñaría a labrar, cosechar, fertilizar, y amar el trabajo del campo. Muchos de los agricultores que tenían fincas por la comarca disponían de mejores medios con más maquinaria y modernos sistemas de riego, mejores tractores o incluso mayor extensión de terreno, pero no tenían el carácter apropiado ni la paciencia necesaria para, además de hacerse entender, ya que apenas sabían inglés, orientarles en las faenas y dedicarles atención.

*“Siento una imperiosa necesidad de hablar con Edgar, proponerle que acoja a cuantos chicos estén dispuestos a enviarme desde España para darles un porvenir en estas tierras tan prósperas donde podrán dar servicio a sus manos y convertirse en verdaderos agricultores.”* — Se decía Kevin Mc Grath, saliendo de la sacristía de la Iglesia para ir a tomar un café antes de acercarse a la finca de Edgar.

Fue en esa cafetería donde se encontró por casualidad con Esther, la mujer del dueño de las fincas que iba a visitar. Ella le causaba un tormento interior difícil de apaciguar, y llevar a cabo el proyecto cerca de su presencia le ayudaría a entender por qué se sentía tan profundamente atraído por su magnética aura femenina.

El establecimiento, abarrotado a esas horas de la tarde, en las que se llenaba de oficinistas que acababan su jornada o de grupillos de jóvenes que salían de sus clases, le dejaba la opción de quedarse de pie en la barra atestada igualmente de gente o sentarse en la única silla que quedaba libre al lado de la ventana, justo delante de una chica que ocupaba la mesa y que parecía estar sola tomando un café; así pues, como algo que se consideraba muy normal en ese sitio tan familiar, se tomó la libertad de ocupar el asiento no sin antes preguntarle a la joven.

—¿Puedo sentarme? Está todo ocupado y he visto que estabas sola. *Fue la forma de entrar en contacto con ella, que dejó de ser en ese mismo momento una desconocida, para comenzar a entablar conversación y convertirse en la*

*persona más importante de su vida.*

Esa chica sentada junto a la ventana, era Esther. Había acudido al centro a buscar trabajo, ya que su marido, en una extraña actitud que la sorprendió sin esperárselo, le recriminó haber hecho demasiado gasto con las compras de la mañana y quería contribuir con su propio sueldo en la economía familiar. Edgar era muy previsor, y contaba con los posibles imprevistos que podrían surgir a los que hacer frente, sobre todo en lo referente a las condiciones de la cooperativa en cuanto a los pagos, y que pudieran dar un giro en sus expectativas económicas. Pero ese día estaba especialmente agitado y el imprudente comentario motivó a Esther, en ese tormentoso día, a encontrar una fuente de ingresos extra.

Kevin, frente a ella en la cafetería, la volvió a mirar y se dijo a sí mismo que no había visto nada más hermoso en la Tierra. Nada que le turbase tanto el ánimo y le provocara ese nerviosismo que le costaba ocultar.

La primera vez que la vio en el río, cerca del templo en ruinas donde solía ir a meditar, fue una estampa reveladora. La sorprendió como una auténtica Venus dándose un baño. Eclipsó su mundo con el destello de su belleza y desde entonces, el eje de sus principios estaba a merced de ese recuerdo, de esa visión inolvidable.

Ella le había visto en la Iglesia por la mañana, le había escuchado atenta cuando pronunciaba palabras alentadoras que llenaban de esperanza los ánimos de todo el que acogiera sus consejos, y sintiendo que daba en la diana de sus emociones en ese momento, agitada por el recuerdo de Bernart y la imposibilidad de volver a Wexford, acabó en un mar de lágrimas que hicieron que tuviera que marchar de la Iglesia, sobrecogida, como si la herida de ese pasado hubiera vuelto a abrirse doliendo de nuevo.

Ella había ido en autobús a Kilkenny, por lo que aceptó la invitación de ir en su coche ya que iban a ir al mismo sitio, a las fincas donde Kevin intentaría convencer a Edgar de tal proyecto laboral y solidario.

La tormenta se desató por el camino, pero disfrutaron de esa visión el uno junto al otro, en un momento único que rasgó, igual que los rayos que atravesaban el cielo, sus destinos en tortuosos pero apasionados derroteros.

Se produjo algo entre ellos en ese trayecto que intentaban evitar. Sin embargo, era verse y querer huir para no delatar en sus miradas todo lo que estaban empezando a sentir. Era una fuerza abrumadora, desesperante, que movía unos hilos invisibles que les ataban cada vez más estrechamente.

Se cerró la vida de Edgar y se abrió de par en par la presencia de Kevin Mc

Grath abarcándolo todo, su alma, su corazón, su necesidad de sentir profundamente el amor a un nivel espiritual y humano.



Esther decidió seguir con los trabajos agrícolas basados en la producción de cebada, y cumplir lo pactado con la cooperativa local.

Gracias a la ayuda del reverendo Mc Grath, que se ocupó de las tierras llevando a un grupo de jóvenes venidos de España de centros de acogida, dispuestos a aprender a trabajar en la tierra, la viuda Walsh pudo hacer un viaje a su ciudad natal, Wexford, para pasar unos meses con su familia. Necesitaba vivir el duelo lejos del paisaje que le recordaría contantemente a su difunto esposo, y aprovechó que Bernart, su acosador ex marido, estaba de vacaciones, según fuentes de su cercanos parientes que avisaron a los padres de Esther para que pudieran estar tranquilos una temporada.

En la finca quedaron los jornaleros cuidando de las cosechas, tal como venían haciendo antes del fallecimiento. También estaba Rebeca, la esposa de uno de ellos, que se ocupaba de la casa y atendía la pequeña granja adosada.

Inmediatamente. Esther supo que ese hombre tenía algo más que vocación sacerdotal, su impulso creaba dinamismo a su alrededor.

La finca funcionaría mejor que nunca.

Cuando se acercó a la iglesia de Santa María para pedir por una buena cosecha, se confesó para intentar calmar su alma atormentada.

Se arrepentía de haber causado tanto daño a su anterior marido creándole ilusiones de permanecer juntos para toda la vida como así pensaba ella antes de que él enfermara de obsesión.

El hecho de que sus padres tuvieran que estar siempre aguantando las incansables preguntas sobre su paradero y procurar que ella no tuviera ninguna visita inoportuna de su ex quizás con secuelas violentas, minaba su conciencia

con un gran sentimiento de culpabilidad.

—Por mí, mis padres tienen que soportar que mi ex marido los aceche y vivan con tensión esos momentos en los que intentan protegerme de su obsesión por dar conmigo. —Se confesaba la viuda Walsh.

—Es necesario que esa situación se acabe. Debes hablar con él y solucionar ese tema de una vez. —Aconsejaba el reverendo Mc Grath.

—Él no atiende a razones, si me comunico con él, no parará hasta saber dónde estoy para espíarme, para intentar volver conmigo; no acepta que no quiera estar a su lado.

—Creo que es un caso difícil, tal como me cuentas. No puedes arriesgar tu vida dando tu dirección a nadie, lo comprendo, pero esa persona necesita que alguien, quizás un profesional, le ayude a aceptarlo y asumir que debe olvidarte, respetar tu decisión de vivir tu vida y que él rehaga la suya.

—Siempre fue celoso, enfermizo en extremo. Mi error fue hacerle creer que lo nuestro era eterno. Al principio así lo creía, hasta que enfermó de delirios paranoicos y me convertí en una cautiva, llegando a temer por tener criterio propio porque se molestaba si pensaba distinto a sus creencias u opiniones.

- Pero ¿cuál fue el detonante de ese cambio en su actitud?

—Bueno, puede que él creara su vida en torno a mí. Y cuando me fui se desmoronó todo su mundo.

—Entonces a él le iría bien un cambio, un nuevo rumbo en su destino, conocer a más gente, viajar, experimentar que puede ser amado y querido por otras personas, y sobre todo que él se debe amar, intentar sacar lo mejor de sí mismo para verse capacitado sin ti, que es lo que debe ocasionarle el mayor freno para avanzar; no sabe llenar el vacío que has dejado en su vida.

Las verdades llegan como agua en mayo, listas para preparar la tierra, para que germinen nuevos brotes de esperanza en el desierto de la ignorancia.

Ella se fue y él la despidió en el autobús con una sonrisa alentadora y una mirada profunda y cálida. Algo de sí misma se quedó con él, y en el fondo sabía que a él le pasaba lo mismo, que la tendría en su pensamiento no solo para llevar la finca sino para esperarla regando las raíces de algo muy bello que nació entre los dos.

Nada más dejó de ver el autobús perdiéndose entre los valles, fue a la sacristía para hacer unas cuantas llamadas.

Se comunicó con la sede de la comunidad religiosa en Dublín. Quería que le ayudaran a dar luz a un asunto relacionado con Bernart, el ex marido de Esther, pues temía por ella y quería saber la clase de persona que era. Le pusieron en

contacto con el departamento de psiquiatría de Wexford. Les pidió secretamente un favor, que buscaran algún dato sobre un tal Bernart Miller, y su historial delictivo si es que existía.

Al poco recibió un correo desde esa localidad, diciéndole que tenía varias denuncias por acoso a la familia Walsh.

Eso fue el colmo, tomó la determinación de solucionarlo sin decirle nada a Esther. No quería preocuparla. Si ella supiera que sus padres habían vivido situaciones de tanta tensión hasta el punto de tener que denunciarlo, sería capaz de buscarle para enfrentarse a ese monstruo.



Fueron días de recuerdos, de nostalgias, y frecuentes abrazos. También se encontraba allí su hermano, y fue quien la acompañó, junto a su padre, a esparcir las cenizas de Edgar por el océano, en un discurso que ensalzaba la perpetuidad de los sentimientos sinceros, integrándose en el alma del Universo.

Era la ocasión perfecta para estar todos juntos, y desvelar el resultado de ese viaje que emprendió hacía ya un año, con todos sus misterios y aventuras, un viaje que continuaba ahora en una nueva etapa.

Sus padres no le dijeron nada sobre los asaltos e interrogatorios de Bernart, pues no querían preocuparla. Estaban deseando que volviera a marchar de allí porque cada minuto de su estancia en Wexford era como pisar minas, no se sabía cuando la podía reconocer algún amigo de su ex marido para ponerle al corriente del regreso de Esther y entonces estallaría toda la pólvora contenida a presión.

Pero sus padres se quedaron más tranquilos sabiendo que el reverendo estaba al cuidado de ella, además se había comunicado con ellos rogando que no le dijeran nada a Esther sobre sus llamadas. Desde la sacristía siempre rezaba por ella, pero no le bastaba con ello, precisaba saber si todo iba bien en su ciudad natal y ante todo, cuándo regresaría.

La vuelta a Kilkenny de la joven viuda, en el autobús que tomó al mes de estar con su familia, fue igualmente sobrecogedora, como el primer viaje que hizo en esa dirección, entonces desde Dublín. Su corazón palpitaba con la misma agitación, aunque ahora con un especial temor. Pensar en el reverendo, en sus melodiosas y profundas palabras, en su mirada llena de ternura y pasión a la vez, era igual de peligroso que irresistible, se estremecía solo de imaginar su sonrisa recibéndola de nuevo.

Por el camino iba leyendo un libro que le llamó mucho la atención nada más verlo en la librería. Trataba sobre la extraña relación entre el ritmo circadiano de las personas y Marte. Le pareció muy curioso que, siendo de 24 horas, como se ha estipulado siempre, cuando se entra en una cápsula de aislamiento sensorial, resulten 24 horas y 40 minutos, el mismo que sería si viviéramos en Marte. Así mismo, se explicaban los efectos beneficiosos al introducirse en una de esas cápsulas, llegando a encontrar un maravilloso equilibrio que armonizaría toda la energía del organismo y de la mente así como influiría en el espíritu liberando muchas cargas emocionales.

Pensó que sería una estupenda ayuda para Bernart, que pudiera solucionar sus demonios internos entrando en esa cápsula, desbloqueándose completamente.



## El regreso de Esther

El goteo de la lluvia orquestaba un incesante martilleo sobre las hojas que se convertían en instrumentos de percusión dotando de intensidad las emociones que se amparaban bajo la copa del gran tejo.

El reverendo Mc Grath había estado representando este momento del reencuentro millones de veces en la vorágine de sus pensamientos. Desde hacía un mes se preparaba para poder mirar el rostro de la que desvelaba sus noches y amanecía sus deseos.

¿Cómo podría lidiar con ese revés en su destino? Hizo una promesa a su padre, que se volcaría en dar luz sobre las tinieblas de las almas perdidas, que sacrificaría su vida por servir a Dios conduciendo a todo aquel que acudiera a su ayuda, procurando rescatar todo resquicio de esperanza por un mundo más humano.

Y ahora necesitaba que le rescataran a él, que le sacaran del desquiciamiento que se apoderaba de su alma cada vez que pensaba en ella.

Se decía que no podía ser, que amarla como su corazón le pedía era imposible, que tenerla como su cuerpo deseaba era toda una locura que debía alejar, atar a un yunque y lanzar a las aguas más profundas del océano del olvido.

Pero había tantas cosas que le recordaban a Esther, que le era muy difícil desechar todos esos pensamientos tormentosos. Por una parte se deleitaba imaginándola a su lado en la roca donde despidieron aquel atardecer que oraron juntos por el alma de Edgar, volviendo a cruzar miradas que traspasaban las pupilas para enraizarse en sus ganas por convertirse en uno, por producir el milagro de la expansión de sus mundos hasta fusionar toda molécula de sus existencias en una nueva supernova de puro amor.

El regreso a la finca desencadenó en él una imperiosa necesidad de huir, y cuando la vio a través de los cristales de la ventana de la casa, hablando con Rebeca, en lugar de entrar y saludarla, para después comer todos juntos en el

comedor, echó a correr hacia el pequeño bosque.

La lluvia fue haciéndose escenario con su cortina derramando las ansias que le quemaban por dentro, ahogándolas hasta dejarlo empapado por entero.

Ella le vio tomar esa dirección, y salió tras él.

Se adentró en la espesura de la arboleda pero no acertaba a verle. Entonces se refugió bajo el tejo que un día la amparó bajo su frondosidad y que ahora igualmente la acogía con la misma sensación de ver cómo la vida le brindaba otra oportunidad para experimentar algo sorprendente que tenía que vivir.

Cerró sus ojos, apoyada en el tronco, y entonces apareció él detrás de ella.

Kevin y Esther cada uno a cada lado del árbol, como dos contrincantes que esperan para atacar o defenderse, ante nadie, solo como espectadores su propio código moral y las trémulas voces de su desespero por amar.

Y cuando ella sintió todo el voltaje que del otro lado del árbol le era transmitido, salió corriendo como una gacela que huye del peligro una vez que lo ha reconocido.

—¡Esther! —El eco de su propio nombre pronunciado por el reverendo se extendía a lo largo de sus fibras nerviosas hasta acabar en su cerebro envolviendo toda su voluntad. Esther quiso huir, corriendo hacia el río, pero él la llamó convirtiendo su nombre en el trueno que protagonizaba su propia tormenta interior.

La voz del reverendo llamándola ejercía en ella un inmenso poder. De inmediato quedó inmovilizada. Él estaba en mitad del camino, a 10 pasos de Esther, bajo el manto de lluvia que hacía suyo todo lo que devoraba con su lengua insaciable. Entonces ella se dio la vuelta, obedeciendo a ese influjo hipnótico y se enfrentó a una dramática pero no por ello menos bella de las visiones.

El padre Mc Grath, calado hasta los huesos, aparecía con toda su anatomía marcada bajo la fina tela de la camisa que era ya casi una segunda piel adherida, realzándose sus poderosos pectorales desarrollados por el duro trabajo del campo, con la camisa arremangada por las que sus fornidos brazos situados en jarra, en posición de reto, ansiaban amparar entre ellos a la figura femenina que ya no era una evocación, sino algo tangible que estrechar hacia el lugar que la aclamaba, su propio cuerpo varonil.

Ahora mismo se hubieran comido a besos y habrían cosido a puntadas de caricias un universo de inmenso placer que los hubiera llevado al mismísimo Edén, pero sin embargo ataron sus ganas y se volvieron estatuas de hielo, conservando bajo la gruesa capa de cordura el volcán de sus deseos.

Se fueron acercando el uno al otro hasta situarse de frente, con un metro de distancia.

Ella no conseguía detener la mirada puesta el uno en el otro. Hasta sus latidos eran eco de los suyos, anhelantes de unirse a su ritmo para palpitar juntos.

Por otra parte, Esther no quería ser motivo de un pacto divino por quebrar ni arrebatarse al orden eclesiástico de uno de sus miembros. Pero tampoco podía evitar ir más allá de una profunda y sincera amistad, que a pesar de ser sumamente valiosa, no colmaba todo el afán por trascender en una mayor complicidad, a nivel más íntimo y personal.

Ver sus brazos y querer estrecharse en ellos con ansias.

Ver sus labios y suspirar porque envolvieran los suyos.

Sentir su cuerpo cerca y esperar que se volcara contra su vientre derramando el elixir de pasiones en el cáliz de su feminidad.

Pensarlo dolía, desearlo la hería de amor.

Sobreviviría, eso sí, tendría que vivir con ese fuego constante por apagar cuando su cercanía avivara las llamas que cada vez resultaría más difícil extinguir.

Todo surgió en aquel instante, tan intenso como todo lo que nos hace daño y hace mella bajo nuestra piel. Toda esa atracción nació aquel día de tormenta en el que se cruzaron sus energías invisibles conectando en lo más íntimo. El día de la muerte de Edgar Keane.

Estaban en medio de un paréntesis en sus vidas que tenían que cerrar o bien hacer desaparecer para siempre.



Rebeca, presa de una gran curiosidad, se asomaba por la ventana de la cocina que daba hacia el camino del río, pero no podía ver nada más que la cortina de agua cada vez más densa.

Los chicos, mientras tanto, disfrutaban de la succulenta comida que compartían, tan bien preparada y con tanta variedad de alimentos que convertía la mesa en toda una celebración. No faltaban hortalizas de todo tipo, como el *Boxy*, un pastel de patata típico irlandés, o el famoso *beef and guinness stew*, consistente en ternera guisada con la cerveza local, *colcannon* o patata cocida con col y cebolla, acompañada de tocino y jamón cocido. Salchichas, bacon, cordero, especias, y aderezadas de tal manera que resultaban sabrosísimas. Pollo, huevos, setas, había de todo para esos jóvenes jornaleros que reponían fuerzas tras una ajetreada mañana de trabajos en el campo.

Kevin, desesperado por encontrar una salida a esa situación, los dos mojados, sin poder volver a la casa en tal estado levantando sospechas y comentarios, señaló a Esther la vieja construcción en ruinas que a pesar de los años seguía en pie.

—Vamos, te vas a coger una pulmonía. No podemos volver a la casa. Además de estar juntos, cosa que podría levantar sospechas, estamos empapados. Seríamos la comidilla de todos.

—Ya me puedo imaginar la cara que pondrían todos si nos ven de esta guisa. Tienes razón, más vale que no nos relacionen, aunque ¿dónde piensan ellos que te has metido a estas horas, si deberías estar comiendo con ellos?

Entonces Kevin la tomó por los hombros y se dirigió a ella con mucha atención, mirándola a los ojos muy cerca, buscando en los suyos la conformidad con lo que intentaba transmitir. Ella, sobrecogida, dejó sus labios entreabiertos,

expectante, sin inmutarse por las gotas de lluvia que resbalaban por su cara hasta posarse en su boca y rodearla, en una caricia intempestiva que hacía brillar toda su cara a la par que sus ojos penetrantes y asaltados por un continuo asombro.

—No puedo mentir. Mi fe no me lo permite, pero sí puedo ocultar una verdad al no referirme a ella. Confío en que Rebeca sepa acallar los comentarios si es que llegan a surgir. No temas, Esther, somos libres para poder hablar y manifestar lo que nace de nuestro interior. No hemos hecho nada recriminatorio. Pero debemos tener cuidado con lo que los demás piensen. Nada más.

—Podría volver y explicar que me ha pillado la lluvia de camino al río, que iba a coger unas flores para amenizar la mesa...yo. —Pero él puso un dedo en sus labios para calmarla y hacer que dejara de urdir otro plan que no fuera el que ya tenía pensado.

La bóveda de la antigua Iglesia medio derruida les ampararía al menos hasta que los chicos se fuesen a sus habitaciones en el reconstruido habitáculo al lado de los establos.

—Esperaremos a que acaben de comer y dejen sola a Rebeca en la casa. Pero volveremos por separado. —siguió indicando él, sabiendo exactamente cómo hacer para que tanto la imagen como la reputación de uno y otro salieran indemnes de ese fortuito trance.

—Pero hay una tapia alrededor de la Iglesia y la entrada está igualmente inaccesible, es todo un muro. Lo he recorrido y no hay modo de entrar si no es saltando. ¿No querrás que saltemos los tres metros de altura, verdad? —Esther no acertaba a entender cómo iban a entrar allí si nadie lo hacía desde años. Edgar ya se lo avisó una vez que Esther quiso visitar esas ruinas amuralladas.

—¡Shsss! Tú sígueme. Recuerda que soy miembro de la Congregación. Solo yo tengo un acceso secreto. —Y tirando de un cordón plateado del bolsillo de pantalón, con algo de esfuerzo por lo mojada que estaba la prenda, extrajo un llavín del manajo de llaves del que nunca se separaba. Era una llavecita negra, muy pequeña, parecía muy desgastada, como si hubiera salido de un cofre olvidado en los confines del tiempo.

Su confianza volcó en ella promesas de todo un mundo por descubrir.

El corazón le palpitaba con fuerza. Si estar a su lado ya le provocaba emociones intensas difíciles de controlar, adentrarse en el corazón de las ruinas, cuyo acceso estaba restringido, hacía más difícil procesar todo lo que estaba experimentando en su interior. Se dejó llevar por la marea de los acontecimientos y, como si un vendaval la arrastrase a merced de su impulso, no le quedó más remedio que dejarse llevar.

—Ahora debes agacharte. Desde la casa de los nuevos vecinos quizás puedan vernos. —Se refería a una casa prefabricada de madera que surgía como de la nada en un claro del pequeño bosque.

—¿Quién vive ahí? —Preguntó, pues a pesar de no pertenecer a sus propiedades, quería saber a quién tendría cerca y más aún, quién disfrutaría de esa parte tan extraordinaria del paisaje.

—Un hombre solitario. Alguien que busca paz. Vino a confesarse. No puedo revelarte nada pero ha llevado una vida muy agitada. No te acerques mucho a él. Solo puedo decirte eso. Ahora procuremos que no nos vea para no tener que darle explicaciones.

—Sí, mejor evitar todo encuentro. Me gustaría evaporarme ahora mismo. No sé por qué he venido. Tenía que haberme quedado en Wexford. Todo esto no habría ocurrido ni hubiera puesto en peligro nuestra reputación. Mi presencia aquí, en Kilkenny, nos daña, Kevin.

Kevin no le dejó hablar más y le tapó la boca con sus manos. Con la otra mano la tomó por la espalda y la hizo agacharse aún más. Había oído algo. El crujido de una ventana que se movía hasta cerrarse de golpe. Miró agazapado por entre las hojas de los arbustos que les escondían hasta comprobar que no había nadie, que el propietario no se preocupaba por la portezuela de esa ventana que se obstinaba en abrirse y cerrarse a su libre albedrío y al del viento.

—Si el dueño estuviera en la casa ya la habría ajustado. —Dijo Esther, mirando a Kevin que asintió, apartando su mano de la boca de ella, que logró emitir inteligiblemente su opinión por entre las aberturas de los dedos de Kevin, que rozaban con mucha suavidad sus labios, casi sin apretar. El calor de su contacto permaneció en su cara dejando su huella como un gesto imborrable que permanecería en la memoria de su piel, de su sensibilidad.

—Claro, tú lo has dicho. Si él estuviera, la habría cerrado. —Kevin esparció sus palabras recorriendo con una mirada llena de admiración el rostro *Raffaeliano* de Esther, suave y delicado, con las redondeces amables que su naturaleza femenina situaba en sus pómulos y en la línea ovalada de su contorno facial, casi como una escultura de una virgen, con la piel fina igual que una figura de mármol escrupulosamente pulida, bañada en el barniz que la lluvia, tornándose en nube de vapor, pincelada como una verdadera y única obra de arte.

Sus ojos volvieron a ocupar el espacio que les rodeaba y siguió llevando a Esther al templo en ruinas, acercándose ahora a la portezuela que se ocultaba entre unos matorrales en una parte del muro que lo rodeaba.

Sacó el llavero nuevamente del bolsillo de su pantalón vaquero. Le costó meter la mano dentro de lo mojado que estaba. Ella lo sujetó al ver que perdía el equilibrio. Kevin se sobrecogió al sentir las manos de ella en su cuerpo. Entonces se miraron y, como dos adolescentes se sorprendieron de estar en esa situación, como si hicieran diabluras, algo que desde hacía muchísimo tiempo no habían vuelto a experimentar, y que les devolvía a la época en la que eran libres para vivir el ensueño de la juventud.

Era graciosa esa situación, y limando la tensión por el peligro de ser sorprendido juntos en tal circunstancia, se había convertido en una aventura que disparaba la adrenalina hasta hacer de ese momento algo muy especial que recordar.

Los dos a la vez estallaron en una risa incontenible que desató sus miedos y despertó el ser que dormía en un letargo de moralidad y disciplina.

Nada más traspasar la puerta se produjo un sonoro revoloteo de aves que, sorprendidas por la inesperada visita salieron de entre los árboles y parte del medio derrumbado tejado de la impresionante ruina, aún en pie resistiéndose a los embates del tiempo.

Crecían sin control enredaderas que atrapaban y convertían todo a su paso en una funda verde y enmarañada; troncos de árboles, muros, e incluso la vieja fuente con la estatua de San Patricio en su interior, abrigada por el verdor que se trenzaba intentando estrangular con voracidad la visibilidad del bronce ennegrecido.

Unos bancos de hierro, alrededor de la fuente, seguían esperando nostálgicos la llegada de visitantes que apreciaran el remanso de paz que ofrecían ahora en vano, sumidos en el recuerdo de aquellas almas que en su día descansaban plácidamente sobre sus láminas y respaldos y que dejaron en ellos la huella de aquellas adivinadas reflexiones que se dejaron caer en ellos.



### *Esther*

*Durante los trabajos en el campo, los días posteriores a la muerte de Edgar le vio sus brazos robustos, su pecho desbordante de atractivo efecto varonil, pectorales musculosos, fornido cuerpo que creaba mil sensaciones lujuriosas en su interior. Deseaba estar rodeada de sus brazos, no para consolarla sino para liberar la pasión que se encendía cada vez que le sorprendía levantando pesos o haciendo gestos que destacaban sus formas anatómicas tan vigorosas.*

*Pero verle refrescarse en el río fue el detonante, el sumun de todas sus locuras.*

*Le buscó para ir juntos al pueblo y vio una nota en la mesa: Estoy en el río. Luego vuelvo.*

*Fue a escondidas. Bordeando los árboles. Tenía tanta curiosidad que se aventuró a verle desnudo. Tenía la corazonada de que esa ocasión iba a ser única y que no la podía desaprovechar.*

*Allí estaba, en el agua, nadando y al salir poco a poco fue apareciendo la figura terriblemente poderosa en atractivo. Sus muslos marcando sus músculos, y en su conjunto, proporcionado de tal manera que parecía una escultura perfecta.*

*En sus sueños parecía escuchar toda una declaración de amor surgida de sus labios.*

*—Te he estado amando siempre; antes de que aparecieras en mi vida ya te sentía cerca, sabía que eras tú quien estaba destinada a romper este juramento. Porque mi voluntad no resiste esta dura prueba mucho más. Te necesito, Esther.*

*—Bésame, bésame, Kevin, bésame y abrázame tan fuerte que no me pueda escapar nunca más.*

*Y dicho esto, Kevin acercaba los labios a los suyos con prisa, acoplándose inmediatamente las dos bocas sedientas como si estuvieran diseñadas para encajar a la perfección. Tomando la cara de Esther con las manos, Kevin sujetaba así el rostro de sus sueños más inquietos y perturbadores.*

*Convertidos en ríos humanos cuyos caudales iban a parar al torrente de las pasiones desenfrenadas, los dos se recorrían el uno en el otro, haciendo que el diluvio continuara a través de sus propios fluidos, liberados como respuesta a tanta excitación.*

*—¿Qué estamos haciendo, Kevin?*

*Solo dime que sientes algo por mí, que...*

*Y entonces despertaba envuelta en sudor, agitada, con la sensación de haber estado realmente junto a él en ese sueño que parecía totalmente real.*

*\*\* Besos prohibidos, suspiros ahogados, profundo desasosiego que traspasa dimensiones espacio temporales...\*\**



### *El templo en ruinas*

—Es sobrecogedor. Parece que estemos en otro mundo.. —Esther, dada a sus fantasías, ya se estaba figurando una historia de lo más misteriosa y romántica que pudiera haber tenido lugar en ese sitio tan especial.

—Al menos aquí podremos esperar a que amaine la lluvia. —resopló Kevin, mirando al cielo, sin saberse si ese gesto era por sentirse agradecido por esa magnífica ocasión de albergar en su refugio secreto a Esther, o preocupado por ese diluvio que les había sorprendido. Más bien lo primero.

Corrieron hacia el pórtico para cobijarse. Algunas grietas dejaban caer goterones que ocupaban como un colador buena parte de la estructura del techo abovedado sobre cuatro columnas abrazadas por la hiedra.

—Aquí no parece caer agua. —señaló el reverendo, ofreciendo su mano a Esther, que buscaba dónde ampararse.

Ella le miró, apreciando que casi se lo ordenaba con un movimiento de cabeza afirmativo, convenciéndola.

Él se conocía al dedillo cada rincón del templo en ruinas y ya había tenido que esquivar las goteras en ese mismo pórtico miles de veces.

Olía a humedad, a tierra mojada, a espliego e hierbabuena. A amor prohibido.

Tan cerca el uno del otro, los campos magnéticos emitían su propia electricidad, confluyéndose en una armoniosa sensación. Los iones negativos que la atmósfera descargaba, proporcionaban una ligereza en el ánimo, descargando toda tensión acumulada.

Eran conductores de una energía poderosa capaz de generar un campo vibratorio de altas frecuencias, como es propio de los seres que se atraen irresistiblemente.

—Me gusta este sitio. Tiene magia. —dijo ella, frotándose los brazos hasta

abrazarse a sí misma recogiendo todo su arsenal de intenciones.

—Es perfecto para escapar del mundo. —aseguró Kevin, decepcionado al no tener la mano de Esther entre las suyas tal como esperaba al tendérsela antes. Se retiraba el pelo hacia atrás, unos mechones que rebeldes, se habían caído por su frente, casi ocultando sus ojos oscurecidos y penetrantes.

Después, exhaló como en un silbido y sonrió. Le venía a la mente su época de chaval, cuando jugaba con sus amigos y se colaban por los edificios abandonados sintiéndose aventureros a lo Indiana Jones. Pero ahora la aventura era todo un reto. Era una prueba difícil de superar. Traspasar los límites de lo aceptable en un marco social en el que la moral jugaba su principal baza.

Si abría la puerta estaban perdidos.

No decían nada, pronunciarse al respecto era dar el paso para lo que no habría vuelta atrás.

Un estornudo proveniente de Esther y un escalofrío fueron los detonantes y la excusa perfecta para buscar refugio dentro.

—Te vas a quedar helada. Vamos dentro. —Eran las palabras mágicas que hicieron cumplir sus deseos.

Ella no puso objeción alguna y como respuesta rió como una chiquilla que va a hacer una trastada.

De su bolsillo, Kevin sacó el manajo de llaves y cogió una que tenía la forma de la llave de la vida egipcia, la metió en la cerradura que formaba una plancha metálica con unos remaches en las esquinas. La superficie total era de madera grisácea, del color de un olivo centenario, con muchas fisuras que denotaban el paso de los siglos, de haber cerrado el reposo del alma de los que deambulaban en su interior y su agitada forma existencial.

El sonido del hierro chocando con el metal y el crujido de las bisagras al ir cediendo en su anterior clausura, hacía de ese instante más emocionante si cabe.

Ella se adelantó cuando él la invitó a pasar primero. Kevin empujó la puerta hacia dentro con los dedos, lo suficiente para que ella entrase.

Con sigilo, Esther se fue adentrando en esa oscuridad que atraía tanto como las polillas a la luz, sin temer peligro alguno. Confiaba en él. Pero no en su capacidad de resistirse ante la gran tentación que se estaba sirviendo en bandeja de plata.

Llegó el olor a cera quemada, a algo que parecía el aroma a musgo. Entonces, cuando por fin echó la hoja de la puerta hacia atrás pudo ver de dónde procedía lo que su olfato detectaba. En la parte derecha se encontraban la fila de bancos llenos de polvo, carcomidos, que se orientaban hacia un altar

semicircular elevado gracias a tres escalones. Unos cirios levantados en pies de bronce prendían formando un espectro de luz alrededor, amparando en su recorrido las paredes de piedra grisácea por las que caían regueros de agua en una selvática imagen a la que no le faltaban las tiras de plantas que arañaban los muros con bifurcaciones que como brazos de una araña enorme, se agarraban con pequeños tentáculos haciendo difícil separarlos de la piedra.

Por el techo abovedado en crucería se habían colado algunas merlas que cantaban rompiendo el silencio sepulcral.

Desde allí, cualquier sonido reverberaba en un eco solemne, propio de un sepulcro al que la paz abrazaba en un denso y sagrado silencio, merecido acompañamiento para la memoria que impregnaba cada piedra, cada trozo de madera, cada elemento que había absorbido toda una vida monacal en sus tiempos; tiempos donde se debieron celebrar oficios religiosos y más entrando en sus orígenes, rituales ancestrales de civilizaciones que conjugaban el culto a las fuerzas poderosas de la Naturaleza junto a la adoración por entidades divinas, a las que temían y respetaban como causantes de sus dichas o desgracias.

Esther contemplaba ese espacio extasiada, casi de puntillas, temerosa de no romper el sueño que se respiraba dentro del templo en ruinas, como si cualquier gesto que generara ruido provocara el despertar del sombrío letargo en el que se había sumido tal enclave mágico.

La puerta se cerró tras la entrada de Kevin, con el sonoro chirrido que parecía un quejido anciano, un lamento plañidero ante los inoportunos irruptores de su soledad.

Y finalmente, al trabarse el portón del todo, retumbó por todo el espacio el hondo impacto sonoro que se expandió levantando ondas que alcanzaron los tímpanos de todo lo que se manifestaba debajo de esa gran bóveda que como cúpula protectora del microcosmos que amparaba, amenazaba cualquier desafío a la vez que acogía al que buscaba unirse a su atmósfera sepulcral.

Esther se dio la vuelta, estaba en medio del pasillo, entre los destartados bancos cubiertos de telarañas y restos que habían caído de la bóveda.

La luz de los cirios acentuaba el perfil de su rostro, volviéndola más virginal que nunca, dejando que parte de su cabello brillara haciéndola parecer una verdadera estrella y reinaba como único astro presente en esa tenebrosa oscuridad, que poco a poco dejaba paso a la visualización de toda su extensión al ir adaptándose las pupilas a la falta de luz.

—¿Puedo acercarme al altar? —preguntó tímidamente Esther, sin atreverse siquiera a señalar con el dedo donde parecía encontrarse el corazón del templo.

Era una losa de mármol negra, parcialmente partida en un extremo, el que parte de una viga de madera se hallaba volcada encima, habiendo sido la causa de la rotura. La carcoma poblaba ese madero igual que a todas las imágenes de santos que aguardaban dormidos en el sueño profundo del olvido en los entrantes del ábside semicircular.

Sobre el altar, delante de los dos cirios centinelas, un libro de grandes dimensiones, cerrado como un cofre que aguarda a que descubran el misterio que atesoran sus páginas.

Ante el afirmativo gesto de Kevin para llevar a cabo esa pequeña pero no por ello impresionante expedición, Esther se aproximó cautelosa, y con cada paso, el espectro de luz de las pequeñas llamas que ardían ahora con más virulencia, la fue envolviendo más y más en una sensacional y mística experiencia.

Kevin la siguió, acechando sus movimientos cual araña espera que la presa caiga en su red, sin perturbar su iniciativa para ir acomodándose a su lado y observar con más detenimiento la impresión que en ella causaba ese mágico lugar.

El rastro de unas manos que habían apartado la capa de polvo sobre la superficie del altar junto a los cirios encendidos, mostraba evidencias de que él solía acudir quizás con un propósito personal como el de querer meditar a solas, procurar paz en su mente.

Esther se vio atraída por lo que contenía el gran libro de solapas duras forradas en paño rojo escarlata, desgastados sus bordes, con la estampación del dibujo del árbol de la vida en su cubierta. La parte exterior de las páginas era dorada, cada borde de cada página estaba bañado en oro. Una cinta también roja sobresalía desde una posición de su interior, y sin poder evitarlo, la tomó entre sus dedos para tirar de ella. ayudándose de la otra mano para levantarla y abrir más o menos la mitad del libro bíblico.

Algo parecido a la tentadora manzana que la serpiente dio a probar a Eva, era ese libro para Esther. Adán perdería el Paraíso igual que su compañera al dejarse llevar por el pecado, por desobedecer la ley divina y no cumplir lo pactado.

Dentro de ese libro se hallaban latientes palabras que desatarían verdades acerca de la vida del reverendo Mc Grath y su trayectoria religiosa.

Sin detenerla, Kevin dejó que se abriera la gran revelación que iba a cambiar por completo la relación que había entre los dos y marcaría un nuevo horizonte en sus vidas.

Entre las criptas enmohecidas y cubiertas por líquen, cuyo frente en negro granito se veía horadado por los embates del tiempo, se apreciaban aún las letras

hundidas en su lienzo de piedra con los nombres de los seres que la tierra se había tragado a sus pies.

Un remolino de hojas y partículas de arena y hierba se iba centrando en una de ellas. Le acompañó un estruendo venido del cielo, que como un trueno a lo largo de toda la percepción acústica hasta invadirla por completo estremeció hasta la última molécula de todo ser viviente en ese reducido espacio.

La lluvia se volvió tempestad, cubriendo en negra sombra el espectáculo que ofrecía, presagiando que se iba a despertar algo que llevaba dormido en el sueño de los difuntos.

Solo una mujer como Esther podía conseguir levantar ese sueño.

Afuera de los muros de la Iglesia, el pequeño Campo Santo acogía los restos de personas que habían estado estrechamente relacionadas con la actividad que se desarrollaba en el mismo templo e inmediaciones. Perteneciente en sus orígenes a un enclave celta, el asentamiento poseía la fuerza energética capaz de conectar con las fuerzas divinas, de hacer que se manifestara la esencia del ser humano fuera de toda la carcasa social, lo que aguardaba en su auténtica naturaleza espiritual.

El remolino se fue concentrando con mayor furor y acabó por barrer la superficie que se ocultaba bajo la capa de tierra y arena que cubría una placa adherida a la losa funeraria. Un mensaje se dejaba vislumbrar, como una advertencia firme a considerar, de gran magnitud y misterio.

· *“El verdadero amor no tiene cadenas”*

Esta frase se podía leer entre las hojas caídas de los árboles, que se empeñaban en tapar sin éxito ese crucial escrito, que parecía cobrar vida al quedar liberado de las garras del subsuelo.

Mientras, Esther miraba las páginas amarillentas del libro, fijándose en unas letras con formato medieval que destacaban en el centro de una de las páginas.

*“Si tu corazón te traiciona, has de arrancártelo, si tus ojos te engañan, has de sacártelos, si tus pies te conducen al infierno, has de quedarte paralítico.”*

Resultaba un libro de iniciación para fanáticos en una forma de vida monástica, renunciando a todo lo que hacía peligrar el sendero del religioso.

¿Kevin podía estar involucrado en alguna orden fanática? ¿Aquel libro era para él un modo de adoctrinamiento o por el contrario era más bien metafórico todo ese contenido determinante de la conducta humana?

Otro trueno retumbó en los vidrios haciéndolos casi añicos igual que las membranas de los tímpanos que hacían que Esther se tapase los oídos para evitar que la explosión del cielo reventase en su cabeza.

Kevin se asomó a la cristalera que daba a la parte trasera, atraído por un impulso que le hacía dirigir su mirada a ese recóndito espacio donde las almas descansaban en el reposo eterno del cementerio.

Se quedó asombrado al ver que la tumba que pertenecía a alguien muy especial para él estaba removida y que un remolino se centraba en su losa con una extraña fuerza sobrenatural.

Esther leía en el libro: *“Sacrificarás lo que más quieras para rendir completa obediencia a tu Dios.”*

La fuerza del viento rompió una de las ramas del viejo roble del campo santo y fue a dar contra los cristales de una de las ventanas de la Iglesia rompiéndola en mil pedazos.

Las llamas de los cirios se apagaron al entrar toda la ventisca y de repente, todo quedó sumido en un caos; los candelabros se cayeron resonando al chocar contra el suelo, rodando por la escalinata del altar; las telarañas y el polvo de los bancos así como de las imágenes de los santos se levantaron en una gran polvareda como si el pasado quisiera resurgir eliminando las huellas del paso del tiempo.

Cuando nos sobrecoge el miedo, no dudamos en alcanzar lo que más queremos con tal de protegernos y afrontar la situación apoyándonos en quien antes nos daba reparo en manifestar esos sentimientos que hacia ellos proyectaba nuestro corazón.

De igual modo, Esther se abalanzó sobre Kevin, con tal de apartarle, antes de que un madero cayera sobre él. Tenía justo encima unas vigas vencidas por la carcoma, que apenas se sustentaban en los dinteles.

La fuerza del viento y el estruendo de los truenos hacían tambalear el templo como si por fin hubiera llegado el momento de desafiar su silencio y manifestar lo que callaba durante años.

Kevin salió de su ensimismamiento apartándose con acertada dirección hacia el lado que no llegaran a caer los trozos de viga astillados y en punta, capaces de haber perforado el cuerpo del reverendo como estacas mortíferas.

Hechos un ovillo, se sujetaban el uno al otro y fue entonces cuando Kevin pudo ver cómo en los bancos iban apareciendo las figuras blancas que fueron tomando forma humana. Esther tenía su cara contra el pecho de Kevin, tratando de evitar que algo dañara su rostro, sus ojos y poder respirar librándose de la gran polvareda reinante. No veía lo mismo que él, no tenía la percepción que a él se le estaba manifestando.

Eran cuerpos sin sexo ni edad reconocible, enfundados en hábitos de un

blanco amarillento, envejecido por el paso del tiempo, con capuchas que ocultaban los rostros por completo. Todos iguales, a un mismo paso ceremonioso dirigiéndose a los bancos que quedaron indemnes.

Se sentaron y aguardaron a que algún rito diese comienzo. Kevin entendió que sus antecesores volvían a recordarle el compromiso que adquirió cuando juró sus votos como sacerdote y que se anteponían a la presencia de esa mujer que iba a hacerle quebrar para caer en las garras del amor. No del amor divino, sino del mundanal campo de las sensaciones físicas. La pérdida de su alma.

Un hombre que permite que una mujer invada su corazón es presa de un encantamiento.

El amor a Dios y a la humanidad, sin embargo, otorga libertad para manifestar lo que Dios ha dispuesto en el camino de un servidor de la fe.

Kevin comenzaba a otorgar prioridad a lo que sentía por Esther, su alma se iba encadenando con eslabones invisibles a esa mujer que parecía bajar el cielo a sus pies cada vez que la tenía cerca.

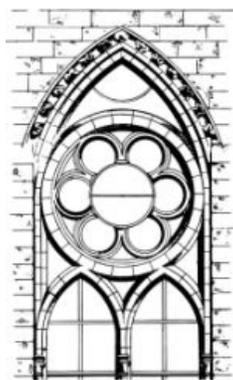
Ver su rostro apacible, sus ojos cristalinos, escuchar su voz melodiosa, sentir un hormigueo en su estómago cuando pensaba en ella, ansiar estrecharla entre sus brazos, recorrer su piel a besos, fundirse en su cuerpo.

Ni la distancia fue capaz de anular esa irresistible atracción.

En sus trabajos en la finca no paraba de pensar en ella, en cuidar el pequeño paraíso que tanto significaba para ambos, en recuperar su calma esperando su regreso porque se iba atormentando en un *sin vivir* si es que ella decidía no volver nunca más.

Pero ella volvió movida por el mismo sentimiento además de la responsabilidad que tenía hacia el legado de su difunto marido, Edgar.

Las tierras y el proyecto del reverendo Mc Grath.



Mientras tanto, en la archidiócesis, el padre Dalton proveniente de la catedral de Kilkenny, había pedido audiencia con su superior, el obispo de la congregación.

El motivo era una queja hacia la forma de llevar el cometido con los jóvenes y la dejadez con las labores de la Iglesia del reverendo Mc Grath.

Los lujosos aposentos del obispo, estaban adornados con artesanales estructuras de madera de ébano en paredes, puertas y techos, y los muebles forrados de terciopelo color burdeos. Lámparas de cristal de Murano, candelabros de oro. Un lujo incomprensible para quien debía demostrar humildad como fiel seguidor de las enseñanzas de Jesucristo. Pero la Iglesia ha justificado su opulencia en beneficio de conceder valor a la representación de Cristo en sus instituciones.

No es lo mismo un despacho de un obispo con un sencillo escritorio y modesta decoración que apenas infunda admiración, que una soberana estancia repleta de objetos valiosos, digna de un mandatario poderoso.

Cuando permitieron que Kevin se hiciera cargo de la parroquia, el padre Dalton aspiraba a reunir más adeptos entre las dos iglesias de Kilkenny, Santa María llevada por Kevin y la Catedral, bajo la dirección del padre Dalton.

Les concederían más presupuesto para crear un nuevo seminario y acoger más vocaciones sacerdotales, puesto que cada vez escaseaba el número de sacerdotes en Irlanda y con la práctica de Kevin se estaba consiguiendo que incluso los jóvenes dejaran de asistir a los cultos.

Para Kevin era relevante el trabajo de campo con los chicos. Obligarles a asistir a misa hubiera sido contraproducente, puesto que no le dejaban celebrar los oficios religiosos como a él le parecía conveniente, con mayor dinamismo.

Saltarse el protocolo era ir contra las reglas y le hubiera costado el cambio de

destino, alejarlo de ese lugar que ahora le pertenecía.

A las feligresas seguía ofreciendo la solemnidad a la que estaban acostumbradas, procurándoles la paz que con sus palabras llegaba a ser perfecto bálsamo contra sus diarios pesares. Ellas le escuchaban como si Dios hablase a través de sus palabras, y hacían suyo el mensaje implícito en cada sermón, lo acomodaban a sus circunstancias personales.

Él les hablaba de lo que necesitaban oír, las entendía nada más verlas entrar por el pasillo y sentarse en los bancos. Sus caras reflejaban sus preocupaciones, sus temores, sus angustias o incluso la falta de emoción en sus vidas.

Otras mostraban un orgullo, con sus trajes nuevos, estrenando alhajas o bolsos que provocaran la envidia a su paso, como si la misa fuera además de una manera de alimentar el alma una merendola para su ego.

A la hora del canto se apreciaba la que entonaba tímidamente, sin apenas oírsele, con el pecho encogido en su acomplexada personalidad, seguramente anuladas por un marido prepotente y unos hijos que habrían abusado de su entrega como madre incondicional, sin corresponder a su cariño en un carácter egoísta, carentes de empatía.

Otras sin embargo, acaparaban con gran seguridad en sí mismas los oídos de las demás, bien sin ninguna pretensión por ser la estrella del momento en una frustrada carrera musical, bien por intentar demostrar la perfección de sus timbres.

Kevin era su guía espiritual; en el secreto de su confesión, ellas volcaban el paisaje interno de sus debilidades. Conocía sus puntos débiles, sus flaquezas, y sabía cómo aliviarlas, cómo hacer que afrontasen sus miserias humanas con fuerza y voluntad.



Emma Watson siempre se confesaba los sábados, único día que el reverendo Mc Grath concedía para este propósito. Traía todos los detalles de las veces que durante la semana había fallado a su marido.

Era la mujer de un camionero que viajaba por toda Europa y que apenas se veían; dos veces por mes más o menos. La soledad y la necesidad de sentir cariño, hacían que sus visitas a la herboristería fueran muy frecuentes, donde además de adquirir remedios para tratar sus problemas circulatorios, se pasaba horas de charla amistosa con el dueño, Peter Sanders.

A él le era muy fácil conseguir encuentros en su consulta con la excusa de las sesiones de naturopatía que en su interior daba, bien él o algún profesional de la especialidad correspondiente.

Uno de esos sábados, Emma llevó a la confesión algo que puso a Kevin en una verdadera prueba de resistencia.

—Padre, quiero confesar algo que me atormenta y no me deja ni dormir.

—Habla, Emma, cuéntame lo que te pasa. Todo tiene solución. Te escucho.

—Ya sabe que mi marido sigue fuera, y que tengo mucho tiempo libre, que a pesar de intentar dominar mi voluntad y querer ser fiel, necesito hablar con la gente, bueno, y en especial con Peter Sanders.

—Una amistad que debes dejar en lo que debe ser solo amistad.

—Sí, es lo que he procurado en todos estos meses. Evitar eso que mi cuerpo pide cada vez que pienso en él. Hasta ahora han sido besos esporádicos que nos dábamos tras el biombo de la sala interior de su tienda y alguna caricia de más en la camilla, cuando él mismo me masajeara las piernas con las pomadas a base de ginko biloba y riscus.

Kevin se imaginaba esos momentos y se le aceleraba el pulso. Visualizaba a los dos en una tentadora exposición de sus deseos. Casi percibía la sensación de ir pasando las manos por la piel de esa mujer, pero personificándola en Esther, y

él como al herborista, loco por recorrer más espacio en su anatomía que la destinada a procurar beneficio en sus extremidades inferiores.

Esas piernas que se alargaban en su esbeltez en un vertiginoso cauce hasta el mismo éxtasis, era todo un reto a su dominio en la voluntad férrea por anular toda atracción hacia los placeres del sexo.

—Esta vez ha sido peor, Padre.

Kevin no quería seguir escuchándola. Le quemaba la piel al encenderse solo con dar rienda suelta a lo que en su mente se cultivaba a marchas forzadas.

Carraspeó y como pudo le animó a seguir con la confesión.

—¿Hasta dónde las llegado? Debo saberlo para ayudarte a encontrar una solución antes de que sea demasiado tarde y acabes con tu imagen, dignidad y el rechazo de tu marido.

—Padre, espero que no me dé la espalda después de lo que voy a contarle. Que seguiré teniendo la puerta abierta en su Iglesia para recibir su perdón. Es lo que me ayuda a vivir con mi gran carga.

—Te lo prometo. No te dejaré sola. Siempre estaré para acoger tus pesares, y ofrecerte el perdón de Dios. Yo no soy nadie para juzgarte, Emma. Soy igual de pecador que tú, de carne y hueso, confía en mí.

—Gracias, Kevin, perdón, quiero decir Padre. —A ella le resultaba más fácil no sentir atracción por el reverendo si le concedía ese trato distante, reverencial, respetando sus hábitos nombrándole Padre en lugar de tratarlo con su propio nombre. —Mi marido tampoco ha venido a casa esta semana y cuando lo he llamado, como tengo costumbre antes de ir a dormir, he notado por su voz que él estaba bebido. Su tono era demasiado relajado, riendo sin motivo, cuando normalmente está serio, relatándome los pormenores del viaje del día. Que si ha habido cortes en la carretera, o caravanas interminables, que si en la aduana correspondiente le han impedido seguir por falta de algún documento y la empresa debe enviarlos por fax. Pero parecía no importarle nada de lo sucedido ese día, haciéndome sospechar si en realidad ha estado transportando algo o si se ha tomado días libres, porque apenas daba detalles de las mercancías.

Siempre que tiene permisos viene a casa. O si le pilla en Alemania en Frankfurt, va a visitar a su hermano y a sus sobrinos, y se queda con ellos. Pero esa noche ocultaba algo además de la compañía femenina que parecía escucharse al fondo, entre risas igualmente bañadas en alcohol.

—Entiendo, pudo haber estado distrayéndose con alguna persona. Pero no quiere decir que te haya faltado. ¿O tienes pruebas?

—No, no, él negó que estuviera con una mujer. Decía que eran voces de

gente del bar que había al lado de su habitación, que la ventana estaba abierta y por eso podía oír esas risas femeninas. No pude dormir pensando que me estaba engañando, que todo mi esfuerzo por guardar su respeto no tenía correspondencia por parte suya, y al día siguiente fui a la tienda de Peter atacada de rabia y frustración. En medio de una especie de locura transitoria...

Kevin inmediatamente se materializó en las neuronas lascivas de Peter Sanders. ¡Qué cabrón! Le había venido ni que pintado el desvelo de la pobre Emma, por alguna copa de más que su marido tomara esa noche, y esas risas femeninas que se confundían entre el ruido del bar próximo, colándose por su habitación, haciendo que el fantasma de la sospecha se agigantara hasta aplastar la confianza en el marido ausente.

Le iba a costar mucho ser confidente de lo que la despejada Emma iba a relatarle, sin soltar su propio deseo de revancha que se agolpaba entre sus apretados puños contenidos de furia y asco por el herborista aprovechado.

—No era yo misma, padre. Era fruto del desorden mental que mis celos me ocasionaron. La impotencia por ver mi vida vacía, aguardando el sitio en la cama de un hombre que igual estaba disfrutando con otras. No sé, espero que Dios me perdone, que usted me comprenda, pues lo que hice fue sin pensar, fruto de mi desesperación.

Kevin sentía su compungido malestar. La habría abrazado saliendo del confesionario y hubiera acariciado sus cabellos como a una niña arrepentida, calmándola para que no sufriera por algo que se vio arrastrada a hacer sin dominio ni control. Ella se dejó llevar por un impulso en su búsqueda por satisfacer la gran carencia afectiva que la enterraba en vida.

—Tu tentación era enorme, te comprendo. Solo necesitabas amor y has confundido sexo por cariño. ¿No es así?

Sus palabras rápidamente obraban milagrosamente sobre la herida en su maltrecha conciencia.

—De repente, me quise cobrar venganza por la posible juerga que se tendría montada con alguna fulana mi marido. Entré en la tienda de Peter una vez que la vi despejada de clientela. Peter me dijo que pasara dentro al verme tan alterada. Cometí la locura de desnudarme por completo cuando me quedé allí sola. Peter había ido a cerrar la puerta colocando el cartelito de “*Vuelvo enseguida*” girado hacia el exterior del cristal. Esperé a que él volviera.

Kevin intentaba entenderla, pero que Peter formara parte del consuelo de Emma no iba a ser precisamente un acto de misericordia sino de pura lujuria.

—Dime Emma, ¿Te llegó a forzar? ¿Fuiste consentidora de todo?

—Padre, yo estaba ciega de dolor, no sabía ni lo que quería. Yo... —Su llanto fue cobrando más y más sonoridad, incluyendo pequeñas convulsiones que obligaron a Kevin a salir del cubículo para atenderla más propiamente.

—Vamos mujer, será mejor que te tranquilices. Hay más gente en la Iglesia y acabarán comiéndote a miradas y sospechas. Cálmate, respira, siéntate en los bancos, reza un poco, sal a tomar el aire, y cuando acabe de confesar a las demás, vuelve. Te esperaré en la sacristía. Trae unas flores para el altar para que quien te vea entrar entienda el motivo. “*La mujer del César no solo debe ser buena, sino también aparentarlo*” decía mi madre. Es un consejo que has de aplicar siempre en la vida.

A las ocho habré terminado. Te espero.

Las demás confesiones tenían como motivo las aburridas manías por criticar a los maridos, haber sisado en el súper, dar malas contestaciones a sus hijos, como el caso de alguna que otra gruñona que siempre acababa a voces en su casa y luego no le quedaba otra que ir a buscar el perdón para sentirse bien tras el caos ocasionado. Tras la siguiente semana vuelta a confesarse al caer de nuevo en una bronca morrocotuda, pues no cedían la oportunidad a nadie de su familia para tener algo de razón.

Gertrudis era un caso de estos, dirigía el cotarro en su casa a costa del aguante de su marido y sus hijos que según ella, la desquiciaban cuando no se salía con la suya.

—Has de dejar esa cabezonería, Gertrudis, que no se puede ser tan intolerante. Debes respetar las aspiraciones de los demás. No puedes vivir sus vidas. Les vas a asfixiar.

—Solo quiero lo mejor para mi familia, pero no lo comprenden, no ven el sacrificio que hago constantemente para que todo vaya a mejor y sean hombres de provecho. Ellos son unos cabezas locas.

—Son hijos estupendos. Sacan buenas notas, no dan problemas por lo que tengo entendido. ¿Qué más esperas? —Kevin estallaba porque solo con él esa mujer se sometía y escuchaba. No soportaba que nadie le diera consejos ni órdenes. Pero el reverendo era la voz de su conciencia, el que ponía la nota de cordura y lógica en su barco haciendo aguas.

—Lo mío me cuesta que saquen adelante los estudios. Pero pierden mucho el tiempo con sus amigos saliendo por ahí a los pubs, y cuando vuelven oliendo a alcohol me pongo como una fiera y les suelto todo mi ataque de ira. Sé que les digo cosas que luego me arrepiento, pero me fastidia que vayan con malas compañías que solo se divierten bebiendo y viendo partidos de fútbol.

—Tus hijos viven la severidad con la que los tratas con bastante tensión. Es normal que quieran desahogarse. Los padres intransigentes acaban teniendo hijos frustrados que buscan en el subterfugio fácil de la bebida o las drogas esa salida a la represión que aplasta su propia iniciativa. Aligera tu disciplina y deja que ellos mismos se sientan agusto en su propia casa. No tendrán que liberarse después con el peligro de caer en la droga o en otras adicciones. Intenta poner tus objetivos en algo que te haga feliz especialmente a ti misma, puede que incluso tengas una frustración pendiente por resolver. Descubre qué fue lo que te perdiste por el camino. Medítalo.

Esta vez las lágrimas que se derramaban no eran por angustia como en Emma sino por un proceso de catarsis que se estaba generando en el chip mental de Gertrudis y que la transportaba a alguna parte de su niñez donde todo ese carácter intempestivo y arrogante se había fraguado.

Gertrudis fue obligada a dejar a su mejor amiga de pequeña con la que estableció un gran vínculo de cariño y amistad. Su madre no aceptaba que una Steven, como era el apellido de Gertrudis por parte del padre con una buena posición económica, se mezclara con una pobre niña desgraciada como Clara, cuyo padre quedó parapléjico al sufrir un ictus, acabando por perder la casa al no ser capaz de pagar las cuotas por muchas ayudas que recibieran al principio, por parte de los servicios caritativos de la comunidad. La madre de Gertrudis contribuía con el resto de los parroquianos a pagar parte de esos recibos que les quedaban pendientes a la familia de Clara, pero a los tres meses dejó de adelantar el cheque por motivos infundados. Su familia podría ayudarles pero en el fondo querían ver lejos a los Steven's del barrio para que su hija, Gertrudis, dejara de tener una amiga "pobre".

La falta de ayudas hizo que al final los Steven's optasen por malvender la casa antes de que el banco se apropiara de ella y con lo poco que llevaban a cuentas, marcharon a unos pisos de protección oficial para familias desafortunadas económicamente. Gertrudis nunca más volvió a ver a su querida amiga Clara.

Por eso intentaba a toda costa huir de la miseria, que sus hijos no se rozaran con el infortunio pues para ella simbolizaba el dolor, tras haber perdido una bella y profunda amistad que la rompió por dentro en mil pedazos.

Con esa niña reía y soñaba al mirar al cielo descubriendo formas en las nubes, o cuando se tumbaban en los bancos de su jardín, contemplando las estrellas para escoger una de ellas y lanzarse a viajar con la imaginación para vivir aventuras espaciales. Con ella descubrió el verdadero amor que en su casa

no tenía. Podía sentirse feliz a su lado, pues no tenían otro objetivo más que el de intentar disfrutar de las pequeñas cosas insignificantes, pero que para ellas eran todo un mundo. Se demostraban en cada momento lo importante que eran la una para la otra.

Al perderla, perdió también su corazón.

Nunca supo de su amiga Clara hasta que un día en el súper, habiendo pasado media vida, la vio trabajando en el almacén que en ese momento tenía las puertas abiertas; estaba reponiendo género. Se hizo la desentendida, ni siquiera la saludó.

Tendría 45 años, igual que ella, pero Clara parecía 20 años más vieja por el desgaste de sus huesos que la encorvaban, y las arrugas en su rostro, además de su cabello sin teñir en sus raíces canosas. Marcada por una vida de penurias y sacrificio.

Al salir del confesionario, Gertrudis no se lo pensó dos veces y fue a ver si la veía. La esperó rondando por los pasillos del supermercado donde la vio por última vez con la esperanza de verla aparecer de un momento a otro.

Ya habían pasado dos años desde aquel día que la sorprendió, pero ahí seguía, con el cubo y la fregona sacando brillo a los azulejos del pasillo. Iban a cerrar ya. La miró con esperanza de conectar con esa niña que vio desaparecer tras la ventana del coche en el que se iba alejando de su infancia y finalmente, se reflejó en sus pupilas agrandadas por la sorpresa; sin brillo, pero aún la identificaban como el ser tan lleno de amor que tuvo la suerte de conocer un día.

Emma rondaba las inmediaciones de la Iglesia de Santa María como alma en pena, rememorando en su cabeza todo lo que le tenía que confesar al reverendo. Se sentía sucia, y por más que se había empeñado en quitarse en la ducha el aliento del pecado, le seguía apestando a vicio. Necesitaba más que el perdón de Kevin para poder ir con la cabeza alta cada vez que pasara por delante de la herboristería. Ahora procuraba no acercarse en un perímetro de 20 metros donde manchó su honra.

La bendición del sacerdote que siempre estaba ahí para calmarla como un padre benévolo y comprensivo, era el mejor antídoto contra los ataques autodestructivos que estaba padeciendo.

No hay nada peor que el sentimiento de culpabilidad. Te persigue como una sombra allá donde vayas, se cuela en todos los momentos de la existencia a través de los poros de la conciencia y como un fondo de pantalla, te recuerda que cometiste un gran error; que no puedes volver atrás para borrarlo, por mucho que tu cabeza intenta darle una y mil vueltas, rehaciendo la situación que la mente

sanciona; reconvirtiéndola tal y como debería haber sido si hubieras sopesado bien los pros y los contras, si hubieses decidido mejor, si hubieras renunciado a hacer algo que derivaría en consecuencias reprochables.

Una vez que el fruto de todo aquello que sembramos en su día va creciendo, vemos que es difícil arrancarlo si no nos gusta o nos hace daño. Cortamos los tallos intentando olvidar, pero las raíces hacen brotar nuevos pensamientos que nos siguen atormentando, como las malas hierbas acaparan la fuerza vital de todo jardín que se descuide.

Las palabras y la aureola de bondad redimían las heridas de su alma, cicatrizándolas misteriosamente con solo concederle el perdón.

Quería salir de la Iglesia como tantas otras veces, con la sensación de tener una nueva oportunidad para empezar de nuevo, pasando páginas definitivamente, saltar ese charco de angustia que no le permitía avanzar, como si llevara una gran bola de hierro arrastrando en su día a día hasta paralizarla por completo.

Por fin la última feligresa salía del confesionario exactamente a las ocho menos diez. Kevin la acompañó hasta la puerta comprobando que no quedaba nadie en la Iglesia. Fue a la sacristía tal como quedó con Emma, esperándola.

Preparó uno de los jarrones para que depositara en su interior las flores que traería y nada más dejarlo bajo el cuadro de María Magdalena, la cual estaba con una criatura en brazos, hizo acto de presencia la que ahora le necesitaba más que nunca.

Emma Watson curiosamente con una maceta de hierbabuena.

—¿Por qué no trajiste flores? —reía el reverendo extrañado, retirando el recipiente ahora inservible.

—He preferido que tuviera esta planta. Riéguela de vez en cuando y acuérdate de mí, para que sepa que sus palabras no mueren en el olvido, sino que penetran en el fondo de mi ser como el aroma de la hierbabuena, embriagando mi alma.

—Gracias, Emma. Es mi misión. Recibo más de lo que doy y más cuando, como ahora, compruebo que mi esfuerzo merece la pena.

—Padre, es lo menos que puedo hacer por todo el bien que usted proporciona a los demás. Pero ahora, si no le importa, quiero acabar con mi confesión. No debo llegar tarde a casa, ni salir de aquí avanzada la noche. Ya me entiende.

—Claro, Emma. Puedes continuar. Te escucho.

Kevin se sentó en una modesta silla aislada de las demás, junto a una mesa en la que guardaba los misales en un cajón. Miró al reloj y como si aquello se

hubiera convertido en la sala de un psiquiatra, la invitó a sentarse en el sofá de tres plazas que tenía delante. Lo hacía servir a veces para echar una cabezadita cuando le tocaba quedarse en la parroquia las noches de vigilia.

Emma tomó asiento, apenas se acomodó quedando más fuera que dentro del sofá, muy tensa. Las piernas cerradas y los pies en puntillas, el vestido estirándose cada vez más por sus nerviosos dedos, que no alcanzaban a cubrir sus desnudas rodillas.

Quería ofrecer una imagen lo más recatada posible, demostrar que no era una fulana, que tenía principios y ante todo deseos de enmendar su reputación de mujer ahora adúltera.

—Yo quiero a mi marido. Cuando me casé con él, acepté el futuro que me esperaba sabiendo que por su trabajo íbamos a estar distanciados. Esperaba tener hijos que llenaran el hogar de cariño, pero los hijos no llegan y cada día me doy cuenta que mi vida está vacía. Tampoco trabajo y tengo todo el día para lamentarme por las continuas ausencias de mi marido. Nunca he buscado a ningún otro hombre, y cuando conocí a Peter Sanders en la herboristería, no me podía imaginar que fuera a caer en una trampa.

Emma se detuvo, tragando saliva para no ahogarse con su garganta seca en ese momento de aflicción. Kevin se levantó y le sirvió un vaso de agua de la botella de cristal azul que tenía en el aparador a su izquierda.

—Gracias, padre. —Emma bebió tomando el vaso con las dos manos como un niño que no quiere derramar su contenido y zambulle sus labios para aplacar su sed. Una vez apuró toda el agua, prosiguió.

Kevin volvió a sentarse, exhalando un suspiro sin querer, fruto de la rabia que estaba empezando a sentir hacia ese aprovechado de Sanders. Estaba seguro de que pronto le haría una visita y no precisamente para buscar uno de los remedios que ofrecía.

—Sigo, perdone por mis nervios. Es difícil contar todo esto, pero lo necesito, quiero liberar toda la carga que llevo encima.

—Tranquila, Emma, puedes hablar conmigo como si lo hicieras contigo misma. Sabes que no te juzgaré. Sigue, por favor.

—Gracias, así lo haré. Sé que lo comprenderá. Porque yo no he querido hacer daño a nadie. Yo solo dejé que ese hombre me hiciera recobrar la ilusión. Su sonrisa, sus miradas, su amabilidad, sus consejos... Ir a su tienda me hacía subir la adrenalina. Era como montar en una noria y ver desde allí todo un horizonte de color y no el gris plomizo que dominaba mi casa.

Nunca pensé que llegaría a tener nada con él, aunque confieso que me tentaba considerar momentos íntimos entre sus brazos como usted ya sabe, de lo que me arrepiento constantemente y aunque cada vez que tenía esas fantasías nunca llegara a hacerlas realidad, con el firme propósito de mantenerme integra. Pero llegaron los besos robados, las caricias atrevidas y roces que quedaban en el secretismo del consultorio. Tras mi última confesión no iba a volver allí. Podía recuperar mi papel de respetable esposa pero ahora ya no es lo mismo. Cuando, presa de los celos al imaginar a mi marido con otra, entré en la tienda de Peter, y me desnudé por completo, me convertí en otra persona. Peter cerró la tienda y nos quedamos completamente solos. Me vio tal cual vine al mundo y me poseyó allí mismo, sobre la mesa del despacho. Ni siquiera se desnudó, abrió la cremallera de su pantalón, desabrochó su botón, bajó un poco la prenda junto a sus slips y entró en mí para eyacular enseguida. Apenas duró diez segundos y me inundó con su semen. No sabía qué hacer. Con mi marido no uso protección puesto que buscamos un hijo, pero él no se puso preservativo y una vez vaciado salió de mí y se dio la vuelta.

Kevin fruncía el ceño apretando los labios. Puso sus manos en su rostro intentando aplacar el enfurecimiento que le sobrecogía tras oír tal atrocidad. ¡Ni siquiera la había abrazado! La había usado como a una escupidera, derramándose en ella sin ninguna precaución. ¿Qué clase de energúmeno era ese tal Peter? Sin escrúpulos, tomándola como a una ramera.

—Después me dijo que me vistiera rápido, tuve que coger un clínex de mi bolso para limpiarme. Él se fue arreglándose la ropa, dirigiéndose a la tienda. Me dijo que podía llevarme gratis el frasco del aceite que me solía comprar para las piernas cansadas. Me dejó con la sensación de haberle prestado un servicio sexual. Por supuesto, no cogí el producto y antes de irme, le solté que, por quién me había tomado. Abrí la puerta girando la llave y la cerré de un golpe, haciendo caer el dichoso cartelito. No me puedo quitar de encima la sensación de

suciedad.

Esta vez Kevin no pudo evitar que sus dientes rechinaran haciendo ruido. En su mente machacaba a ese cretino que vilmente la trató como a una puta.

—¿Qué pasó después? ¿Te das cuenta de que has podido quedar embarazada? —Se pasó los dedos por su cabello para masajear su cabeza. Estaba a punto de salir disparado a ajustar cuentas con ese malnacido. Pero no podía hacerlo. Era un secreto de confesión y solo estaba en su mano ayudar a la pobre Emma escuchándola y perdonándola para paliar el mal trago vivido.

—No lo sé, padre. Eso pasó hace tres días. Aún espero mi menstruación en diez días y sé que estoy en mi pico fértil, que posibilita un embarazo. Pero quién sabe. Igual el destino me ha concedido ser madre mediante este hombre. Puede que mi marido sea estéril. Puede que Dios le haya puesto en mi camino.

—Si tu marido es estéril y te quedas embarazada, tendrás un serio problema si averigua que no es el padre. Lo sabes.

—No tiene por qué enterarse, padre. Si así sucede y me quedo encinta, seré la mujer más feliz del mundo y él igualmente habrá cumplido su sueño de ser padre.

—¿Y el herborista? ¿No crees que haya podido transmitirme alguna enfermedad? Debes ir a hacerte una analítica. Él es un hombre soltero, vive la sexualidad libremente. Te aconsejo que vigiles ese asunto y te cuides. No puedo decirte más.

—Sí, así lo haré. Sé de un laboratorio en Waterford donde los hacen y en menos de dos horas dan el resultado. También averiguaré si estoy embarazada. Padre, prométame que me ayudará. Que me perdonará Dios mi imprudencia. Prometo que no volveré nunca más a esa tienda. He comprobado que Peter no tiene sentimientos. Me ha considerado muy por debajo de lo que soy.

—Ten por seguro que Dios sabrá conducir las cosas por el buen camino. *“Dios escribe recto en renglones torcidos” “Los caminos del Señor son inescrutables”*

Bendigo tu cuerpo, el Señor se apiada de tu alma inocente y te concede la fuerza para afrontar el destino que te es encomendado.

Lo que tenga que ser será. *Yo te absuelvo in nomine Patris, et Fili, et Spiritus Sancti. Amen.*

Puedes ir en paz, hermana. Ve con Dios.

Emma se marchó con la tranquilidad de saberse comprendida, amada, fue como un baño de purificación que le quitó de golpe todo el lastre de culpabilidad. Se volvió a sentir con ganas de afrontar su vida, y con la cabeza

alta salió de la Iglesia. Aún le olía la mano a hierbabuena. En esa maceta había enterrado un papelito con su propio nombre, Emma Watson, para que se obrase el milagro que tanto esperaba.



Esther seguía aferrada a Kevin igual que el capitán de un navío en pleno naufragio se obstina en sujetar el timón aun a sabiendas de que va directo a un iceberg imposible de esquivar.

La furia desatada de la cripta en el pequeño cementerio, fue cobrando mayor auge, y acabó por entrar en las ventanas de la Iglesia rompiéndose todas de golpe, esparciendo como una lluvia de granito todos los añicos cristalinos por los bancos, arrojándose con violencia sobre las figuras fantasmales de los monjes encapuchados.

Estos seguían inamovibles, ajenos a la estampida proveniente de aquella misteriosa tumba al otro lado de los muros. Kevin y Esther se refugiaron bajo el altar que les protegía de todo lo que iba cayendo por encima de sus cabezas. Entonces, como una amenaza de ultratumba, los monjes se iban levantando uno a uno enfilándose al pasillo con intenciones de llegar hasta el altar.

¿Estaban programados para rememorar el oficio religioso yendo a comulgar en un supuesto encuentro Eucarístico que en una realidad paralela estuviera teniendo lugar en sus desencarnadas memorias, o es que estaban dispuestos a intervenir ante la presencia de esa mujer en lo que consideraban su lugar sagrado y exclusivo, desdeñando a la intrusa?

De cualquier modo, Kevin no podía confiar en el carácter inofensivo de los espíritus. A pesar de negarlo una y mil veces, estos se empeñaban en demostrar su presencia a toda costa. En ese templo donde fueron enterrados sus padres, pertenecientes de una logia que Kevin conoció solo en su mejor versión.

Uno de los monjes ya había subido uno de los peldaños, apenas se le veían los pies, parecían flotar desplazándose por el pasillo de la Iglesia que se estaba viniendo abajo ante los temblores de las mismas paredes y la ventisca de

cristalitos por todos lados además de ramas secas, hojarasca, y cientos de cuadernos de los misales abiertos en los bancos con las páginas pasándose a un ritmo desenfrenado de adelante hacia atrás y viceversa, pero misteriosamente sin elevarse por los aires, como todo lo que se encontraba en el interior de esas ruinas, como si toda la atención recayera en ellos y su importante contenido.

Kevin sabía lo que rezaba en ellos, todas las letras de las canciones que en ese templo se entonaban en solemnidad. En su cabeza resonó aquella antigua y legendaria letanía que junto a su padre, miembro de la logia secreta de esa orden la solía escuchar y ahora parecía que el viento, en un silbido terrorífico colándose por los tubos del órgano, lo hacía resonar precisamente en las notas que formaban esa patética melodía.



El padre de Kevin era un hombre estricto, de rígidos valores morales, criado desde pequeño en una atmósfera puritana que no podía ser otra la que confinaba a más de doscientos niños huérfanos en el hospicio de *St Andrews*, en el mismo Dublín. Supo desde pequeño lo que representaba desafiar las órdenes en una cruel disciplina de autoritarismo déspota. Los correccionales basados en encierros en cuartos oscuros sin más alimento que pan duro y agua que se pudría entre excrementos de ratones y cucarachas, las palizas que marcaban las nalgas con azotes a bastonazos, y la exposición a la intemperie del patio ante el frío y la lluvia sin más vestimenta que el pijama de cuadros que recordaba la prisión en la que estaban reclusos todos esos niños, como si tuvieran que cumplir una dura y miserable pena por el hecho de haber nacido sin ser deseados, repudiados o abandonados sin concederles el amparo que por derecho todas las criaturas le es otorgado en la sabia y protectora Naturaleza.

La madre de ese pobre chico que se convirtió en el padre de Kevin, desconocía de su existencia. Creyó, tal como le dijeron tras el parto, que había muerto tras nacer. Ni siquiera lo pudo ver. Se lo sacaron como a quien le extraen un tumor para que no se reproduzca y aniquile el organismo, para que ese niño no complicara los planes que tenían para Alice Bratsbury, la hija de una de las familias de más prestigio social y económico de toda Inglaterra.

Alice tenía como ojos dos luceros con pestañas rizadas, una boquita de fresa y mejillas sonrosadas, formando la imagen de una verdadera muñeca de porcelana, con la piel blanca como la leche, siempre protegida de los acechantes rayos de sol que su sombrilla de encaje de hilo de marfil ocultaban bajo su amparo, aislándola además de las miradas de los elegantes pretendientes, que pululaban como moscas a la miel a su alrededor.

La mansión en la que habitaba, disponía de un gran número de servidores ayudantes en todas las tareas domésticas, además de los encargados de las caballerizas y los jardineros que cuidaban los impresionantes jardines que tocaban al bosque que conducía al río. Era allí donde más feliz se sentía Alice, escapándose de los acompañantes que la seguían durante el día. Con 11 años era capaz de salir sigilosa de noche de su habitación, donde hacía creer que dormía y bajaba a hurtadillas por las escalinatas, escondiéndose tras las estatuas de mármol que presidían los laterales de los espaciados escalones con barandillas de caoba esculpidos artesanalmente.

Se acercaba con su manta marrón de punto, hecha por su querida abuelita, cubriendo su largo camisón bordado de estrellitas y unicornios, hacia la portezuela de atrás por donde normalmente entraba el servicio, y por el ventanuco de al lado,- casi siempre entornado y no cerrado, para permitir la entrada al amante de una de las doncellas- se enfilaba hasta dejarse caer en la mullida mata de lavanda que había debajo, ya en el exterior de la mansión.

Corría agazapada entre los setos y árboles de los jardines, perseguida por su fiel y silenciosa mascota, un gato igual de travieso que ella que en estado salvaje no se dejaba domesticar, pero cada vez que podía le robaba la comida a los insulsos gatos inflados de rosbif que se pasaban el día en el porche esperando las caricias de sus amos que los tenían como a niños, con lacitos y cascabeles, perfumados y castrados.

Sin embargo, el gato salvaje lucía un pelaje de vivos tonos ocre y negro que le conferían el aspecto de un tigre en miniatura. Sus bigotes negros y fuertes, sus ojos oscuros y burlones, su elegancia felina y un singular modo de saltar por los aires cual ardilla voladora, lo convertía en único. Y ella, Alice, se identificaba con él, por eso, por su independencia, astucia, y por qué no, rebeldía. Eran almas que se reconocían y conectaban, la del animal y de la niña que buscaban en el claroscuro de la ribera del río, esa comunión con la Naturaleza en su estado más puro y armonioso.

Se estiraba en la hierba, sobre la manta de su abuelita y mientras el gato saltaba sobre los saltamontes, intentando atraparlos ella se imaginaba los mundos que albergaban los miles de planetas que esas estrellas fulgurantes iluminaban igual que el sol a nuestra Tierra. Cansada de las aburridas sesiones de protocolo para convertirla en toda una respetable señorita, Alice se evadía soñando con viajar a mundos lejanos donde protagonizaría increíbles aventuras como las de los héroes de las leyendas que estudiaba en sus clases de historia y mitología.

Pasaron los años y cumplidos los 16, tenía más terreno por explorar gracias a la libertad que le permitía ir sobre el lomo de su yegua negra como el azabache. Jara era su nombre, y seguida de su inseparable felino, que desafiaba la velocidad de la carrera equina, alcanzaban parajes del bosque competían en belleza y exotismo. La Naturaleza se exhibía caprichosamente adornada con enfiladas plantas trepadoras que trenzaban los troncos salpicándolos de tonos verdes y rojizos; los helechos, que con sus tallos suspendidos a media altura del suelo, formaban olas de ensueño de vegetación dispuesta a cumplir su cometido oxigenando y dando vida alrededor.

Jeremy cuidaba su yegua en los establos. Era un mestizo de madre india y padre francés que se conocieron cuando él fue a hacer un reportaje a la reserva canadiense en la que se encontraba ella. La inmortalizó en su esplendorosa belleza salvaje en toda una colección de fotografías que cautivaron las miradas de todos los visitantes a las salas en las que se exponían sus capturas. La melena negra retando a la oscuridad de la más infinita de las noches sin luna, ni más estrellas que los dos astros con luminiscencia turquesa de su exuberante mirada, sus labios creados para besar y susurrar la profunda sabiduría que corría por sus venas en un torrente de ancestral comunión con el Universo. Jeremy tenía la misma pasión de sus padres en sus ojos, y vio en Alice el lado salvaje nadie más podía reconocer.

Entre los dos surgió el más bello amor imaginable, vivido en el secretismo de los bosques, dando fruto a ese ser que acabó en el hospicio para no romper con el destino marcado por la aristocrática familia.



### *Esther y Kevin*

De pronto, todo volvió a sumirse en la paz que solía reinar en ese templo. Había sido algo imaginario lo que había aparecido ante sus ojos, el temor convertido en un escenario dantesco que reflejaba los fantasmas de sus miedos más profundos.

Se miraron y no pudieron resistirse más al deseo que como un volcán en erupción, les iba a convertir en figuras de magma abrasador.

Él la cogió por la cintura la pegó a la pared para abalanzarse sobre ella y recorrerla a besos comenzando por sus labios, su cara, su cuello, y seguir por sus pechos mientras los estrechaba con una de sus manos mientras la otra la tomaba por las caderas encajándola entre su cuerpo para acoplarse al máximo a ese fuego que anhelaba extinguirse apresuradamente.

Ella comenzó a jadear, sus ansias se convirtieron en verdaderos alaridos que descubrieron la loba que estaba apresada dentro y se dejó llevar. Como muñeca de trapo se amoldó a sus movimientos, sin ofrecer resistencia, arqueando su cuerpo.

Sus pechos desnudos sobresalían de su camisa al destaparlos con furia la mano presurosa de Kevin, mientras la falda se iba subiendo por la otra mano que apretaba sus carnes en un recorrido ascendente hasta centrarse entre las piernas y alcanzar su sexo. Como hembra en celo, adoptó sus caderas al tacto de la mano varonil sedienta de explorarla, estrechándose hacia ella sin ningún pudor.

Pensar en él como hombre era arrebatarle las alas de su condición religiosa.

¿Cómo podía controlar esa pasión que quería manifestar desde dentro de sus

entrañas?

Mirarle era padecer por evitar que se notara la excitación tan enorme que sentía estando a su lado, teniéndolo tan cerca, a un paso de desafiar las distancias y fundirse en su misma energía.

*La muerte no solo representa el fin de la existencia, también se apropia de los sentimientos que enterramos a paletadas de frustración al intentar anularlos de nuestro corazón.*

*Como si dejar de sentir amor hacia alguien que no debe recibirlo por parte nuestra, nos fuera matando, anquilosando neuronas límbicas, en una necrosis de sentimientos que paraliza por completo la capacidad por emocionarse.*

Parecía que la tormenta hubiera despertado del letargo a la mujer que latía en el fondo de su ser. El enclave poseía una fuerza extraña, capaz de aislar a cualquier persona del mundo, separando como un muro lo que habita dentro de cada uno con lo que distrae la verdadera esencia, como si de pronto se hubiera enfocado la única y auténtica realidad que late en cada ser humano. Por eso, ese sitio era tan especial para Kevin.

Tomó su cuerpo entregando el suyo, besó sus labios rodeándolos con su boca, acarició sus senos moldeándolos con sus fuertes manos con suaves caricias pero intensas, buscando su placer al acercarse sus besos por toda su piel, mientras ella gozaba en un éxtasis de sensaciones que recorrían toda su columna hasta dispararse por toda su feminidad, abriéndose libremente para hacer el amor.

—Creo que te he amado siempre, que has estado dentro de mí como un tesoro que tenía que descubrir, porque estando contigo soy otra mujer, me sobrecogen extrañas sensaciones que nunca he sentido con nadie más. Es como si hubiera estado caminando hacia una cumbre y al alcanzarla pudiera contemplar lo que había más allá de la montaña, como si mi vida hubiera llegado ya a la cima desde la que alcanzar el cielo. El cielo contigo, Kevin. Porque haces vibrar todo mi ser estando a tu lado.

—Esther, es difícil tenerte entre mis brazos y saber que tras esos muros todo volverá a ser como antes, que aunque nuestras manos deseen entrelazarse o nuestros labios besarse, no podremos expresar todo el amor que sentimos el uno por el otro. Hagamos de nuevo el amor, te necesito, Esther, necesito fundirme en ti una vez más antes de enfrentarnos al mundo otra vez. Deja que te ame, deja que recorra tu belleza hasta saciarme de ti, vida mía.

—Oh, Kevin, amor mío, tómame, hazme tuya una y mil veces, dejemos que nuestros cuerpos se liberen de tanto dolor. Nunca he amado a nadie como te amo a ti. Desde que te vi, nuestros mundos comenzaron a girar en la misma órbita y

nada ni nadie podrá separarnos. Te quiero con todo mi cuerpo y con toda mi alma. Hazme el amor, tómate entera y derrama en mí todas las caricias que quedaron retenidas desde que sentiste lo mismo que yo siento hacia ti.

—No pararé de hacerte mía hasta que nuestros cuerpos no puedan más, hasta que no quede ni un poro de tu piel por respirar todo el amor que quiero demostrarme con cada beso, con cada caricia, con cada sacudida que despierte tu gozo más íntimo. Quiero respirarte, retener tu perfume de mujer en mi piel, aspirar toda tu fragancia femenina para impregnarme de ti y tenerte siempre conmigo, soñar contigo cada vez que sienta la huella que dejas en mí.

Esta vez se adentraron aún más en las ruinas, besándose como locos mientras se iban acercando a otro altar. No había sitio mejor que la estructura firme y lisa que en sus mejores tiempos servía para officiar las misas de las familias a las que pertenecía esa capilla interior.

Él la apoyó contra la superficie de mármol, sujetándola por la cintura hasta elevarla en un impulso y, una vez sentada, se dejó llevar por todo el arsenal de virilidad que en esos momentos no tenía freno alguno.

Exploró su cuerpo de mujer, como algo sagrado que venerar.

Bebió el elixir de su cáliz de hembra, su hembra, su sacerdotisa del amor.

Ella acariciaba sus cabellos, arqueando su cuerpo hacia atrás, sacrificando toda su vergüenza para dejarse poseer, dispuesta a entregarse de nuevo por completo. Porque él le pertenecía tanto como ella era para ese hombre, que ahora sin el alzacuellos ni la sotana, ni pudor alguno, desnudo de toda atadura moral, había nacido de nuevo en otra vida que les unía para siempre, que les completaba como hombre y mujer en su condición más primitiva, más animal, salvajemente disfrutando su sexualidad como Adán y Eva en el paraíso que habían encontrado dentro de esos muros.

Ella no tenía ningún miedo. Se sentía segura en esa caída libre al vacío, sabiendo que iba a izar el vuelo hacia la felicidad completa con él.

Tampoco le importaba lo que pasaría después, solo era el aquí y ahora. El presente. Ese instante, ese templo. Él y ella, nada más.

Los truenos acompañan la explosión de sensaciones como si el cielo también expresara su más apasionada manifestación rasgando las cortinas de la bóveda celeste con sus rayos de fuego.

Eran dos mortales que eternizaban en el curso de la historia de sus vidas, esos momentos de intensa y auténtica entrega.

Supernovas de colosales dimensiones se escampaban por el universo que

estaban creando al fusionar sus cuerpos en uno solo, formando toda una galaxia de puro amor.

Extasiados tras dar rienda suelta a todos sus instintos reprimidos, se quedaron abrazados encima del altar como ofrenda a los dioses.

Uno al lado del otro, enlazados de brazos y piernas que encajaban como seres de una misma pieza.

La luz de la luna se fue colando por entre los cristales rotos de las vidrieras. Esa noche había un eclipse. Demasiadas confluencias para propiciar ese encuentro tan crucial. Una vez más el sentimiento más poderoso se manifestó protagonizando la unión carnal y espiritual de las dos fuerzas opuestas que lo rigen todo: el ying y el yang.

Sin caer en lo que sucedería después, Kevin había entrado en ella tal y como su naturaleza se lo pedía, sin ningún tipo de precaución, y en un momento de reflexión, una vez que iban tomando conciencia de su deber en regresar a la finca, él se acordó de Peter Sanders, de cómo había hecho lo mismo con Emma y se vio de una manera reflejado en ese miserable al que no tenía ninguna consideración.

Pero Peter no amaba a Emma, se lo había dejado claro al tomarla sin demostrarle ningún afecto. Emma no recibió nada a pesar de habérselo dado todo, su desnudez, su confianza, se jugó la reputación, el honor, la dignidad a una sola baza como una kamikaze del amor, recibiendo todo el impacto gélido de la artillería de “*don indiferente*” Sanders.

A Esther la amaba hasta los confines del más allá, sin reservas, sin límites en la entrega, dándole todo su ser, toda su alma; eran sus ojos los que quería admirar cada mañana, más que al sol o a las estrellas, ella era su paz, su libertad, su amanecer eterno.

Sus cuerpos sudorosos y húmedos por la lluvia, barnizados de tempestad y pasión, formaban una escultura maravillosamente cincelada por el arte del amor.

Los cabellos de Esther esparcidos por el borde del altar, en ondas delicadas y armoniosas, conformaban junto al pañuelo que cubría sus caderas en un frustrado empeño por convertirlo en sábana de su lecho nupcial, los fornidos brazos de Kevin rodeando la espalda de su amada, las elegantes y sensuales piernas de ella enroscadas en su otra mitad masculina, una adorable obra de arte.

El pulso de sus intimidades latía al mismo compás, recuperándose de las idas y venidas en los caminos del placer, incandescentes en sensaciones tras haber comunicado tantas ráfagas vibrantes de puro éxtasis.

Una merla cantaba con un silbido que anunciaba el turno de los sueños; se

despedía del día que ya había dejado paso a la noche con su luna resplandeciente cada vez más y más alta escalando el cielo estrellado.

—Tienes el brillo de plata en tu cara más maravilloso que he visto jamás. Eres como una princesa de un cuento de hadas. Soy tu caballero andante dispuesto a luchar contra los demonios del miedo para defender nuestro amor ante el mundo.

—¡Qué palabras tan propias del príncipe de mis sueños, majestad! No hay miedos que valgan para vivir toda esta felicidad. Seguir sin ti sí que me daría pavor. He visto el Paraíso en tus brazos y es donde quiero morir el día que tenga que dejar este mundo para esperarte en la eternidad.

—¿Sabes? Puede que nos encontremos ahí fuera con miradas que se claven crucificando nuestra entereza, pero sé que ni tú ni yo sentiremos dolor, ni nos dejaremos abatir por los cuchicheos, resistiremos al vendaval de las críticas, amor mío. Podremos con todo. —Kevin rozó su barbilla con sus dedos como si tocara los pétalos de una rosa, con tanta delicadeza y dulzura que a ella le daban ganas de llorar, embargada de profunda emoción. Él le estaba infundiéndole a ella todo el valor que necesitaba para que estuviera plenamente convencida de que lo lograrían, conseguirían levantar su propia fortaleza protegiendo toda la magia que les embargaba haciéndoles tan felices como nunca hubieran imaginado.

Kevin se fue incorporando, deshaciendo el amasijo de brazos y piernas que anclaban el reposo. No podía resistirse y siguió con sus dedos la línea de las curvas femeninas que tenía delante, las fue grabando en su memoria para recogerlas en sus noches de insomnio, que seguramente serían la constante tortura a partir de ese instante.

Se detuvo en la redondez de sus pechos, bordeando todo su contorno como si lo dibujara con pinceles invisibles, y siguió por su cintura, encontrando apetecible posarse en su superficie, y amasar su vientre con su mismo cuerpo, con sus besos, su lengua. Descendió hasta perderse en el abismo de su locura, su pubis, recogido bajo unos rizos diminutos que escondían su apertura apetitosa y sagrada a la vez.

Su centro era un infinito paraíso lleno de sensaciones perturbadoras y placenteras hasta perder la razón, hasta conseguir hacerle olvidar quién era y simplemente dejarle ser. Ser, sentir y nada más. Con su otra mitad. Completando el mapa que le llevara a los orígenes y al final de todo.

Esa metamorfosis creaba un nuevo ser, con pleno sentido en su existencia.

No necesitaba más que tenerla a ella para comenzar cada día y esperar cada noche para volver a conjugar el verbo amar.

En algún lugar , las fuerzas invisibles que rigen el destino del ser humano, estarían tramando alguna conspiración a favor del reverendo y la joven viuda, Esther Walsh.

El graznido de un cuervo le recordó que era hora de regresar. Lo vio salir del templo por un hueco del techo desde el que asomaba la constelación de Orión. El ave no desapareció sin más, revoloteó en círculos jugando con las sombras que sus alas dibujaban fantasmagóricas por el carácter agrandado de las mismas que se precipitaba hacia las paredes enmohecidas de la Iglesia.

—Seguiría amarrado a ti toda la noche, y aunque este altar pueda resultar incómodo, nunca he deseado dormir en otro sitio más maravilloso que este. Sin duda lo nuestro se ha bendecido por las Fuerzas Superiores. No hemos tenido más testigo que los elementos de la naturaleza, el agua, el fuego, el aire, la tierra, y el éter que mueve la energía de la vida.

—Amor, me considero tu esposa para toda la eternidad. Mira qué celebración tan hermosa tenemos. Los diamantes del cielo se van encendiendo sobre nosotros, la paz gobierna todos nuestros sentidos, la música de tu voz al deleitarme con todas estas declaraciones es la banda sonora de mi corazón.

—Esther, todo lo que hemos vivido aquí no será nada comparado con lo que nos espera en la nueva vida. Serás tan feliz que estalles en dicha creando una onda expansiva a tu alrededor que creará más y más espacio para este incontenible amor. Sin límites para manifestar lo mejor que hay en ti, para que salga la diosa que llevas dentro. Tú no lo sabes, pero cuando se ama de verdad no existe el tiempo ni el espacio. Hemos estado siempre unidos. Yo estaba en tu alma y tú en la mía, pero solo con los ojos del amor lo hemos descubierto.

—Te quiero, creo que siempre te he querido aunque no te veía. Notaba la presencia de una fuerza poderosa que me hacía sentir bien, en armonía con el entorno, pero ahora sé que estabas en ella, que desde tu atalaya emitías la frecuencia que mi corazón detectaba y hacía que se canalizaran mensajes de pura paz liberadora.

—Mis oraciones siempre se dirigían hacia todos los seres de la creación, para que Dios les protegiera y les hiciera sentir la benevolencia al contemplar sus desdichas y preocupaciones y le pedía que les diera luz en sus sombras, calma en sus tribulaciones, descanso en su fatiga, salud y fuerza para seguir la parte que les ha tocado vivir para evolucionar como seres humanos sin tener que llegar a sufrir o padecer más que lo mínimo. Pero la naturaleza del hombre está por encima de su voluntad muchas veces y llega a cometer atrocidades si es que esa

naturaleza está condenada a infringir el derecho del prójimo y arrebatarse su libertad. Cada vida tiene su razón de ser, hasta uno de tus cabellos no cae si no es parte de un plan. Quienes se interponen en el camino de otros truncándolo, cometen un grave delito que tiene su repercusión.

—¿Amarte es infringir un plan divino en tu vida sacerdotal? ¿Intercederá alguna figura simbólica para que me aparte de tu vida? ¿Para que sigas brindando toda tu capacidad espiritual en este mundo?

—Tranquila, amor mío. No eres ajena a mi mundo, tú estás dentro de mí, por lo que, gracias a manifestar nuestro amor, ofreceré mi ser multiplicando mis posibilidades, al haberse desarrollado el sentimiento de plenitud, potenciando mis capacidades espirituales. Puedo alentar con mayor efusión porque estoy lleno de amor. ¿No ves que estoy en condiciones de ofrecer mucho mejor mis servicios altruistas de entrega al prójimo? Mi fuente está a rebosar de felicidad. Daré lo que tengo, amor a raudales, el que contigo brota a borbotones sin fin.

Se besaron apagando las llamas de dos lenguas que deseaban expresar mucho más de lo que las palabras podrían manifestar. Volvieron a conectar en un vértigo de sensaciones que recorría toda su espina dorsal y se esparcía alimentando cada célula de sus cuerpos, cada hálito de su alma.



Bernart encendió las luces de su entendimiento y comprendió que Esther ya no estaba en su camino. Dejó de atosigar a la familia para conocer el paradero de su ex mujer. Sin embargo, hombre de obsesiones, centró su atención en algo que inconscientemente la incluía a ella. Si no podía amarla, nadie podría evitar que bebiera de la misma agua que ella, que absorbiera el mismo aire que ella, que disfrutara del mismo paisaje que ella, que contemplara el misterio que la hacía tan especial, única, enigmática.

Los bosques de Kilkenny eran enclaves idóneos para los amantes del conocimiento de la civilización madre, la que existió antes del diluvio y que solo unos pocos reconocen intentando descifrar las huellas que quedaron en lo único que ha quedado de su existencia: Las piedras. Monolitos de gran tamaño, construcciones adivinadas entre escombros de peñascos que no son simples rocas, que sus cortes son fruto de un laborioso proceso que incluso con nuestra tecnología actual cuesta conseguir por la rectitud de sus ángulos.

En su día lo comentaban juntos, cuando eran un matrimonio bien avenido y tenían en la mochila de sus ilusiones muchos sueños por alcanzar. Por eso tenía pensado ir allí y poder cumplir ese sueño aunque fuera por sí mismo, sin su compañía, pero en el fondo esperaba hallar alguna pista en ese interesante lugar.

Gracias a una desintoxicación integral de todas sus adicciones, Bernart se convirtió en otra persona. Ya no era presa de sus arrebatos cuando pretendía algo y no lo podía conseguir. Ya no rompía el teléfono estrellándolo contra el suelo tras escuchar a los padres de ella que no sabían dónde estaba, que parara de

llamar, que la dejara en paz, que se olvidara de ella para siempre y viviera su propia vida. Ya no acababa con el timbre del interfono de la vivienda de los pobres progenitores de su ex que de tanto pulsarlo terminaba haciendo trizas sus fusibles. Ni siguió pinchando las ruedas del padre como represalia ante el sellado silencio sobre el paradero de la que tanto ansiaba encontrar para paliar su enorme angustia.

La necesitaba como a una droga a la que era adicto, porque con ella vivió los momentos más maravillosos de su existencia. Solo ella tocó la fibra de su corazón, ella fue la única que le mostró cómo se puede vivir extrayendo la esencia de cada momento. No había conocido otra persona igual en toda su vida. Ella paseaba por la calle como si estuviera siempre esperando sorprenderse a cada instante de lo que iba a encontrarse en el camino; por muy asfaltado que fuese, siempre hallaba una razón para saborear la vida. Una diminuta planta con flores amarillas entre las rendijas de la pared de un edificio, el vuelo de una paloma sobre sus pasos, una ráfaga de aire fresco en pleno verano, el canto de alguna merla u otro tipo de ave que incluso intentaba interpretar en su maravilloso lenguaje.

—Mira, —le señalaba moviendo sus ojos hacia la derecha, en señal de adivinanza—, nos está anunciando a sus amigos, está diciéndoles que estos pringaos no comen nada y no van a picotear ninguna delicatesen de las que a veces se les cae alguna migaja.

—Entonces vamos a darles un festín. —proponía él para interactuar con los príncipes del aire, comprando un bollo de pan para esparcir migas bajo el árbol que esos pajarillos ocupaban y hacer que Esther disfrutara con el espectáculo.

Sentados en un banco, iban tirando pedacitos pequeños arrojándolos a una distancia tal que los gorriones no tuvieran miedo en ir a por ellos.

Fue muy curioso observar cómo poco a poco iban bajando de rama en rama hasta ir descendiendo al suelo y con mucho sigilo atrapar un trocito de pan para llevárselo volando a otro lugar donde no hubiera nadie y poder disfrutarlo. Pero no fue más que el líder de la banda de gorriones el que primero se acercó. Todos le respetaban. Si alguno se quería adelantar, le echaban a picotazos. En la Naturaleza existe la ley del respeto al líder. Se lo ha ganado a pulso por sus cualidades y capacidades, más evolucionados, más fuertes, inteligentes, más valientes, con más carácter.

Cada vez que paseaban por ese parque, llevaban algún pedazo de pan para repartir bajo ese mismo árbol. Puede que llegaban a esperarles cada tarde, pues eran más rápidos los descensos hasta las migas de pan, perdiendo poco a poco el

temor.

Y después todo cambió. Quiso acaparar toda su atención en todo momento, asfixiándola. Sus crisis fruto del proceso de desintoxicación, eran terribles. Los fantasmas de la duda acechaban por su cabeza culpándola de intentar dejarle.

—Esther, estás cada vez más distante. ¿No ves que pasas más tiempo con tus amigas que conmigo? —le reprochaba si, al llegar a casa del trabajo no la encontraba en casa y se topaba con una nota en la nevera diciendo que estaba en danza con sus amigas.

En realidad ella pasaba horas y horas en la biblioteca. Allí se refugiaba entre las estanterías de libros, empapándose de culturas antiguas, intentando recopilar datos para situarse en los periodos de la historia más significativos, buscando respuestas a sus interminables interrogantes.

—Vamos a hablar claro, Esther, quiero que me digas por qué ya no me miras como lo hacías antes, con el mismo entusiasmo con el que contemplabas la luna llena reflejada en las aguas del mar, como cuando descubrías una nueva flor de hibisco en tu maceta preferida. —*Flor de un día* —decías, apreciando su belleza para que no cayera en la indiferencia, admirando su breve pero hermoso florecimiento.

—Bernart, seré franca. No te estoy evitando. Estoy enfrascada en un estudio de investigación. Me lleva horas bucear por documentos que puedan orientarme en el trabajo que estoy llevando a cabo.

—Cuéntame, ¿de qué se trata?

—Verás, sabes que este país encierra un pasado de gran valor arqueológico, cuyos restos megalíticos demuestran que hubo una civilización que dominaba conocimientos astrológicos, matemáticos, que hoy día es impensable ubicar en esos tiempos tales avances y proezas. Quiero viajar y descubrir esos maravillosos restos que guardan tanto misterio. Me ausentaré por unos meses en un trabajo de campo para recabar más información sobre esos vestigios antiquísimos, espero que lo comprendas y no te enfades conmigo.

—Eso es un pretexto. Me quieres dejar.

—No, no es eso. Solo necesito estar un tiempo sola, cumplir mis objetivos. —alegó Esther en defensa propia. No soportaba más tiempo las manías de Bernart. Su actitud posesiva estaba minando su vida acaparándola demasiado. Se agarraba a ella como un salvavidas pero ya la estaba hundiendo al apoyarse demasiado.

—Debes dejar de llamarme tantas veces por la mañana. En el trabajo nos tienen prohibido contestar llamadas personales a no ser que sean muy

importantes. Tú me estás controlando todo el tiempo, que a dónde voy a tomar el café y te presentas en la cafetería que sabes suelo ir con mis compañeros de la editorial donde aprovecho para hacer amistades. Pero al estar tú, ellos se apartan y vas cortándome el paso, sin dejarme apenas iniciativa para nada.

—Yo quiero compartir todo, me encanta verte, darte el beso de media mañana, invitarte a comer, cuidarte. ¿O es que tú ya no me quieres?

—Claro que te quiero, Bernart, pero es necesario comunicarme con mis colegas. No por ello te dejo de querer. Tenemos todo el fin de semana para hablar y pasarlo bien juntos. Muchas parejas hacen exactamente lo mismo. Tienen su espacio para estar con sus amistades, sus aficiones, y aunque no las compartan con la pareja, se sienten completos al desenvolverse con más libertad.

Bernart se enfureció en sus adentros pero no lo manifestó. No entendía la postura de Esther, no concebía apartarse tanto de la que era su eje vital, su latido, su horizonte. Sin ella no tenía rumbo. Volvería a desorientar sus pasos y deambular en el páramo de la depresión.

Se calló y la dejó marchar. No quería desatar todo el vendaval de furia contenida porque la perdería para siempre.

Se despidieron en la estación al día siguiente. Pero ella no volvió. En su viaje comprendió que no había vuelta atrás. Llamó a un abogado, amigo de la familia y mediante un correo notificaron a Bernart la demanda de divorcio. Su mundo se vino abajo y salió el monstruo de las profundidades de su tenebrosa oscuridad.

Ya no tenía sol su amanecer, ni estrellas sus noches sin luna, apagadas en un insomnio perenne del que tan solo la bebida la hacía más soportable.

Y así fue como comenzó su periplo por las tierras irlandesas llenas de magia y misterio de una Esther en busca de su destino, desatándose de las ligaduras de un amor corrosivo, obteniendo el divorcio gracias a un abogado que supo acelerar el proceso.



Kevin y Esther deshicieron el camino de vuelta hilando la madeja que horas atrás se había extendido hasta el templo en ruinas. Ya el cielo clareaba y las estrellas se iban dejando ver rodeando a la luna enamorada. La tierra mojada ofrecía una alfombra de hojas barnizadas por la lluvia por donde sus pies recorrerían la pesadumbre de volverse a separar.

Pasaron cerca de la casa del nuevo vecino que ya había cerrado las contraventanas. Esther se asomó un poco entre las rendijas del portón. Le intrigaba la llegada de esa persona precisamente a esa parte del bosque. Miró un poco y llegó a adivinar lo que era una fuente y un comedero de aves. El jardín estaba iluminado con unos farolillos clavados a ambos lados del caminillo que conducía a la entrada de la casa.

En el tejado se podía observar un sistema de canalización que aprovechaba el agua de la lluvia para el uso doméstico. Sin duda el que vivía allí era alguien que participaba con las ideas ecologistas integrándose en el medio sin malgastar la energía.

—Vámonos Esther, aún estamos a tiempo de que nadie nos sorprenda juntos. Ahora te pido algo muy importante, vida mía. Cuando lleguemos al valle y se lleguen a divisar los cultivos, haz el camino tú sola. Yo vigilaré desde atrás, hasta que te vea entrar en la casa. Dile a Rebeca que fuimos al pueblo. Pero que volviste en autobús tú sola. Yo me iré ahora con el coche. Lo tengo por suerte en el garaje que antes era el gallinero, a la entrada de la finca. Nadie me verá salir, además saldré con las luces apagadas.

—De acuerdo, amor mío. Ve con cuidado. ¿Dónde dormirás?— Su pregunta

más bien se refería si iba a pensar en ella, aunque ya lo sabía, pero necesitaba oírlo una vez más. Era lógico que durmiese en su piso, el que seguía manteniendo a pesar de vivir en la finca “*Harmony*” como ahora se llamaba en honor a la conjunción de tanta belleza y próspera fertilidad en muchos aspectos.

—Amor, voy a dormir suspendido en tu imagen, en la que tengo grabada a besos y caricias en toda mi piel, en toda mi mente, en todo mi corazón y en toda mi alma. Da igual donde repose mi cuerpo porque estaré contigo aunque no me veas. Me sentirás respirar a tu lado aunque no me veas. Y no te sorprendas si sientes que en tus labios se posa la caricia de un beso. —Y la besó con toda la pasión de un hombre perdidamente enamorado, sellando en su boca toda una declaración de amor. Esther acogió sus labios a los suyos y sus brazos rompieron las distancias en un desenfreno que acabó por sumirles en nuevas ansias por satisfacer.

—Deja que me vaya, Kevin. No sigas, o acabaremos de nuevo revolcándonos en la hierba como dos locos a la luz de la luna. Mañana te veré, ¿vendrás?

—Por la tarde. Tengo que hablar con el nuevo párroco. Pórtate bien y no le cuentes nada a Rebeca. Sé que sois muy buenas amigas y os lo contáis todo, pero por favor, guarda nuestro secreto. Solo hasta que arregle unas cuantas cosas. Después ya no hará falta. Y ahora ve, corre a la casa y ponte ropa seca. No quiero que te resfríes. Te quiero sana y salva para todo lo que tengo proyectado contigo.

Kevin le dio una pequeña palmada en el trasero, y la alentó a correr hasta la casa. Vigiló tras un árbol hasta verla entrar. La vio mirar al final del sendero, sonriendo. El brillo de sus ojos se podía vislumbrar desde lejos. Era el faro de su destino, el que guiaría su velero hasta el puerto que siempre había buscado en el océano de sus sueños.

Rebeca llenó la bañera con agua templada y dejó un camisón sobre la cama de Esther. No preguntó. Se marchó a su casa en su vehículo. Ya hablarían, aunque ella se lo imaginaba, era evidente que se habían encontrado en el bosque, que el reverendo y la joven viuda habían descargado, igual que el cielo, todo su arsenal de sentimientos y pasiones.



Kevin llegó con el coche al centro de Kilkenny. Se metió bajo la ducha dejando el agua correr por su rostro, con los ojos cerrados pero abiertos al recuerdo en el templo.

La sentía aún latiendo bajo su cuerpo, sobre la losa del altar, entrando en la corriente de amor, expandiéndose dentro de ella, uniendo su mundo al suyo, volviéndose uno.

¡Qué maravillosa podía ser la vida cuando se sentían tantas sensaciones del más puro amor, ¡qué misterio era ese poder, que canalizaba la energía creada entre ambos, en un circuito de infinito placer!

Sentía que había una inmensa bondad en ese ser, en esa mujer que parecía fuera de esa era, atemporal, que podría adaptarse a cualquier entorno siempre que permitiera liberar su espíritu.

Hija del sol, de la tierra, del aire, del fuego. Era su otro yo, su manifestación femenina, la delicadeza, la belleza, la intuición, y la propulsora para que él se transformara en un hombre completo, capaz de todo, dispuesto a saltar toda limitación.

De pronto se sintió liberado. Tenía dentro de sí mucho más amor por manifestar del que hasta entonces emanaba de su ser. Ahora quería implicarse mucho más como persona pues había aterrizado en el verdadero Paraíso y quería compartirlo con la humanidad.

Creció en él un deseo porque todos alcanzaran el gozo de sentirse dichosos en las posibilidades que sus circunstancias les permitiera.

La religión no es sufrimiento. Es liberar el espíritu para que conecte con la corriente divina. Es amar, amarse a sí mismo, no condenarse, perdonarse, intentar encenderse para tener luz propia y no vivir en las sombras de la

ignorancia.

Saber es poder. Debía sembrar en las personas la esperanza por hallar su propio paraíso, sin pretender ser feliz tal como la sociedad propone con viajes a países exóticos, productos de lujo, seducir a diestra y siniestra, el culto a la imagen, ensalzar el ego, y otras fórmulas de felicidad “mórbida”\*.

Pero antes de dar el salto y originar ese tsunami de revolución, debía terminar lo que había empezado hacía unos meses. Debía encauzar a esos chicos que habían venido de España para encontrar un futuro y aprender técnicas agrarias y solo a través de la diócesis podía seguir con el proyecto.

Las ayudas económicas venían de la Unión Europea, del departamento de Bienestar Social, y solo si se conseguía cumplir con los objetivos y la programación establecida, se adjudicaría una importante suma de dinero que permitiera a cada joven desarrollar su propia empresa una vez finalizado el proceso de aprendizaje.

Se guardaría las ganas de expresar en público todo lo que sentía hacia Esther. Total, solo faltaban dos meses más para concluir el proyecto. Elaborar un buen informe acabando el plazo establecido, acerca del éxito en el trabajo realizado y las técnicas asimiladas, sería el pasaporte para que esos chicos comenzaran a volar por sí mismos.

Podrían coger pequeños terrenos que se ofrecían para que alguien los trabajase y sacarles provecho, aplicar todo el conocimiento adquirido y gracias a la ayuda económica, ir sembrando, alquilando maquinaria, dando trabajo incluso a otros chicos que saldrían de hogares como el que ellos salieron, favoreciendo así a un importante sector de la sociedad de cualquier país carente de recursos, pero que al mismo tiempo recobrarán la vida en los pequeños pueblos, repoblando las áreas rurales cada vez más envejecidas y abandonadas.

Una vez que aclaró sus ideas igual que el jabón iba desapareciendo por el sumidero de la ducha, se puso una toalla de color negro por la cintura y caminó descalzo sobre la moqueta del piso dirigiéndose al salón. Tomó el teléfono fijo y pulsó para ver los mensajes pendientes por escuchar.

Había nada más y nada menos que 35 mensajes.

¿De quién podrían ser?

Normalmente recibía alrededor de 10 mensajes a la semana, provenientes de sus superiores o del dueño del piso para avisarle de algún tema referente a la comunidad de vecinos.

Para asuntos más importantes tenía el móvil, pero no se lo daba a todo el

mundo, pues tampoco quería estar disponible las 24 horas del día para según qué cosas.

Le molestarían como si fuera el consejero personal de las muchas feligresas que confesaba y que seguro le asaltarían a cualquier momento con sus dudas y problemas.

No podía darse tanto a los demás porque le hundirían en el pozo de sus desconsuelos.

Si era verdaderamente importante le avisarían a su móvil y se movería para ayudar en lo que estuviera en su mano.

Ya no era el alma caritativa que se deshacía para estar en mil sitios a la vez.

Entendió que cada cual tiene un límite y que tras haber ayudado a muchas a superar sus baches emocionales, estas volvían a caer en las mismas rutinas nocivas, como por ejemplo volver a frecuentar malas compañías, seguir compitiendo con otras en adquisiciones y lujos o logros profesionales... el círculo vicioso que nunca dejaba satisfechas a las que a él acudían a que las exorcizara de la angustia vital a la que habían llegado tras intentar alcanzar la cumbre.

Eran mujeres que se cansaban de todo, insatisfechas en todos los aspectos.

Sus hijos no cumplían sus expectativas, no eran *a modelo y semejanza* de su proyección personal. Sus maridos no las adoraban como ellas esperaban; sus vecinos no las admiraban por mucho que se lo propusieran; sus amigas lo eran por interés y desaparecían cuando más las necesitaban.

Y entonces quedaba él. El reverendo. El que las escuchaba aceptándolas tal como eran, con sus defectos y miserias, sus miedos, frustraciones, desilusiones, desamor... para reconducirlas a un estado de esperanza, resignación. Dándoles fuerza para resistir los embates de la soledad y la decepción.

Intentaba que valoraran ante todo la armonía en el hogar, por encima de todo lo demás. Pero ellas seguían gritando a sus hijos, llevándolos al psicólogo en vez de intentar entenderles. Volvían a ser soberbias intentando manejar todo a su antojo, volvían a reanudar la carrera hacia su propio infierno.

Le dio al *play* para oír los mensajes:

Primer mensaje:

Padre, soy Emma. Mi marido ha venido este fin de semana. Tengo que hablar con usted, es importante.

Segundo mensaje:

Padre Mc Grath, me ha pegado, ha bebido y se la tomado conmigo. ¿Qué puedo hacer?

Tercer mensaje:

No puedo contarle esto al Padre que está en la Iglesia, él es muy mayor y no entendería lo que me pasó. No puedo esperar al viernes para que me dé un consejo. Iré a verle a su casa.

Siguientes mensajes:

He ido a verle pero no estaba. Seguramente está usted en las fincas. Intentaré volver mañana. Perdone por mi insistencia. Estoy perdida, padre.

Ese mismo día: siguientes llamadas

- 17:45 p.m. Hola de nuevo, padre. Esta mañana me ha vuelto a pegar. He averiguado que él ha perdido el trabajo por haber conducido borracho. No tengo a dónde ir y no quiero denunciarle. Me ha amenazado con no pasarme dinero si voy a la policía. Estoy atrapada y no sé cómo salir de esta.
- 19:50 p.m. Padre, le hablo bajo porque estoy dentro de la Iglesia. Me voy a quedar aquí esta noche. El nuevo sacerdote se marchará a su casa y espero que no me descubra. Me he escondido en el confesionario vacío. Ya no hay nadie rezando. Venga por favor, si oye este mensaje. Dormiré aquí esta noche
- 20:30 p.m. Padre, estoy en su sacristía. Estaba muy cansada y he decidido echarme en el sofá. Me imagino que no le veré, que estará en las fincas por la hora que es y aún no haya venido. Perdóneme por mi atrevimiento, pero no sabía a dónde ir. Mi marido se habrá puesto como una furia, al ver que no regreso a casa, pero no quiero ir a la

tienda de Peter Sanders, no pienso volver a verle por nada del mundo. Prefiero arreglármelas yo sola. Bueno, cuento con usted y por favor le ruego que me ayude. No sé dónde estaré mañana, no tengo nada, no he comido, y tengo tanta hambre que me comería hasta las obleas que usted bendice, pero no soy capaz. Ya no le molesto más. Discúlpeme una vez más. Adiós, Padre, y gracias por sus consejos. Siempre le tengo en mi corazón y rezo por usted. Adiós, padre Mc Grath.

El reverendo Mc Grath se fue inmediatamente al ropero y sacó unos slips, unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga; lo primero que tenía a su alcance. Se los puso y se calzó los mocasines sin siquiera ponerse calcetines. Apremiaba llegar a la Iglesia y sacar a Emma de allí antes de que regresara el nuevo párroco por la mañana y la sorprendiera dentro.

No confiaba en el proceder de ese sacerdote que, chapado a la antigua, seguramente la enviaría de vuelta con su marido, con la alentadora esperanza de reconciliarse ambas partes. “¿Qué le habrás hecho, Emma, para que quiera castigarte?” así se imaginaba Kevin lo que diría el padre a punto de jubilarse.

Ya era famoso por sus prácticas disciplinarias consistentes en azotes en el trasero de los colegiales a los que daba clases de religión, con una regla de grandes dimensiones. Tampoco se libraban los pequeños de los capones en la cabeza inclusive avergonzándoles, humillándoles delante del resto de la clase con el cartelito prendido en su bata de “burro” por no haberse sabido de pe a pa el Credo o los diez mandamientos.

Para él, la mujer debía ser sumisa, más o menos el reposo del guerrero, la que procurara tenerlo todo a punto para cuando el marido llegara a casa, y siempre complaciente. No entendía que ellas tuvieran la necesidad de sentirse realizadas ejecutando tareas que él consideraba exclusivamente de los hombres, como el tener un trabajo que les llevara pasar tiempo fuera de casa, frecuentar empresas de materiales de construcción para representar artículos indispensables en el sector como era la anterior profesión de Emma. Era una osadía para la configuración en el chip mental del machista sacerdote, que la encasillaba en el cajón de los marimachos.

La oscuridad le permitió llegar a Santa María sin ser visto por nadie. Su atuendo informal le ayudaba a pasar totalmente desapercibido. Podrían confundirle con algún turista que frecuentaba la ciudad, pues el reverendo no solía presentarse así en ningún sitio. Era ropa de cuando estudiaba en el

seminario, que aunque la tenía a la vista para recordarle el chico cargado de esperanza que fue en su día, nunca se ponía.

Entró por la parte trasera, la que daba directamente a la sacristía, gracias a que guardaba un juego de llaves para confesar los sábados.

Con sigilo movió el manillar para que ella no se asustara. Quería evitar que Emma se pensara que era otra persona la que entraba en la Iglesia, así que en cuanto la vio echada en el sofá empezó a hablar bajito para despertarla sin que se sobresaltara.

—Emma, Emma, soy yo, el padre Mc Grath, no te asustes.

La tocó para que fuera saliendo del profundo sueño en el que estaba sumida, cogiéndole uno de los pies, rozándolo más bien, con suaves caricias.

*“Ha debido estar todo el día en tensión, estará agotada.”* Pensó.

Eran las 2 y media de la mañana. Le supo mal interrumpir su descanso pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Emma, despierta, vamos, estoy aquí, soy Kevin. Ven, vamos, despierta ya.

Se percató de un ligero olor a vino que provenía del aliento de Emma cuando esta comenzó a bostezar al desperezarse. Sus ojos se abrieron como platos al ver su tabla de salvación en persona.

—Padre, padre. Gracias a Dios. ¿Ha escuchado mis mensajes?

—Sí, Emma, por eso he acudido rápidamente a la Iglesia. Tienes que salir de aquí. Te llevaré a mi piso de momento. Ya veremos qué hacemos mañana.

Ella se incorporó pero perdió el equilibrio al estar bajo los efectos del vino que había bebido. También había hecho acopio de unas cuantas obleas. Unas cuantas migas en su ropa la delataban.

No solo alimentaban el alma, comprobó que igualmente saciaban el estómago y el vino aliviaba los pesares, hasta hacerla caer en brazos de Morfeo dulcemente.

Kevin no dijo nada al respecto. Demasiado tenía ya con lo de su marido.

De vuelta al piso, ella dio un traspie y él la tuvo que coger por la cintura para que no cayese.

Desde una de las ventanas del mismo bloque, una vecina, que habría ido a la cocina a por un vaso de agua, se asomó al escuchar un lamento de mujer. Era Emma al hacerse un esguince en el tobillo. Agudizó la vista y acertó a ver al propio vecino, el reverendo Mc Grath, que entraba en el edificio abrazado a una mujer. Nada más y nada menos que la mujer del camionero.

Se supo por la comidilla de cotillas, que hablaban en el supermercado ese día, que Emma se había ido de casa y que su marido la buscaba

desesperadamente. Por la mente calenturienta de la señora que les había sorprendido, pasaron escenas de romances prohibidos entre el sacerdote y la fresca de Emma, a la que habían catalogado ya como *la buscona* del cura, pues también la sorprendieron salir de la Iglesia aquel día que le llevó la maceta de hierbabuena. Verla llorar en el confesionario horas antes hizo pensar a más de una feligresa devota reprimida, que entre ellos dos había algo más que confesiones y consejos espirituales.

—Te dormirás en mi cama, yo dormiré en el sofá. —señaló Kevin a Emma su habitación, un sencillo dormitorio con una cama de madera y un colchón de lana con sábanas de color blanco y cojines negros. Le alargó una toalla por si quería asearse, y al sentir un ligero rumor en sus tripas, se fue a la cocina y abrió unas latas de atún para preparar unos sándwiches.

—Come algo, las obleas te habrán dejado un tiempo sin tener que comulgar, pero el sándwich te sentará bien, acallará el gato que maúlla. ¿No has comido nada en todo el día, verdad?

—Gracias, padre. La verdad es que no, perdón por haber entrado así en su sacristía y haberme zampado las obleas, también bebí del vino de la homilía, bueno, eso ya lo habrá notado también.

—No hace falta que te excuses, Emma, me pongo en tu lugar y no sé qué hubiera hecho yo. Plantarle cara a tu marido siendo tan agresivo es un peligroso desafío. Has hecho bien viniendo a la Iglesia. Siento no haber estado aquí estos días y, por casualidad he venido esta noche, cosa que me alegro; no me imagino lo que hubiera pasado si el otro Padre te encuentra durmiendo en el sofá en tal estado.

—No quiero causarle problemas, Padre.

—Llámame Kevin. Ahora soy tu amigo. No hay cosa que me duela más que un hombre le ponga la mano encima a una mujer. A ver, déjame ver tu brazo, parece que te molesta cuando antes te he cogido para que no te cayeras.

Emma se fue subiendo la manga de su vestido y descubrió unos moratones que rodeaban su antebrazo, huella del forcejeo que tuvo con su marido para intentar zafarse de él en la pelea.

—Me puso hielo en la cara, después de haberme abofeteado; apenas me ha dejado marca el muy listo, se ha sabido cuidar de no dejar huella y procurar así que no tenga pruebas para denunciarle.

—¿Te duele? —Examinó las marcas del brazo, advirtiendo que incluso presentaba unos cuantos arañazos.— Voy a por alcohol y algodones, no sea que se te infecte.

—No, no, es igual. No es nada. No se preocupe. Perdón. No te preocupes, Kevin.

A él le parecía tan extraño verse con una mujer a solas, en su piso, a esas horas de la noche, cuando en su condición de religioso tal circunstancia era totalmente ajena a contemplarlo como algo normal.

No era una situación fácil por conducir, se jugaba mucho por ayudar a Emma. Se arriesgaba a acabar con su consideración como ejemplo de conducta, le adjudicarían toda clase de improperios a cuál más injusto e inadecuado.

Volvió a la habitación con unas gasas y un frasco de alcohol, y con sumo cuidado las pasó por las heridas, a la vez que infundía calma en su interior.

—Todo pasará, ya lo verás. No mereces que un hombre te trate así. Ninguna mujer debería presentar en su piel otra cosa que no sean las muestras de cariño por parte de su marido. No volverás con él jamás. Te lo prometo, Emma, harás una nueva vida lejos de él. —Acto seguido fue a la cocina y cogió una manzana además de una botella de agua mineral para ella. Volvió y se la encontró de pie, abrazándose a sí misma.

—Gracias, Kevin.— sus lágrimas no le permitían seguir hablando, ante el estado de congoja que la dejaba sin fuerzas para continuar agradeciendo al reverendo toda su comprensión y apoyo.

—Ahora come un poco y a dormir, niña. No te preocupes por nada. Lo peor ya pasó. Recuerda, que por muy negro que esté el cielo, tras la tormenta siempre sale el sol. O algo así dijo un filósofo muy importante. — Y ante estas palabras de consuelo y ánimo, cerró la puerta tras de sí, guiñándole un ojo para desdramatizar el asunto antes de dejarla descansar.

En su cabeza, Kevin le daba mil vueltas al embrollo. Él tenía muchos amigos a quienes les podría pedir que acogieran en su casa a Emma; pero que fueran verdaderamente de fiar y que ella pudiera estar a una distancia prudencial de su marido, le ponía las cosas más difíciles.

Daba vueltas y vueltas en el sofá, al igual que sus pensamientos que se pasaban de una solución a otra, con sus pros y sus contras.

A lo largo de su vida comprobó que por muy buena amistad que tuviera con algunas personas, a la hora de la verdad se apartaban cuando veían problemas.

Nadie quiere responsabilizarse así como así de otra persona en un momento crítico de su vida, y menos si hay un marido mal tratador por medio. Seguramente pondrían mil excusas quienes él pensaba podrían hacerse cargo de ella por unos días, ocultándola y atendiéndola. Porque a una mujer que ha tenido que salir de su propia casa con lo puesto, hay que tratarla con bastante

delicadeza, al tener su autoestima hundida.

Le resultó duro asumir que el mundo estaba lleno de falsedad. Que iban muchos a la iglesia a recibir el Cuerpo de Cristo, comulgando con la esencia de la fe cristiana pero que luego al cruzar la puerta y dar la limosna al mendigo de turno, con la conciencia tranquila tras haber pagado por ello, se metían otra vez en la vorágine del egoísmo y la superficialidad del mundo, tragados por la devoradora *matrix* que a través de luminosos anuncios publicitarios captaban cada vez más adeptos engulléndoles el sentido común.

En su capacidad por ver el corazón de los hombres, se lamentaba de lo que había resultado de la obra de Dios.

¿Qué buscaba el ser humano?

¿Para qué se levantaba por las mañanas?

¿Qué motivaba sus vidas?

¿Eran conscientes de que desempeñaban una importante labor con cada gesto, con cada palabra, con cada acto, con cada deseo?

¿Tenían en cuenta al prójimo a la hora de tomar decisiones o solo pensaban en sí mismos?

¿Les daba igual que otros sufrieran a costa de obtener beneficios?

Cuando adquirían ciertos hábitos perjudiciales para su salud, ¿les importaba realmente dañar sus cuerpos maltratándose?

¿Cómo pretendían ser felices?, ¿qué les hacía sentirse bien?

¿Por qué había tanta frustración, tantas depresiones, incluso tantos suicidios como los que se producían en los acantilados de Moher?

En su mente agitada, se pasaban como en una película a cámara deprisa, multitud de imágenes de personas que cada mañana se miraban al espejo y se preguntaban si estaban a la altura de lo que el mundo esperaba de ellas. Se atusaban, se vestían, se tomaban cafeína a mansalva para someterse a otra jornada de estrés laboral. Otras se quedaban en casa, con una taza de café y una pastilla en la otra mano para aliviar algún trastorno mental. Eran los que habían ido cayendo en el campo de batalla de cada día, donde la competición por el más eficiente, el más atractivo, el más rico, el más famoso iba derribando a los rivales a codazos de soberbia.

Como si hubiera hecho un retroavance en la historia de la evolución humana, se intentaba situar en otro tipo de civilización que originó el principio de los tiempos, donde no existía siquiera la moneda y la auténtica forma de vivir era la que englobaba a todos en un mismo afán, el procurar el bienestar común. Entonces no existía otro espejo que la sonrisa del prójimo al contemplar la

alegría de volver a verse cada día, ni más deseo que el disfrutar con lo que se hacía, porque tenía verdadero sentido en una civilización que amaba la Naturaleza y respetaba a sus iguales.

¡Qué idílico! Pensó.

¿Podrían haber sido así las ciudades de la civilización perdida de la Atlántida? ¿La que poseía todos los avances tecnológicos y había construido imponentes templos y estructuras increíbles, con suma belleza y perfección?

Para la Iglesia era una locura considerar esa posibilidad. Trastocaría toda la teoría de la Creación y la Historia se tendría que reescribir para explicar quiénes fueron los que en tiempos tan remotos construyeron las impresionantes estructuras que aún hoy día se mantienen en pie.

Pero ahora estaba en el presente inmediato y a una mujer, Emma, se le había venido su mundo abajo, era en esos momentos una náufraga a la que debía llevar hasta una buena orilla para que el tiburón de su marido no la devorase.

*“Un sitio tranquilo, donde pueda esconderse, lejos de aquí, en el que se pueda sentir bien, con gente que no se meta en su vida ni le interroge inquisitoriamente.”* Se decía para sí. Y entonces apareció como por arte de magia el lugar perfecto.

Seguramente a cierta persona que había conocido hacía poco no le importaría tener a Emma en su casa.

El hombre del bosque. Diego.



Diego era español. Natural de un pueblo de Lérida llamado Serós. Fue empresario del sector ganadero, dedicándose a la cría de ovejas. Vendía la lana a los fabricantes de textiles, pero no se dedicaba a explotar los animales para ser sacrificados en los mataderos.

Al ser vegetariano no consentía que su rebaño fuera a parar a ninguna carnicería. Amaba a sus ovejas como si fueran mascotas. A todas les ponía nombre y eso que tenía casi un centenar.

También se encargaba de hospedar en la casa de sus abuelos convertida en un alojamiento rural, a quienes quisieran pasar unos días en un idílico entorno, rodeados de campos, ríos y caminos para pasear por las inmediaciones libres del ajetreo de la ciudad.

Como curiosidad, Diego era aficionado o más bien amante de la montaña, por lo que solía desaparecer de vez en cuando para irse a recorrer laderas y llegar a cumbres jamás vistas.

Le encantaban los lugares inaccesibles por el misterio que se podría hallar oculto en ellos al no haber sido revelado por nadie. Subía montaña arriba como buen explorador y hallaba siempre algo que le maravillaba, tales como restos de asentamientos humanos formados por rocas enormes que se habrían derrumbado pero que mostraban evidencias de haber sido talladas expresamente por la rectitud de los cortes y la precisión de sus ángulos. No podía ser obra de la erosión. La mano del hombre había formado parte de tales hallazgos y a él le

satisfacía enormemente comprobar esas huellas de un pasado tan lejano y desconocido.

Sus ojos oscuros parecen absorber todas las sombras. De él emanaba misterio y carisma.

Diego nació bajo el signo de Piscis, en el primer decanato y con el ascendente Escorpio. Una buena conjugación astrológica que incitaría la búsqueda de la profundidad, el misticismo, la espiritualidad, el misterio, los enigmas, con buenas dosis de apasionamiento en todo lo que enfocaba su atención.

Siempre rodeado de libros, ansioso por encontrar respuestas a muchos de los interrogantes que se le planteaban a cada instante.

Cuando una persona llega a informarse de qué está hecho todo lo que ve, todo lo que toca, todo lo que come, todo lo que interactúa en su vida, entonces puede saber si le conviene o no, si puede intervenir para mejorarlo, si le afecta directamente y cómo hacer para integrarse provechosamente en cada circunstancia, pues teniendo en cuenta todos los factores intrínsecos en cada escenario vital, es cuestión de plantearse un *modus operandi* u otro, el que mejor convenga a cada situación.

Como aseguraba el célebre pedagogo Piaget, *“La evolución del ser humano es la adaptación a cada circunstancia del medio en el que vive”*. Así pues, utilizamos la inteligencia para acomodarnos al medio.

Diego mantenía una relación muy estrecha con la Naturaleza; tenía en cuenta la influencia del cosmos en el comportamiento de la vida.

Como hombre de campo, miraba al cielo reconociendo el mensaje de las nubes. Aspiraba el aire reconociendo si venían lluvias, polvo del desierto como la conocida calima del sur, si habían comenzado las cosechas, incluso su oído reconocía las pisadas de los jabalís por el monte, a los que debía mantener lejos de sus rebaños. Agudizaba sus sentidos para escuchar el lenguaje de lo que le rodeaba. Reconocía las constelaciones. Desde bien pequeño, tenía reproducida, a reducida escala, todas las estrellas más representativas del Universo conocido, a las que buscaba en las noches como parte del paisaje al que pertenecía.

En el colegio destacó por ser un niño muy curioso, extremadamente interesado respecto a todo. Llegaba a ser difícil responder todas sus preguntas, porque algunas eran tan ajenas al interés de la mayoría, que nunca se habían planteado las respuestas.

Cosas como “¿Dónde han hecho estos pupitres?” “¿De qué bosque han cortado la madera para hacerlos?” “¿Qué tiempo tenían los pollos que han

matado para hacer los *Nuggets* que nos han servido en el comedor?” dejaban en un compromiso a los maestros de primaria que no sabían qué decirle, pues a ninguno le interesaba saberlo y les fastidiaba tener que estar buscando un modo de callar al alumno que desde segundo de primaria estaba siendo tan pesadito.

En su pueblo, Diego sabía de qué estaba hecho todo. La mayoría de los que allí vivían eran unos manitas y se construían las casas, fabricaban ellos mismos sus muebles, tenían su huerto con sus hortalizas y frutas, su corral con sus gallinas, pollos, algún cerdo, conejos, y el vaquero ordeñaba cada mañana la leche que sus vecinos iban después a buscar con las lecheras.

Por eso, el pequeño Diego, que se quedaba en el colegio de Lérica durante toda la jornada escolar, incluyendo las horas extraescolares de inglés, creía que ahí igualmente sabían la historia de cada elemento que pertenecía al colegio: su procedencia, de qué estaba hecho; hasta de qué fuente salía el agua del caño en el que bebían todos.

Al acabar los estudios, Diego era un portento que dominaba todas las materias con excelentes notas en su expediente. Pero le tiraba la vida en el campo y mientras se dedicaba a sus ovejas y al negocio rural, seguía instruyéndose en ciencias, que era lo que más le apasionaba.

Igualmente se instruyó en artes marciales, tras la conclusión a la que llegó al haber tenido que defenderse de los que pretendían meterse con él por ser “rarito” y “preguntón”.

Necesitaba ganar confianza en sí mismo para combatir contra los que intentaban frenar su avance, minando su autoestima. La sensibilidad desmesurada que poseía le convertía en un romántico empedernido, pero no solo amaba la vida, los animales, sino a todo ser vivo como parte de la creación a la que respetar y admirar.

Las chicas se veían atraídas por su carisma, y pronto se le vio acompañado por un buen número de amigas más que de chicos, pues sintonizaba más con el carácter de la mujer por ser menos agresivo y violento y más cercano a su forma de vivir en armonía con el medio.

Tuvo una novia que conoció un día muy especial.

Él estaba haciendo conserva de melocotones en su casa.

La tarde había caído y las primeras estrellas iban apareciendo en el manto celeste, cada vez de un azul más oscuro hasta convertirse en un negro azabache, pues era una noche de luna nueva.

La luz de la cocina encendida era de las pocas que permanecían encendidas en Serós.

El ladrido de los perros de los otros vecinos, cada vez se hacía más insistente.

Diego intuyó que algún extraño se aproximaba al pueblo. No era normal que ladrasen así, primero los de la entrada y luego los demás hasta que todos entonaron una coral de aullidos.

Ese día no esperaba a nadie en la casa rural, por lo tanto debía tratarse de alguien que venía a hacer alguna visita a uno de los aldeanos.

No le dio más importancia y siguió preparando sus melocotones. Después, saldría a mirar a ver de quién se trataba. Pero entonces, su gato se plantó delante de la puerta de cristal, mirando fijamente. Ya no le cabía duda de que era necesario salir a ver qué pasaba.

Su casa estaba al final del pueblo, prácticamente a las afueras. La nave con los rebaños estaba a un kilómetro de allí, y la casa rural a unos cuantos metros de su propia vivienda, por lo que le resultaba cómodo atender a los que ocupaban las habitaciones cada vez que contrataban el alojamiento rural.

Al salir a la calle, sintió unas pisadas a su izquierda, ascendiendo hacia su casa. Se fijó, agudizando la vista, y a 200 metros pudo vislumbrar en la oscuridad algo que parecía una figura humana.

Las dos farolas que amparaban esa distancia hasta doblar la carretera para coger el cruce con la carretera comarcal, aún no estaban encendidas. Era finales de septiembre y en breve tendrían que configurar el horario del iluminado, pues cada vez oscurecía más temprano.

Sin ningún miedo se dirigió hacia esa forma humana, sin siquiera cerrar la puerta de su casa, por lo que el gato, detrás de él, le fue siguiendo, con su gracia felina avanzando con gran curiosidad.

Enseguida apreció que se trataba de una mujer, por el sonido de la pisada. Eran pasos delicados, sin asentar el pie con fuerza, más bien tímidamente, con temor incluso. Un bulto colgando en su hombro izquierdo demostraba que era una viajera y que había venido a pie, pues si hubiera venido en coche, perfectamente hubiera podido aparcar en el lugar al que se dirigía y no tener que llevar tal peso a cuestas.

—¡Hola! —Saludó Diego para romper el silencio en ese fortuito encuentro con una desconocida.

—¡Hola! —Resonó entre las altas paredes de las casas de esa estrecha calle. Era una voz femenina, algo cansada por la entonación acompañada por un suspiro.

De pronto, el brillo de sus ojos y la blancura de su sonrisa, iluminaron el

rostro de la chica, que había provocado ese escándalo de ladridos.

Llevaba una bolsa de piel de llama con una decoración peruana en la misma, en la que seguramente tenía sus efectos personales para el camino que estaba recorriendo, por lo que Diego se imaginó que estaría buscando un lugar donde hospedarse esa noche o quizás más tiempo. Vestía de blanco, unos pantalones tipo malla y una camisa de lino que llegaba casi hasta las rodillas. Su melena larga y de un castaño oscuro la dotaba de un aire salvaje, así como sus ojos almendrados de mirada profunda y misteriosa.

—Buenas noches, he oído que hay por aquí una casa que alquilan. — Entonces él se sintió comprometido a ayudarla. Si había ido hasta allí a pie o alguien la había llevado, no podría dejarla así como así pasar la noche a la intemperie.

—Buenas noches. Me llamo Diego. ¿Qué tal? —Le tendió la mano. Primero quería conocerla, saber un poco de ella antes de ofrecerle un sitio donde dormir.

—Encantada, Diego. Yo soy Mari Luz.— Acogió su mano estrechándosela y le brindó una gran sonrisa que parecía indicar lo mucho que se alegraba por ser bien recibida.— He venido haciendo dedo desde Soses, y los que me han traído me dijeron que aquí hay un sitio donde se puede dormir.

—¿Estás de paso? ¿O te vas a quedar por unos días?— Era lo que podía despejar el panorama que se le presentaba delante. En la cabeza de Diego ya estaba formulando varias soluciones, y una de ellas era la de ofrecerle su propia casa si es que se quedaba solo una noche. No parecía ser una chica a la que le sobraba el dinero por la sencillez de su atuendo, sin maquillaje, joyas, ni esos modelitos de turismo rural de marca que solían vestir los que se hospedaban en la casa de sus abuelos.

—Es al menos por una noche, pero aún no sé si me quedaré más días. — Tenía mil y un misterios por revelar, la chica de los ojos almendrados y melena ondulada, que vestida de blanco, se había presentado como toda una aparición en medio de la nada.

—Ven, déjame que te lleve la bolsa, estarás cansada de llevarla tanto camino auestas. Mi casa está ahí mismo, pasa y descansa un rato.

Ella dejó que él le llevara la bolsa pues prácticamente se la cogió sin que pudiera evitarlo. Le siguió y entraron enseguida. Diego aceleró sus pasos sabiendo que ella le seguiría. El gato corrió directo al interior antes de que la puerta se cerrara y se quedara fuera en la calle.

—¡Qué casa tan bonita tienes, Diego! ¿Cómo se llama el gato? ¿Lo puedo tocar?

—Gracias. La hice yo mismo, con ayuda de mi padre y mi tío. En invierno es caliente y en verano se está fresco dentro. “*Enki*” se llama este bicho que no te lo quitarás de encima si lo acaricias. Es un mimosón de cuidado.

—“*Enki*” como el dios sumerio. ¿Dónde guardas el bastón del inframundo, *Enki*?

Inmediatamente, Diego reconoció en ella una conocedora de la Historia, un alma inquieta como la suya que no se conformaba con lo que había aprendido en las clases, con la que seguramente podría entablar una interesante conversación.

Mari Luz se sentó en el asiento semi circular hecho a base de piedra y enyesado en su superficie, con unos cojines con funda de ganchillo; eran de su madre, que era su decoradora particular con preciosos diseños artesanos. Bebió zumo de melocotón que tenía preparado su anfitrión, pues había aprovechado al máximo todo el fruto que sus fincas le proveía.

—¿Vives aquí solo? Parece que en el pueblo no haya nadie. Solo los perros que ladraban.

—Sí. Has tenido suerte porque mañana me voy. Si llegas a venir un día más tarde te encuentras aquí sola. Es extraño, qué cosas pasan. Aunque supongo que tendría que ser así, que vinieras justo cuando yo estuviera aquí.

Era cierto. En el pueblo solo estaban dos o tres personas en ese momento. Y él tenía que irse al día siguiente a la ciudad, a casa de sus tíos para pasar allí el resto de la semana. Tenía gente que le ayudaría esos días, encargados, que cuidaban de sus rebaños cuando él no estaba, que solían llevarlos a pastar a los campos a cambio de un acuerdo.

—Bueno, nada es casual. —aseguró Mari Luz, que parecía muy tranquila, como si estuviera en el lugar indicado dejándose llevar por su intuición.

Tras haber envasado en los frascos de cristal todos los melocotones que tenía preparados para guardar en las estanterías con faldillas de cuadros rojos, Diego cortó unos trozos de queso y partió pan de una hogaza que volvió a guardar envolviéndola en un paño de cocina también de cuadros. Lo sirvió todo en unos platos y llenó en unos vasos de cerámica de arcilla el vino de una de las jarras, igualmente de barro.

Pasaron horas hablando, riendo, y saliendo afuera a ver las estrellas, ya que a ella también le fascinaba ubicar cada puntito de luz en el mapa de las constelaciones.

Le comentó que no tenía rumbo fijo, que se dejaba llevar por el interés que suscitaba en ella los hallazgos de ruinas arqueológicas, por esa ruta megalítica que había iniciado hacía poco, recién acabados sus estudios de Historia en la

Facultad de Zaragoza, donde ella era natal.

Sus mundos se estrecharon en un océano de conocimientos, experiencias, y cuando el sueño les fue venciendo, bajo los efectos del vino que liberaba todo pudor, se acostaron juntos aunque primeramente lo hicieron separados por indicación de Diego que quiso respetarla y demostrar que no quería aprovecharse de la circunstancia. Pero ella le llamó y le hizo sitio a su lado.

Fue una noche inolvidable para ambos. Se deshicieron el uno en el otro, pensando que no volverían a verse, expresando al máximo calor y pasión, como dos estrellas fugaces que estallan hasta desaparecer una vez expresada toda la intensidad de su existencia.

Al día siguiente la llevó en su moto hasta el cruce de la carretera, ella partiría en opuesta dirección, no quería forzar a Diego para que se responsabilizase de ella, de buscarle un lugar donde alojarla, ya que en la casa rural no podría estar, era para un grupo que les compensara el alto gasto de la estancia, no para una persona sola.

Ante todo no quería causar ninguna molestia.

Se despidieron con un abrazo. Ella iba a hacer dedo, caminando por el arcén, pero él se detuvo a los diez metros de haberse separado y dio la vuelta. Algo en su interior le decía que no la podía dejar marchar.

—He cambiado de opinión. Quiero ir contigo. También me interesan los menhires, y te aseguro que si me contratas, soy un guía estupendo.

Entre ellos dos hubo una gran pasión, un romance inacabable, el inicio de toda una aventura en la que se descubrían cada vez más unidos e inseparables.

*Al cabo de un mes...*

Diego y Mari Luz están en Montserrat, la formación montañosa mágica que atrae a los amantes del misterio. Están subiendo por una ladera cuyo paso está prohibido pues es una zona protegida. Ellos quieren averiguar algo muy importante que tiene que ver con el origen de esa formación montañosa.

Para ellos no es fruto de la erosión ni del movimiento de placas como se ha especulado. Quienes han analizado las muestras de las gigantescas rocas, desde los departamentos de geología, espeleología, arqueología y todas las logias existentes y por haber, determinaron que son materiales de sedimentación. Pero gracias a ese afán por querer encontrar una explicación a la energía tan extraordinaria que allí se percibe, y los cortes y ángulos tan precisos que presentan muchas rocas de imponentes dimensiones, profundizaron en el estudio de la composición de las mismas y hallaron que reunían ciertos materiales que no tenían nada que ver con ese cúmulo de materiales de sedimento.

—Es imposible que esto haya aparecido por obra y arte de doña Naturaleza y sus caprichos.— señala Diego a una gran formación rocosa que tiene toda una pared lisa, con una altura considerable.

—Mira, Diego, la niebla va subiendo, si no nos damos prisa en llegar a la cima, pronto estaremos rodeados por la bruma y no veremos nada.

—Sí, es algo que suele suceder por aquí, estamos sobre una gran superficie de agua que se desliza bajo las montañas, hay enormes lagos y túneles que están por descubrir o que quieren ocultarnos para que no sepamos algo muy revelador.

—Me gustaría adentrarme en alguna cueva de las que no están exploradas, y poder contemplar todo lo que daría sentido a este gran enigma.

—Nadie lo ha conseguido. Hay vigilantes que lo impiden. Se han tapado muchas entradas para que no ahonden en este misterio.

—Yo entraré por donde sea.— afirmó Mari Luz con determinación.— Quiero ver esos lagos que refieres y tocar las entrañas de Montserrat.

—No seas tan atrevida, Mari luz, de momento vamos a coger esa ladera y regresamos al camino marcado, hemos venido a sintonizar con la energía que se mueve por aquí. Es poderosa. Las agujas de las montañas conectan con las fuerzas del cosmos y el agua subterránea ayuda a catalizar toda esa energía impulsándola.

—Es curioso como en las pirámides también se han encontrado depósitos de agua bajo su subsuelo, en pozos que recientemente se han descubierto que recogían el cauce del Nilo.

—Esto demuestra que hubo una civilización muy superior a la nuestra, con grandes avances en tecnología que utilizaba herramientas que nada tienen que ver con los medios rudimentarios que nos han pintado hasta ahora, con piedras y palos no se han podido levantar imponentes monumentos, ni perfilar líneas tan rectas si no es con los actuales láseres.

Los dos se miraron adivinando una impresionante construcción que se encontraba ante sus ojos a través de los restos, que esparcidos por toda la montaña hablaban por sí solos.

Mari luz se abrazó a Diego, sobrecogida por ese efecto, por esa sensación de estar ante una parte de la Historia que desentrañaría uno de los más enigmáticos misterios de la Historia de la Humanidad.

—¿Sabes? Es alucinante estar aquí contigo. Me siento como si todo comenzara de nuevo, como si lo más importante del mundo fuera respirar toda esta belleza, admirar todo este paisaje único; estar aquí juntos demuestra que podemos llegar a donde queramos, que no hay límites en nuestro camino, que

somos libres para disfrutar con intensidad de la maravilla que nos ofrece la vida.

Es como despertar de un sueño en el que la capacidad de ver más allá de la superficie de las cosas estuviera mermada.

—Compruebo que tú también estás bajo el influjo de estas montañas, que tus canales energéticos se han liberado de algún bloqueo y corre libremente toda la fuerza vital que te hace sentir tal percepción.— Expresó Diego, con afán de compartir la misma sensación que a él también le embargaba.

Diego la tomó por la cintura, la estrechó con delicadeza como a una flor a la que aspirar su fragancia sin dañar su existencia, contactando con la sutileza de toda su manifestación espiritual que en ese momento se desbordaba en manifestarse.



Esther

El sol brillaba más que nunca en el deseado amanecer de la joven viuda Esther. Estaba decidida a abanderar su amor en cada segundo del naciente día, que aparecía como toda una celebración de la vida que corría por sus venas, barnizada de amor a raudales.

Ahora tenía lo más importante del mundo. Le embriagaba la magia poderosa del amor en todo su ser.

El milagro se produjo. Todo parecía haber cobrado sentido, participaba de cada sensación, de cada aroma del bosque, de cada frescor de la hierba en sus pies, de cada ráfaga de aire que el vuelo de algún ave levantaba cercana a ella. Flotaba en una nube de verdadero amor. Era ver todo bajo el prisma de la mágica y radiante felicidad envolvente.

Se impresionó al mirarse al espejo y comprobar que se le salía el alma por los ojos, que irradiaba mil soles por sus pupilas, fruto de la explosión de sensaciones que experimentó la noche anterior en el templo en ruinas junto a su querido reverendo, Kevin Mc Grath.

No importaba si él estaba cumpliendo en esos momentos alguna labor que la distanciara de ella, si no podía compartir con ella el desayuno ni el baño en el río, porque estaba respirando su propia esencia de hombre enamorado y entregado a ella.

Se acoplaron definitivamente hasta el fin de los tiempos y eso ya era suficiente para que el alma brotara de júbilo incontenible.

Canturreó preparándose los cereales, bailó en el salón extendiendo sus brazos, dando vueltas mientras “*la música de los dioses*”\*, en uno de sus temas

más alegres; sonaba en el aparato de música, sin más oyente que ella, pues todos estaban fuera, bien en los campos o en la ciudad.

Esther se vistió unos vaqueros y una cazadora de piel negra, con la melena desatada, igual que sus miedos, que los había arrojado al pozo del olvido la noche anterior.

Quería ir a la ciudad, perderse por las calles de Kilkenny y tomar un café en aquel lugar en el que habló por primera vez con Kevin.

Degustaría alguno de sus platos antes y hasta iría a la catedral en la que se casó con Edgar, su difunto marido, para intentar enviarle allá donde su espíritu estuviese, un cálido abrazo invisible como señal de profundo afecto.

Quería estar en armonía con las fuerzas energéticas que la rodeaban, y sabía que desde la eternidad, Edgar se alegraría de que la vida le diera una segunda oportunidad.

Afuera había una moto, una *vespa* negra y la llave estaba puesta. Vio a lo lejos a un jornalero. Le preguntó de quién era esa moto, y al responderle que era suya, y que la podía coger si quisiera, Esther vio en ese momento una buena oportunidad para desplazarse sin tener que esperar la llegada del autobús.

Ir en coche era un verdadero problema por la dificultad para aparcar. Con la moto sería ideal. Cómodo, divertido y de fácil acceso por las callejuelas de Kilkenny, aparcándola en cualquier sitio.

Se puso el casco, que estaba colgado en el manillar, también de color negro, y se subió a la moto. Sabría manejarla porque hace muchos años, cuando era una adolescente, su hermano tenía una *Yamaha* pequeña con la que aprendió a conducir por los caminos de su población natal, y supuso que no se le habría olvidado aunque no siguiera con la práctica.

Accionó el manillar para darle gas al motor y aceleró habiendo quitado antes la palanca de apoyo. Al principio casi se levanta la rueda delantera, pero desaceleró a tiempo de convertir la moto en un caballo erguido a dos patas.

Enseguida estaba en la carretera, dirigiéndose al centro, como una bala atravesando el viento en plena libertad.

Había dejado atrás la pena y el dolor y ahora la vida la sonreía poniendo a su merced todo un panorama maravilloso por protagonizar con su mejor ánimo. Nunca había estado tan despierta a todo lo que la rodeaba, era como si su ser se expandiera en todo lo que veía, ella era viento, era hierba, era árbol, era camino, era las miradas de quienes se encontraba a su paso, era parte de todo. Extraversión en su estado más ilimitado.

La catedral tenía las puertas abiertas.

Aparcó en las inmediaciones y dejó el casco en el manillar, sujetándolo con la protección de seguridad.

Se frotó las manos en los jeans antes de entrar en el templo en el que se casó con Edgar, quitándose la pena que quisiera colarse por su mente, pues quería recordar ese momento como uno de los más bonitos de su vida ,que merecían perpetuarse con agrado y no con dolor.

Se sentó en uno de los bancos. No había nadie dentro. Respiró el olor de los cirios, y enseguida rememoró los momentos vividos con Kevin. No pudo evitarlo. Se levantó de inmediato y quiso salir de allí como alma que lleva el diablo. Fue como borrar de un plumazo todo lo que significaba Edgar para ella. Solo estaba él, Kevin, abarcándolo todo, su mente, su corazón, su piel, sus entrañas.

Antes de salir, sintió que alguien hablaba en una de las capillas que se adentraban en uno de los laterales de la catedral.

Pareció oír algo sobre el reverendo Mc Grath y agudizó el oído. Era la voz del párroco que sustituía a Kevin:

—Es una pérdida de tiempo toda su labor. Mc Grath está cayendo en la utópica misión de reinsertión que se convierte en un pozo sin fondo. Podríamos utilizar todos esos fondos para el profesorado del seminario. Si entran más vocaciones en la congregación obtendremos un ascenso y yo pasaría a ser el candidato para ir al Vaticano el próximo año. Pero por ahora ese loco soñador se está llevando los honores con esos chicos, que en cuanto se den cuenta de lo duro que es el campo, se van a volver a España donde seguirán recibiendo ayudas o se cogerán un trabajo de camarero como suelen hacer los jóvenes de la costa.

—Aquí mismo está desapareciendo la población rural. Encuentro una fantástica idea atraer a gente que dé vida a los pueblos, sacar partido a la tierra y potenciar el comercio local de productos de la zona, pero sabemos que ese sueño tiene los días contados. Esos chicos no echarán raíces aquí. Es una aventura para ellos, como un parque temático de la agricultura sostenible en Irlanda, pero ya les estamos viendo a más de uno los fines de semana emborrachándose en los pubs hasta dar pena. —el Padre Thomas apoyaba la desconfianza que tenía el viejo párroco hacia los proyectos de Kevin.

Esther se quedó perpleja ante estas deducciones. No se imaginaba que sus iguales estuvieran más deseosos de llegar a la cúpula eclesiástica que procurar una exitosa salida para los jóvenes entregados en las labores agrícolas de su finca.

Debía advertir a Kevin de todo ello. Tenía que ir a la iglesia de Santa María para ver si él estaba allí. Sabía que se pasaba de vez en cuando por su sacristía para entregar los informes del proceso agrícola: su misión para con los jóvenes españoles.

Se fue desplazando por las grandes columnas hasta que de puntillas salió de la catedral. Por suerte no la vieron ni la escucharon salir.

Primero pasó por la cafetería, necesitaba un trago. Cogió la moto y se abalanzó calle abajo hasta sortear varios cruces y adentrarse en el corazón de la ciudad.

La gente la miraba extrañada, y algún que otro hombre giraba la cabeza para tratar de averiguar quién era esa chica que iba tan veloz por las calles empedradas de Kilkenny, con los cabellos saliendo del casco en un movimiento de libre vértigo, con sus curvas acentuadas por el vaquero azul celeste que contrastaba con las botas y cazadora negras.

Era un símbolo de libertad, de reto, de desafío. Una mujer con las riendas de su vida. A toda velocidad, rugiendo en las entrañas de la ciudad medieval de Kilkenny.

Aparcó justo delante y se bajó con determinación de tragar fuego, algo ardiente que le diera fuerzas para afrontar un verdadero problema que se les venía encima.

Si no obtenían un buen resultado, todo el programa agrícola de reinserción laboral, toda la energía puesta en esos chicos por parte de Kevin, se podría venir debajo de un plumazo, si es que los de arriba de la Congregación ponían trabas para traspasar los fondos a otro proyecto más rentable para ellos: el seminario que les diera el pasaporte al Vaticano.

Desde la cristalera, al acercarse, pudo ver a su gran amor sentado en el interior de la cafetería, tomando un café. Se le puso el corazón a mil. Por una parte quería abrazarlo y fundirse con él de nuevo en tantos besos como los labios pudieran soportar y dar paso a los latidos extraordinarios que irían saliendo del bombeo apasionado de su corazón nuevamente impactado.

Pero por otra parte quería avisarle de las sombras de una traición que tenía sobre sus espaldas. Entró revolviéndose el cabello para adecentar su imagen tras quitarse el casco, sacudiéndose el polvo de los pantalones con unos leves toques que llamaron la atención de todos los que estaban en el interior. No era frecuente ver a una chica en moto solitaria por la ciudad y mucho menos tan bella y con esa escultural figura a la vez de felina.

Kevin igualmente se quedó petrificado al verla. No tenía nada que ver con la

Esther que había conocido hasta ahora. No era la chica de los vestidos vaporosos ni trajes elegantes y discretos. Se la veía diferente, salvaje, desafiante, guerrera.

Se levantó al verla venir. Quería disimular y no mostrar demasiado entusiasmo.

—Hola, Esther, ¿Cómo estás?— Le ofreció el asiento libre que tenía delante, apartándose contra la pared para que ella entendiera que no debían tomarse demasiadas confianzas en público.

—Padre Mc Grath, es una casualidad encontrarle, precisamente necesitaba confesión.

—Bueno, veré si esta tarde puedo acercarme a la iglesia, tengo aún cosas por hacer en la finca, pero lo intentaré.

Todos empezaron a cuchichear entre ellos. Ya sabían que esa despampanante mujer era la dueña de la finca donde el reverendo llevaba a cabo su proyecto, su misión social, y ahora que ella había vuelto, y viéndolos juntos, vestidos de calle, era todo un reto para los pensamientos morbosos en torno a ellos dos.

El joven camarero atendió a Esther con más interés que de costumbre, a sabiendas que si entablaba algo más de conversación con ella, que lo básico para servirle la consumición, igual llegaba a enterarse de qué clase de relación había entre el reverendo y la joven viuda, Esther Walsh.

—Un café con un poco de coñac, por favor.—Esther no se anduvo por las ramas. Iba directa a sofocar ese fuego que se consumía en su interior, creándole ansiedad.

—¿Quieres alguna pasta?, ¿un pedazo de tarta de manzana? Está recién hecha.— Al camarero le fastidiaba un poco que ella no le dirigiera ni siquiera la mirada para negar ese ofrecimiento y se marchó algo defraudado por no haber conseguido ni una pequeña muestra de coqueteo con el reverendo, más bien todo lo contrario, se veía una mujer fría sin intenciones de que alguien entrara en su vida privada.

Kevin tragó saliva. Nacieron burbujas de deseo desde el primer instante que la vio en la calle bajándose de la moto. Si por él fuera, la hubiera cogido por la cintura y la habría besado ahí mismo, para volver a respirar el aroma de su cuello, y sentir la suavidad de sus mejillas, sus sabrosos labios, su ardiente vientre esperando a retomar contacto con su cuerpo varonil despierto ya a las pasiones más terrenales. Una corriente eléctrica se paseó por su columna descargando electrodos que vibraban en cada poro de su piel. Estar tan cerca de ella le ponía en peligro de sufrir un proceso de combustión espontánea. Ardía, sufría, temblaba, era víctima de su mirada que cada vez profundizaba más en lo

que le aguardaba cuando estuvieran a solas.

Por debajo de la mesa, sus rodillas intentaban rozarse. Él llevaba un pantalón de tergal, tan fino que podía percibir hasta el mismo calor que emanaban las piernas cruzadas de Esther, en un empeño por cerrar todo tentador contacto. Ella sentía que sus mismos muslos ceñían la piel de su feminidad llegando a latir de una manera íntima sin pretenderlo siquiera.

—Te espero detrás de la gasolinera dentro de diez minutos, te llevo a la finca. Tengo que hablar contigo urgentemente, no puedo esperar a esta tarde. Es importante.— Esther iba a precipitarse pero Kevin no lo iba a consentir. Tenía que pensar por los dos.

—Ya quisiera, pero no es conveniente. Iré en el auto detrás de ti. No intentes buscarme en la finca, estaré con los chicos. Te veré en el confesionario esta tarde. Estás impresionante. Te sienta bien el amor.— Kevin miraba hacia la ventana, tratando de hacer ver que hablaba cosas sin importancia, como del tiempo o la poca afluencia de turistas a esas alturas del mes de septiembre.

—No sabes lo que te pierdes. Aunque prefiero que me sigas en tu coche. Sentirte junto a mí en la moto haría que emprendiese otro rumbo diferente.

—Ten por seguro que esta noche te volveré a sentir. Me muero por tenerte. — Enunció entrecortadamente con los labios casi cerrados. Sus manos se querían liberar iniciando un recorrido bajo la mesa, pero la presencia del camarero le puso en salvaguarda y frenó el avance, con miedo a que el mantelillo de la mesa no fuera suficiente para ocultar su empeño.

Ella intentaba no sonreír, no sonrojarse, no temblar, pero vibraba por los cuatro costados y le sobraba toda la ropa. Un sudor frío la empapaba, era la respuesta de su cuerpo ante una repentina descarga de fogosidad que clamaba por manifestarse con una risa espontánea, ya que los nervios se estaban apoderando de ella.

Se sentía como una yegua deseosa de salir corriendo y a la vez procurando que el control racional la frenara tomando sus riendas, estirándolas hasta detener toda respuesta, dejándola inmutable como una estatua; aunque un pequeño rubor en sus mejillas mostraba inevitablemente el volcán que rugía por sus entrañas.

En un suspiro se metió el carajillo en el cuerpo, como toda una furia de las tabernas, cosa que, al no estar acostumbrada, le provocó un sobresalto en las paredes de su garganta que la hicieron toser como sacudida respuesta. Por poco sale fuego por su boca.

—¿Estás bien?

—Calla, calla, que cuando te cuente lo que he oído en la catedral te vas a

tomar cuatro de estos.— Se tapaba la boca poniendo una mano en el abdomen para calmar el ardor repentino.

—Quédate. Marcho yo primero. Pagaré la cuenta de los dos. Así ese chico no tendrá ocasión de husmear preguntándote algo que te suponga un apuro.

—Adiós, padre Mc Grath. Espero que los chicos estén aprendiendo mucho con usted. Enhorabuena por su labor.— Fue el broche de oro de la motorista que puso su cara más diplomática posible.

—Adiós, señora Walsh, mucho gusto volver a verla. Pronto los chicos volarán, todo es cuestión de lograr una buena cosecha.

—Seguro que así será. Hasta que nos volvamos a ver.— Esther le tendió la mano como señal de acuerdo meramente empresarial. Él la correspondió tomando su mano firmemente y sacudiéndola hacia arriba y abajo con determinación, como lo haría con un colega.

Una vez que el reverendo salió habiendo pagado las consumiciones, pasó por delante de ella sin mirarla a través de las cristaleras, pero hizo un gesto con su mano acercándosela a los labios, metiendo uno de sus dedos levemente en la boca con mucha sutileza.

—¡Qué perverso es! —pensó ella, totalmente fascinada por lo que estaba sugiriendo su querido sacerdote.

Lo vio alejarse, mientras su corazón galopaba como un potro salvaje perdidamente atraída por él, deseando seguirle lo antes posible. Esperó un tiempo prudencial, mirando su móvil para disimular y cuando ya todos habían vuelto a ocuparse de sus asuntos dejando de observarla, entonces se levantó; salió despidiéndose con un leve gesto de su mano ,y una vez traspasó la puerta se puso el casco apartándose la melena y se subió a la moto como si lo hubiera hecho toda la vida, con gracia y soltura. Arrancó y tomó la dirección contraria a su amor prohibido.

Kevin había dejado a Emma tranquila en su piso. Ella no podía coger llamadas que no fueran las que correspondían al propio número de móvil del reverendo. Tampoco podía abrir la puerta a nadie. Su nevera la dejó provista con todo lo necesario para que matara el hambre y la sed durante al menos dos días. Tiempo más que suficiente hasta que la ubicara en un lugar que no le repercutiera personalmente ni le diera fama de mujeriego. Bastante tenía con acallar los rumores que se generarían con la señora Walsh, con Esther, su loco y apasionado amor.

Cuando el rugido de la Yamaha hizo estrépito a la salida de Kilkenny, entrando en el sendero dirección a la finca, Kevin, que había esperado en una de

las discretas calles que permitían la visibilidad de la única vía por donde tenía que pasar, fue dando marcha poco a poco a su automóvil para seguirla. Quería disfrutar de esa visión tan singular y apetecible. Esa figura femenina con la máquina entre las piernas, marcando su cadera y posaderas por la posición inclinada; los brazos estirados hacia el manillar; las manos tan delicadas tomando el mando en pos de sus sueños. Era una verdadera imagen seductora; invitaba a imaginar miles de escenas, promesas por lanzar al viento; abrazos por perpetuar en sus cuerpos sedientos de amor; risas de sobrecogimiento. Porque la vida les había dado una oportunidad para brillar más que nunca; porque el cielo se había abierto de repente bajando a la Tierra para envolverles.

Por el retrovisor ella comprobó que únicamente el auto de Kevin se había adherido a la cola que encabezaba con su moto. Al ver que otro coche se unía a la fila, decidió aminorar la marcha para que les adelantara. No quería más que a él detrás. Su sonrisa reflejada en el espejo confirmaba que disfrutaba ofreciéndole tal espectáculo. Se sentía abrazada por el aire como si fuera Kevin quien la atravesaba embadurnándola con su invisible caricia. Se imaginaba que él la estaba poseyendo con los ojos, que su cintura se cimbreaba como las espigas de los campos, al tacto de sus poderosas manos, y que sus labios se colmaban de la jugosa y caliente lengua que apenas mostraba cuando hablaba en público pero que a ella le había producido tantas sensaciones explosivas y ardientes.

Llegaron a la finca y siguieron actuando delante de todos. Él apenas pasó por la casa, estuvo con los chicos, recorriendo las plantaciones, revisando el albergue del reconvertido establo, dando instrucciones a los jornaleros para ir preparando la cosecha.

Parecía que, según los pronósticos, iba a ser la mejor cosecha en mucho tiempo. Eso le produjo tal satisfacción que no salía de su júbilo, incluso brindó con ellos bebiendo unas cervezas que salieron como por arte de magia de debajo de una de las camas. El reverendo hizo caso omiso a ese detalle que tenía prohibido en un intento por evitar malas costumbres que acabaran en vicios insanos. Eran muy jóvenes y era muy fácil caer en las adicciones, más con el duro pasado que tenían tras de sí.

Esther, por su parte, preparó algo de comida junto a Rebeca, que viéndola tan radiante se permitió poner sus manos hacia el cielo y sin que nadie la escuchara expresar toda su alegría repentina:

—Por Dios, mi niña, se ha producido el milagro. Alabado sea Dios. Ya era hora de que en esta casa se respirara pasión, amor, locura.

—No sé qué dices, Rebeca, qué te inventas. Anda, vamos a poner la mesa que pronto vendrán los buitres a devorar los platos.— Se desquitó riendo y dándole palmaditas en el trasero a Rebeca, que no salía de sus trece por lo que había adivinado.

Los chicos fueron a comer, Kevin prefirió esperar a que todos volvieran al campo. Se apañó con algo de queso que Rebeca le llevó al lugar donde se imaginó que le iba a encontrar, junto al tejo preferido para sus meditaciones.

—Gracias, Rebeca. Quiero proponerte algo que creo podrás llevar a cabo. Es una misión de ayuda a una mujer en una situación algo preocupante. Su marido la maltrata y debo protegerla de él. Al menos hasta que encuentre un destino lejos de aquí en el que pueda rehacer su vida.

—Entiendo, Kevin, entiendo. Pero yo no podría atenderla debidamente aquí. No me fío de los chicos ni de mi marido. Podrían irse de la lengua y tener aquí al marido de esa pobre mujer merodeando por las fincas hasta dar con ella, y a saber en qué tragedia acabaríamos. Compréndelo, Kevin.

—Sí, claro. Es que no sé qué hacer, la tengo escondida en el piso de la ciudad. Nadie lo sabe. Espero y confío en que no hables de esto con nadie. Gracias de todos modos, Rebeca, ya me ayudas bastante con todo lo que haces.

—Oye, Kevin, espera. ¿Y la casa del bosque?

—¿Cuál? ¿La del nuevo propietario?

—Esa misma. Allí podría pasar unos días, incluso meses si es que él le deja una habitación. Al menos hasta que pensemos en otra alternativa lejos de aquí.

—Podría ser. Aunque no sé si a él le convendrá. Es un hombre algo huraño, que apenas habla con nadie. Tener una huésped puede venirle bien por un lado, pero por otro no sé si ella se encontraría violenta al tener que vivir con otro hombre que no es su pareja.

—Por intentarlo que no quede, ¿no te parece? ¡Quién sabe! Desde luego que allí no la va a encontrar. Apenas nadie sabe de la existencia de esa casa tan metida en la frondosidad.

—Tienes razón. Voy ahora mismo a preguntárselo. Y por favor, guárdame este secreto. La vida de esa pobre mujer pende de un hilo, no sé cómo se las gasta el bestia de su marido, pero ya la ha dejado marcada en su última disputa.

—Anda, come un poco y ve a hablar con él. Creo que es buena persona y que aceptará. Que haya suerte, Padre Mc Grath.



Las condiciones del suelo eran las apropiadas para obtener una provechosa cosecha.

Era la mejor de muchos años. Rebasaba en creces los pronósticos y prometía ofrecer interesantes ganancias además de una excelente calidad al extraer el lúpulo y la malta de la fermentación de la cebada recogida.

Los muchachos demostraron su buena voluntad al contribuir con todo su esfuerzo en la consecución de todos los procesos que requerían la importante labor agrícola.

Emma recibió la propuesta de ir a vivir a la cabaña del bosque.

—Se llama Diego. Vive en la soledad del bosque junto a la Iglesia en ruinas, en el extremo del río que bordea la finca de la viuda Walsh. —le explicaba Kevin.

—¿Cómo puedo corresponder ante este favor? No tengo nada, pero estoy dispuesta a trabajar en lo que sea para contribuir en los gastos que ocasione.

—Si quieres puedes ayudarle con la elaboración de quesos. Está creando una variedad de leche de oveja que según su experiencia va a ser todo un éxito. Es la delicia de los paladares más finos según he podido comprobar.

Kevin había hablado con Diego y este no presentó ninguna objeción para que Emma ocupara una de las habitaciones de su casa. Estaba habituado a recibir a huéspedes en su casa rural del pequeño pueblo de Lérida llamado Serós. Toda la idea que tenía sobre él acerca de su carácter huraño se vino abajo en cuanto

comprobó que era muy selectivo con la gente. Pero al comprobar que el reverendo era una persona de mente abierta, entablaron una buena amistad.

Una vez se la presentó, Diego reconoció en ella un ser torturado. No hizo preguntas.

Emma comenzaba a sentirse un poco violenta por vivir con un hombre que apenas conocía y por ello, Diego pensó que lo mejor sería que tuviera la compañía femenina de su amiga Mari Luz, con la que vivía desde hacía tiempo, pero que en esos momentos estaba en Londres para legalizar el negocio empresarial de la fabricación de queso de oveja, así como otro tema que iba a significar la resolución de una gran fuente de preocupación económica.

Mari Luz era audaz como buena Aries, y no se amilanó ante todos los documentos necesarios para la creación de un centro de terapias en ese mismo enclave tan especial donde confluían energías tan sutiles. Era un lugar propicio para invitar a gente que quisiera salir del ajetreado ritmo de la ciudad y descansar unos días rodeados de paz y armonía. Completarían la estancia en ese lugar con la aportación de expertos en varias actividades: yoga, taichi, chi kung, artesanos de la arcilla, monitores de danza, risoterapia, de una gran variedad de artes que facilitarían el desbloqueo de tantas energías retenidas y liberaría presiones para volver a replantearse el modus vivendi o simplemente recobrar fuerzas. Incluso instalaron una cápsula de aislamiento sensorial, a petición de Esther, que desde que leyó sobre sus efectos tan beneficiosos, no dejó de idear la instalación de una de esas cámaras y nada mejor que en el mismo centro de terapias de la pareja.

El padre Thomas tenía que salirse con la suya. Ese joven Mc Grath, con ideas utópicas, no le iba a trastocar sus propios planes, ni su ascenso merecido tras haber seguido los pasos de sus antecesores sin réplica alguna, sometido enteramente a la tradicional y conservadora forma de llevar la diócesis. Conocía al joven Mc Grath y sus aspiraciones renovadoras y revolucionarias, y poco le faltaría para que echase abajo todo el trabajo que le estaba costando llegar a donde quería llegar, donde le correspondía por derecho tras su intachable carrera religiosa.

A pesar de haber sido considerado demasiado disciplinario y riguroso, era un fiel servidor de la doctrina, marcando sin flaquezas las diferencias entre un distinguido representante de la fe y un alborotador de masas como era ese tal reverendo Mc Grath.

Le había visto en el pueblo, rodeado de los chicos, animándoles en desenfadadas charlas que nada tenía que ver con el mensaje que debía inculcar

en ellos. No había conseguido llevarlos a la Iglesia ni una sola vez. Era un fracaso como sacerdote.

Podía ser un buen empresario, contratar a gente necesitada para trabajar los campos, pero Mc Grath, según el padre Thomas, no conseguía llenar la Iglesia de fervorosas y adineradas feligresas que dejaran bien llenos los cajetines de monedas. No solía programar novenas ni solicitar fondos para los arreglos de la capilla que él mismo solucionaba sin tener que pedir nada a los asistentes a la Iglesia. Sin embargo sí que provocaba que con su manera de ser fuera muy querido por todos los que participaban en sus actos religiosos y con todos los vecinos de la localidad en general.

Su visión religiosa abarcaba un área que para los tradicionales sacerdotes era contemplada como innecesaria e incluso molesta. Mc Grath movía a la gente a conocer el Dios de la libertad, de la aceptación en la manera de ser de cada uno, en escapar de los intereses creados por la sociedad de consumo, en dejar atrás los patrones de conducta de hombre y mujer que situaban a la mujer en una abnegada condición de sometida como solían contemplar los viejos sacerdotes, que aconsejaban cuidar a los maridos dejando sus tonterías de mujer a un lado para favorecer la guía del cabeza de familia.

Una mujer como Emma hubiera sido repudiada nada más conocer sus debilidades, sometiéndola al sentimiento de la culpa hasta que ella misma se arrepintiera de haber nacido , por haber amado o por haber creído que sus encuentros con el herborista Peter Sanders eran debidamente necesarios para sobrevivir en su pequeño infierno personal.

El Dios de los antecesores de Kevin, promovía la culpa como la base para dominar al pueblo, para tenerlos sometidos y hacerles sentir que su salvación estaba en manos de los sacerdotes, de los representantes de Dios; un Dios justo que salvaría solo a los que seguían las directrices del reverendo, que conocía cómo mitigar a base de dolor y sufrimiento tantas debilidades humanas.

El padre de Kevin quiso que él fuera un modelo para el proceso de cambio, para una renovada Iglesia que fomentara la elevación del espíritu y no la aflicción y el sobrecogimiento como era costumbre.

Las espinas de esa corona que le habían puesto para seguir el proyecto agrícola de reinserción, eran precisamente las pegas que estaban planteando sus ahora rivales en el reconocimiento de los superiores.

Habían valorado las posibilidades para que los vecinos de las fincas concedieran terrenos que no utilizaban para que los chicos plantasen allí sus propias semillas y crear una red de trabajos comunes que les siguiera apoyando

entre todos los agricultores de la comarca.

Era factible, pero no confiaban en que, una vez se desprendieran de la guía de Kevin, fueran capaces de dirigirse por sí mismos. Seguramente se dormirían en los laureles al no tener a un dirigente que les llevara a los campos, que les orientara en el cometido diario, que les animara a labrar, a limpiar los campos, a abonar, a vigilar la humedad del suelo, y sobre todo evitar que quisieran retornar a su país, a España, del que tanto hablaban alabando su sol y sus playas, sus gentes y en definitiva no confiaban en que la adaptación hubiera resultado eficiente.

Seguramente querrían divertirse, frecuentar las tabernas, iniciar noviazgos y con la ayuda de la subvención les mantendría esa nueva temporada; la gastarían en vicios y echarían a perder los cultivos dejando oxidar las herramientas en los campos.

Pero estas sospechas fueron infundadas. Los chicos seguían manteniendo una gran amistad con el reverendo Mc Grath. No solo él estaba satisfecho de cómo iban haciendo una gran labor, sino que además demostraron comportarse con civismo cada vez que iban a Kilkenny. Tomarse unas cervezas en el pub, sin embargo, era considerado por el Padre Thomas, como un signo de flaqueza, y al verles reír ya se imaginaba que iban borrachos, cuando en realidad tan solo estaban contentos celebrando su nueva oportunidad en demostrar que podían valerse por sí mismos en el nuevo reto profesional.



### *Kevin y los chicos.*

Su Iglesia era el campo. Saludaban al sol, soñaban admirando las estrellas, incentivaba en ellos la curiosidad por todo lo que les rodeaba. Creaba con su carisma una grata inclinación hacia el conocimiento interno y las propias fuerzas que todo ser humano tiene dormidas esperando a ser despertadas. Fomentó en ellos el respeto por el cuerpo, con hábitos saludables que incluían la buena alimentación, pues según el reverendo Mc Grath, el cuerpo es el templo de la mente, del espíritu, y debe estar en condiciones para alojar al guerrero que habita dentro de cada uno.

Sentían que querían corresponder a ese deseo del padre Kevin por convertirles unos verdaderos luchadores que vencieran las dificultades que se iban a ir presentando, como ya les había advertido.

El padre Thomas no sabía cómo atrapar a esa incómoda liebre que le estaba ganando la carrera.

Kevin se salía con la suya.

Entonces, un día que paseaba por las inmediaciones de la finca de la viuda Walsh, creyó ver la figura de una mujer parecida a Emma Watson, la mujer que había abandonado a su pobre marido sin saberse nada de ella. El marido había hablado con sus vecinos diciendo que era una mala mujer, que solo le quería por el dinero, y que una vez que él perdió el empleo lo dejó por otro y se marchó de casa. Nadie supo de la paliza que le dio ni de las veces que se había ido con fulanas cada vez que se iba con el camión de ruta.

Emma estaba paseando por un campo cercano a la cabaña de Diego, llevaba las ovejas al río para que bebieran y comieran un poco de hierba fresca. A pesar de las recomendaciones para que no saliera, esa tarde no lo pudo evitar. El aire olía a tierra mojada, quería participar del paisaje que reflejaba la lluvia recién

caída y liberar así las piernas caminando por la ribera.

Mari Luz había conseguido el permiso necesario para la creación de ese gran proyecto.

Esa semana precisamente la habían dejado sola. Estaban en Egipto. Habían ido a participar en un estudio sobre unos hallazgos en la base de la gran pirámide. Por lo visto había insertados metales como el cobre en las paredes que conducían a un túnel cercano a un pozo que tenía el paso vedado a los visitantes. Ellos tenían permiso para entrar a cambio de una importante suma que ofrecieron a los guardias de ese acceso.

Tenían la esperanza de descifrar los misterios de esa construcción y desvelar cómo podían iluminar los pasadizos que conducían a los sarcófagos pues no había apenas restos de humo en los techos de supuestas antorchas que incluso serían incapaces de encenderse por falta de oxígeno. La representación de unas bombillas enormes en los relieves de unas paredes, parecían dejar asomar la posibilidad de que entonces conocían la electricidad, y para poder generarla, la conductividad del agua era necesaria; de ahí el pozo que había bajo la pirámide y un anterior circuito acuático que venía del mismo Nilo, pero que desapareció con el paso del tiempo. La presencia del cobre en las paredes de ese túnel les dejaba bien claro a Diego y a Mari Luz, junto a los demás integrantes de la expedición arqueológica, que ya disponían de alta tecnología y que no se había construido imponentes monumentos a base de palos y piedras como ha recogido la Historia que nos han enseñado en los colegios.

El padre Thomas se dirigió al viejo templo, desde podría ver mejor a esa mujer desde dentro, asomándose a los ventanales.

El padre Thomas hizo fotografías con su móvil capturando, como a un pajarillo en libertad, la discreta situación de Emma que se protegía de su marido muy cerca de la finca de la viuda Walsh. Las piezas de su ajedrez se acercaban al jaque mate para combatir a su rival. Después, se encaminó hacia el viejo templo, él también estuvo allí hacía años, y quería comprobar si en él se podía descubrir alguna otra cosa que delatara a Kevin Mc Grath y ponerlo en tela de juicio ante sus superiores.



Iba a abrir la portezuela pero vio que estaba semi entornada, y pensó que quizás la cerradura se había roto y faltaba por restituirla. No sospechó que alguien había entrado y la había dejado así por descuido.

Con la curiosidad estallando en sus neuronas acusadoras, enfiló sus pasos hacia el portón del templo en ruinas y esta vez sí la abrió sin ningún problema. Estaba sin cerrar del todo.

Su respiración se detuvo, su corazón se precipitó en un latido sobresaltado. Allí estaban Esther y Kevin, sobre el altar, en una comprometida escena apasionada que le sobrecogió en un espanto mayúsculo.

Los dos amantes estaban dando rienda suelta a su amor, como venían haciendo durante mucho tiempo. Era su refugio, su nido de amor, su altar donde la exaltación de los sentidos se hacía manifiesto sin ningún reparo ni freno, ni prohibición.

El padre Thomas los vio en plena entrega. Sus cuerpos enlazados iban subiendo y bajando en una carrera hacia el desfogue de todas sus ansias, las que iban reteniendo durante la jornada y larga noche hasta que tenían ocasión de expresarlas, y en ningún otro sitio mejor que en el templo que solo él tenía acceso pues los otros párrocos estaban deseosos de echarlo abajo para construir precisamente allí el seminario de nuevas vocaciones sacerdotales.

Al verse sorprendidos, los dos se encogieron tapando sus vergüenzas.

De pronto, Esther se sintió lapidada por la mirada inquisitoria del hombre que se escudaba en su sotana, como si representara el Juicio Universal en persona, y la furia del reproche por la falta de moralidad cayera sobre su piel como un baño de ácido sulfúrico.

Kevin la abrazó intentando proteger sus desnudeces y vulnerabilidades de

mujer sorprendida en su más indecorosa actitud, y se plantó después delante de ella para, como un guerrero sin coraza, enfrentarse a esa batalla ética para defender el honor de su dama y su propia carrera religiosa.

Por un momento pensó en el daño que ocasionaría ese espectáculo a los chicos, que se quedarían sin nadie que abanderara sus progresos al tener que apartarse del proyecto para dar paso a los intereses de ese viejo carcamal con ínfulas de grandeza.

—Espere, padre Thomas.— Intentó atraparle aún estando desnudo, cogiéndole por detrás, apretándole el brazo. —no irá a contar nada de todo esto a nadie, ¿verdad?

—¿Cree que la comunidad puede seguir confiando en alguien como usted, que se aprovecha de la soledad de una joven viuda? ¿A cuántas más ha estado confesando tan íntimamente? Porque ahora no puedo esperarme otra cosa de usted, que se ha saltado el principio de respeto hacia los votos, hacia esa promesa de entrega voluntaria que no ha tenido la consideración de cumplir. Seguro que consigue que esos chicos se queden porque les permite saciar sus instintos a saber de qué modo.

—No hay ningún referente que desdiga ni tache mi historial, impecable. Pero ha surgido el amor con tanta intensidad que ha sido imposible evitarlo, he querido colgar los hábitos, para casarme con ella, pero tengo un programa por seguir con los chicos y hasta que no lo consiga no me puedo permitir el vivir mi propia vida, que es y será a su lado.

—Decline su propósito, Mc Grath, esos chicos se irán de aquí en cuanto vean lo sacrificado que es el trabajo del campo, se les quitarán de ganas de luchar nada más que aparezca una plaga o tengan dificultades para negociar con las cooperativas, porque usted no estará permanentemente con ellos, como hasta ahora, y sin un apoyo serán carne de cañón de ayudas sociales hasta que quieran regresar a su propia cultura ,a su país. Esta vida es muy dura. No lo conseguiría de todos modos, créame, desista de una vez y váyase con ella si quiere. Deje que nosotros avivemos la fe con el seminario, ese sí que será un buen proyecto que dará su fruto.

—¿Y qué quiere? ¿Una nueva generación de profesores de religión? Porque es lo que va a conseguir con ese seminario. Es una carrera como la política, forman representantes de la fe, que debaten las fórmulas para introducirse exitosamente en todas las instituciones públicas, para escalar puestos y asegurarse un salario fijo, con dietas, comisiones por conseguir ingresos a base de creación de organizaciones que plantean un humanismo misionero que se

queda, la mayoría de las veces, en pura burocracia, para que otros, como los voluntarios que se ofrecen para ir a los países que defienden en las campañas de apadrinamiento y ayuda solidaria, se maten para dar hasta su vida por sacar a la gente de su miseria y enfermedad.

Esther se vistió de prisa y salió directa a decirle al padre que acusaba a Kevin, que él no tenía culpa por quererla, que cumpliría su propósito sin que ella representara ningún obstáculo, y que no dudaría en volver a acoger a esos chicos si es que por ellos mismos no conseguían sacar adelante las cosechas que habían puesto a su disposición las gentes del lugar.

—Señora Walsh, no querrá decirme que comparte usted con la señora Watson esta clase de aficiones indecorosas. —Señaló el viejo párroco el resto de la ropa que se esparcía por el suelo. Se refería a una supuesta poligamia de Kevin que incluía a Emma en el círculo.

—Emma ha sido maltratada y si la ha visto por aquí es para protegerla de su marido. Por favor, no comente con nadie sobre su paradero. Le prometo que, si guarda nuestro secreto, pronto dejaré los hábitos y tendrá el camino libre. Por fin será suya la plaza definitivamente.

—De acuerdo. Pero dese prisa. No sé cómo no le da vergüenza seguir representando a la diócesis, es usted una abominación en persona. —Y se marchó, con la sonrisa maliciosa tras haber logrado una promesa que le abriría un futuro esperanzador.

Al finalizar el año, gracias al tesón y esfuerzo que todos pusieron en su empeño, las cosechas fueron de lo más provechosas, resultando una malta con extraordinaria calidad que dotó de una denominación especial a esa marca de cerveza, a la que en los envases de esas bebidas espumosas se añadía el calificativo de “ Harmony” en honor a la finca que originó esa cosecha de buenos agricultores.



*Nueva cosecha. Abril del año siguiente.*

Por fin se recogió la nueva cosecha proveniente de los campos vecinos, gracias a la ayuda de los chicos que habían hecho todo lo posible por demostrar que si se quería, se podía, y que estaban tan interesados porque esos terrenos tuvieran la mejor producción de cebada destinada para la cerveza “Kilkenny”, como todos los demás agricultores, que veían con buenos ojos ese dinamismo tan renovador, dando esperanza a que la tradición se preservase con la nueva generación. en los dos meses que duró el crecimiento de las espigas, velaron sin parar porque obtuvieran las mejores condiciones, alejándolas de las plagas, humedades y todo tipo de agentes que pudieran afectar en su calidad.

Fueron unos meses donde el compañerismo se hizo patente, no solo entre los chicos, sino también entre las gentes de Kilkenny, que simpatizaban con ellos integrándolos en sus costumbres para que se sintieran aceptados. Fue como si esas tierras les hubiera adoptado, amaban el lugar y se sentían completamente realizados.

Al Padre Mc Grath, desde los servicios de información de la congregación, le dijeron que había una nueva ubicación sobre el paradero de Bernart Miller, según un rastreo en sus datos, y el último sitio en el que se le encontró fue precisamente en Kilkenny, había pagado su consumición en un restaurante con su tarjeta de crédito. Con una gran discreción puso en antecedentes a los jóvenes de la cabaña por si a ese individuo se le ocurriera acercarse al centro de terapias.

Emma estaba en la casa de Diego y Mari Luz. Desde el primer mes que empezó a vivir con ellos, había comprobado que no estaba embarazada. Eso en parte la entristeció, pero hubiera deseado que Peter Sanders hubiera tenido la

mínima consideración con ella y haber tomado precauciones.

Para liberarse de la gran carga emocional que tenía, necesitaba trabajar, por lo que ayudaba a Rebeca con los quehaceres de la casa y la granja.

Esther había empezado a trabajar con una editorial en la que se recogían biografías históricas, y su desempeño consistía en corregir los manuscritos, lo que representó para ella una gran oportunidad para involucrarse más directamente en la literatura, como era su gran vocación.

Poco a poco empezó a escribir en los periódicos locales, y acostumbrándose a esa práctica, acabó reuniendo todos los textos en un volumen que la misma editorial publicó, resultando un gran éxito que triunfó en las ventas de las librerías locales. En ellos ensalzaba el carácter humilde de las gentes del lugar, poniéndoles nombres y apellidos, buscando los orígenes de sus árboles genealógicos para formar un mapa de los antecedentes y su procedencia.



Eran más de las dos de la mañana, Kevin no era capaz de dormir. Tenía una gran inquietud. Quería que todo se solucionara de una vez. Al día siguiente irían a llevar en los remolques toda la cosecha a la cooperativa. Era un gran día, definitivo para valorar su gran proyecto. También estaba preocupado por la presencia de Bernart en las cercanías. Le habían enviado la foto suya para reconocerle si se lo encontraba, y sus facciones las tenía memorizadas al dedillo. Deseaba con todas sus ansias dar con él y así vigilar todos sus movimientos.

En cuanto a la cosecha de los chicos, esperaba que fuera tan buena como la que resultó de sus trabajos en “*Harmony*”.

Pero había una mano negra que quería desmerecer todo el afán y todo el esfuerzo depositado en cada espiga, en cada riego, en cada abono, en cada siembra, en cada mirada al cielo esperando que regara los cultivos para que no se secaran demasiado ni se ahogaran en diluvios repentinos.

El padre Thomas fue a ver a Peter Sanders, eran en realidad uña y carne, y muchas veces comían juntos para comentar los trapos sucios de los demás y junto al farmacéutico que igualmente estaba compinchado con ellos; estaban deseosos que la gente enfermara, que acudiera a comprar remedios, que se sintiera mal para necesitar la ayuda de los que tenían en su mano la salvación del pueblo: la religión y la medicina, bien natural o tradicional.

Idearon un plan para echar abajo ese gran proyecto y acabar con la reputación del Padre Mc Grath y sus buenos propósitos.

Y es que desde que inculcó en sus feligresas la idea de que eran suficientemente válidas para acometer sus progresos como mujeres y como

personas, sin tener que sentirse eternamente inferiores ni supeditadas a sus maridos, echando abajo los prejuicios sociales que rompían lazos de amistad como el de Gertrudis con Clara, que acabaron juntas de nuevo, gracias a una reconciliación y una nueva óptica de los objetivos en la vida. Se hicieron talleres en los que se reeducaba a los niños para que no crecieran con la sensación de que les era dado todo sin habérselo ganado, estableciendo rutinas que lograrían asumir responsabilidades y así ir consiguiendo metas. Era una especie de enseñanza espartana que para nada tenía en el castigo su apoyo, sino en la propia conciencia de lo que es necesario aportar como miembro de una comunidad, una familia, un grupo social...

Pero en el cielo esperanzador de todas esas iniciativas, sobrevolaban sombras oscuras que nadie imaginaba de dónde procedían ni qué peligrosidad encerraban.

Ya tenían todo el grano en los almacenes de la cooperativa comarcal, a la entrada de Kilkenny, señalizando la procedencia de cada montón.

Peter Sanders intentó entrar por una de las puertas de madera que daba a la trasera. Con una palanca pudo forzarla y acceder al interior.

Le siguieron el farmacéutico y el padre Thomas.

—Primero vamos a brindar por esta cosecha, será la peor en muchos años.—el farmacéutico sacó una botella de whisky y la pasó a los demás. No era la primera vez que bebían y no le hacían ascos a nada, mucho menos si se trataba de una buena marca escocesa.

—Venga, un brindis por el principio del fin del reverendo Mc Grath y sus buenas intenciones.— Se sumó Peter Sanders alargando la mano para probar el licor.

—Estaremos mejor cuando le manden a las misiones, que es donde debe estar, lejos de nuestra área. Si quiere cambiar el mundo, que vaya a países tercermundistas, que aquí no nos fastidie con sus revolucionarios modos de influir en los que enferman, en los que se deprimen, en los que nunca encuentran satisfacción.

—Eso, que se vaya y deje que nosotros consigamos a través de nuestros métodos, encaminar las angustias y calamidades de nuestros vecinos. Como le hubiéramos dejado actuar un poco más, habríamos tenido que cerrar el negocio, pues las ventas de ansiolíticos han descendido hasta casi tener que devolver los productos porque caducaban en las estanterías. —El farmacéutico añadió.

—Claro, además habían organizado grupos de yoga, tai chi, visitas guiadas por los bosques, baños en el río tipo ayurveda y no sé qué más chorradas que ya hasta casi parecía que creaba una secta aparte.

—Eso mismo es lo que he referido a las autoridades eclesiásticas, que está llevando a los feligreses a prácticas que confunden sus principios, pues coquetean con el hinduismo, y hasta con no sé qué teorías de una civilización perdida.

—Creo que estamos haciendo bien, malogrando estas cosechas vamos a conseguir acabar con una plaga humana que iba a destruir la solidez de la Iglesia, de sus orígenes, pues se están yendo más allá de teorías, suposiciones, y están contemplado la idea de que hubo hasta dioses que intervinieron en el genoma humano, los *Annunakis* o algo así.— Saltó el padre Thomas, henchido de rabia ante el caos que iba a ocasionar todas esas sospechas sobre el origen de la civilización humana

—¿Cómo iban a demostrar toda esa serie de farándulas? —El farmacéutico apuntó, incrédulo de la posibilidad de poder sembrar esa duda entre los creyentes.

—Han encontrado tablillas en Sumeria que hablan sobre todo esto y seguro que no pararán de referirse a ellas. También está demostrándose que las pirámides de Egipto no fueron hechas por los egipcios sino por seres dotados con una alta tecnología que incluso producían electricidad. —Peter Sanders había visto muchos documentales en youtube que hablaban de estos descubrimientos.

—Toda esa información está contaminando las creencias de un Dios todopoderoso que creó el Universo, están haciendo que las figuras extraterrestres que según ellos, vinieron a la Tierra, se convierta en la explicación de todos esos misterios por resolver. Hasta la separación de las aguas en el Mar Muerto tendrá otra versión que no la de los milagros, y acabarán por situar al propio Jesucristo como un extraterrestre más, y sino, al tiempo. —Acabó suspirando el padre Thomas ante toda esa losa de especulaciones que iban a acabar con la imagen del cristianismo, y ellos, sus representantes, irían poco a poco perdiendo el control, si es que la ciencia confirmaba esos descubrimientos junto a los hallazgos arqueológicos que datan en el tiempo esos avances inexplicables, antes de la invención del hierro.

Bebieron hasta acabarse la botella, la graduación era alta y enseguida el efecto del alcohol se les notó en sus entonaciones y en su falta de equilibrio.

Peter Sanders se atrevió a escalar por la campana que, como un embudo, era la idónea para derramar esa sustancia que contaminaría la cosecha, para después ir haciendo lo mismo en los otros montones.

Al subir, justo en el último peldaño, el pie se le resbaló y la botella con el

líquido se le quedó un poco apartada de su alcance. Se estiró todo lo que pudo, inclinándose peligrosamente en el borde de la campana, cuya boca estaba llena del cereal en grano, casi hasta el borde. Consiguió coger con los dedos el cuello de la botella del delito y esta se derramó un poco vertiendo lo que iba a producir una infección de hongos en toda regla, en la montaña de grano de esa entrega. Un poco más y acabó asomándose aún más, ya más de medio cuerpo. Y entonces, un pequeño mareo producido por tanto whisky y por la falta de equilibrio, hizo que se tambaleara sin poder sujetarse con la otra mano, cayendo dentro de la campana al intentar hacer palanca en el mismo grano. Pero este se hundió, y con él su mano y el resto de su cuerpo que fue absorbido por toda la montaña de cereal tragándose por completo.

Los otros dos subieron rápidamente para ayudarlo, y tan solo veían su mano fuera de los granos con los dedos extendidos, como si de arenas movedizas se tratara. El farmacéutico intentó tirar de su amigo cogiendo su mano, pero la fuerza que este hacía por salvarse, provocó que él también cayera en la campana, al soltarse la mano e intentar recuperarla.

El padre Thomas, sin saber qué hacer, viendo que el farmacéutico gritaba, con las piernas fuera del grano que se lo iba engullendo, intentó también cogerle de los pies, desesperado por sacarle de ahí, pero igual que Peter, se iba hundiendo más y más. Tan solo le quedaba un pie fuera, por lo que no se arriesgó a seguir tirando de su amigo y simplemente lo vio desaparecer entre el grano.

Su espanto era tal que quería bajar lo más aprisa posible, pero dio un traspiés con su sotana, cayendo de bruces contra el suelo, justo encima de las botellas que iban a derramar en las otras cosechas. Su cabeza se dio tan fuerte en el suelo que se abrió como una sandía y su sangre se mezcló con el potente germinador de hongos. Inmediatamente le salieron ampollas en su cara, porque además era una sustancia corrosiva, y acabó muriendo en una lenta agonía igual que sus otros dos amigos ahogados en la campana de cereal.

Cuando se procedió al análisis de los granos, encontraron al padre Thomas tirado en el suelo, en medio de un charco verde igual que un hongo derretido. No se imaginó la policía que fue a investigar el caso del accidente, que dentro de la campana había dos hombres, y que habían muerto ahogados dentro de la cosecha, de la buena cosecha que pudo salvarse extrayendo los granos que se habían podrido dentro de la campana.



*Bernart, esa misma mañana de la cosecha.*

Las formaciones megalíticas tan extraordinariamente colocadas en ese paraje alejado de la ciudad, dirección sur, dieron una idea a Bernart de la posibilidad de que Esther hubiera estado precisamente allí, apreciando el simbolismo que podría hallarse en cada grabado extraordinario que ofreciera alguna de las superficies rocosas.

Se imaginó a su ex mujer respirando a pasado, a misterio, entre ese extraño circuito que presagiaba que eran más que unas rocas tiradas por el campo.

Aparcó el coche ocultándolo entre los camiones y remolques que esperaban ser llenados de cereal, a la entrada de la finca cercana a esos descubrimientos para él, de valor arqueológico.

Se fue situando entre las construcciones con mucho sigilo, intentando ver a través de los cristales quién ocupaba esa casa. Vio a Rebeca; estaba preparando una gran olla para los jornaleros y un guiso de verduras con carne, entonando mientras tanto una de las viejas canciones con aires celtas que tanto le gustaba escuchar.

No quiso entrar, le tomarían por un entrometido si es que no tenía ninguna razón suficientemente válida para que le acogiera al interior. Podría hacerse pasar por turista, pero tendría que dar explicaciones y si Esther estaba por allí y se llegaba a enterar de su presencia en los alrededores, se le volvería a escapar.

Si la llegara a ver, no la iba a presionar. Tan solo le demostraría que

compartían muchos intereses juntos, que podrían ser amigos aunque su relación conyugal se hubiera roto.

Dio la vuelta a la vivienda y se dirigió a un camino que parecía conducir al río. A ella le fascinaba bañarse. Ya fuera en la playa o en los ríos, para ella no había nada más placentero que sumergirse en las aguas en plena naturaleza. Ella le decía, cuando vivían juntos, que la vibración del agua, cuando se encuentra en plena armonía, produce un gran beneficio en el organismo, transmitiendo esa sensación tan saludable por todas las células, que también tiene en gran composición H<sub>2</sub>O.

A un paso de la orilla, se detuvo de inmediato. Había sentido algo. ¿Podría estar ella cerca de ese río? Su corazón se aceleró intentando bombear toda la sangre que se agolpaba presurosa para dar respuesta a una situación que disparaba la adrenalina.

Parecía como si alguien estuviera tecleando en un portátil, eran golpecitos suaves pero con una frecuencia determinada que así hacía pensar.

Era curioso que en ese paraje se produjera precisamente ese sonido.

Lo más normal era escuchar el silbido del viento, el canto de las aves, la maquinaria agrícola desplazándose por los campos, pero, más lejos de lo que habitualmente se esperaría, era alguien escribiendo en un portátil.

Se descalzó para intentar ver a la persona que estaba escribiendo. El sonido venía de la parte de atrás del círculo de piedras. Con mucho sigilo, apenas rozando el suelo, de puntillas, llegó a situarse tras un castaño milenario de gran tronco que le tapaba por completo. Seguía escuchando el repiqueteo de las teclas pero aún tenía que acercarse más para ver quién estaba dentro de esa especie de cueva rocosa que habían formado tres piedras gigantes.

Se encaramó al árbol, trepando por él, pero la corteza se deshacía en trozos y algunas partes cayeron al suelo. Frenó el ascenso y se quedó pegado a una de las ramas más anchas, sin mover ni un dedo. Las teclas pararon de sonar por un momento pero en cuestión de treinta segundos volvieron a oírse de nuevo.

Cuando estaba confiado en que no le iban a descubrir, se asomó lo máximo que pudo y llegó a ver parte del cuerpo de una mujer, tapada con una chaqueta de punto muy del estilo de ella, y cuando esta movió su cabeza para mirar al cielo y respirar hondo, vio su cabello ondulado color castaño tan sedoso como el suyo, como el de Esther.

Era ella, sin duda.

Ese momento era idóneo para verse frente a frente y, en el mejor escenario del mundo, poder resolver el abismo que se había formado entre ellos para

establecer un puente que siguiera transfiriendo su energía, la que él tanto necesitaba para impulsarse.

—Esther.— La llamó de inmediato, con toda la fuerza de su corazón, como quien regresa a su hogar y espera que le abran la puerta para descansar por fin en su interior.

Ella se levantó, dejando a un lado el portátil en el que estaba escribiendo uno de sus artículos, se dio la vuelta para verle, aunque le había reconocido por la voz, y sin miedo alguno, le miró a los ojos intentando que no se violentara, mostrándole una mirada pacífica y serena.

—Hola, Bernart. Volvemos a vernos.

—Ha pasado mucho tiempo, pero te sigo queriendo y no te reprocho el haberme dejado. Quiero que sepas que para mí todo pasó ya y que esta es una nueva etapa en nuestras vidas. El habernos encontrado de nuevo ha sido demasiada casualidad, ¿no crees? Tú siempre decías que no existen las casualidades sino las causalidades. Ahora dime, ¿qué has conseguido descubrir en estos hallazgos arqueológicos? —Se puso a tocar la roca como quien roza sus dedos sobre una joya de gran valor, intentando parecer lo más interesado posible en esas ruinas megalíticas. Después fue en busca de sus zapatos, tras el castaño.

—Bernart, sí que es curioso que hayas venido hasta aquí, y más cuando sabías de mi afán por los espacios naturales y las huellas del pasado más ancestral. Pero me alegro verte. De veras. Ahora, si quieres acompañarme a la casa, iba a ir allí precisamente, la cocinera habrá preparado un buen guiso y si lo deseas, puedes comer con nosotras. —Esther no quería quedarse a solas con él en el bosque, no se fiaba de él. Salir corriendo hubiera sido un error, le hubiera hecho salir detrás de ella y la agitación por detenerla podría llegar a tener consecuencias desagradables. Quién sabría qué intenciones ocultaba apareciendo precisamente allí.

—Me parece una excelente idea. No he comido apenas esta mañana para almorzar, y la verdad me muero de hambre.

Le quedaba una distancia suficiente para que, si se asomaba Rebeca a la puerta, la pudiera ver y socorrer si llegaba el caso que así lo necesitara. De momento él no se acercaba excesivamente a ella, incluso iba algo por detrás quizás para observarla mejor y deleitarse con sus movimientos gráciles y femeninos.

Su mano iba a rozar la de Esther pero se detuvo en su intento al escuchar el ruido de un motor. Eran algunos trabajadores que llegaban en sus camionetas para ir a comer a la casa.

Salió de una de ellas una chica que le llamó mucho la atención. Era Emma, que venía de las fincas en las que ayudaba a revisar el proceso de siembra y el encamado apropiado de la tierra para que el abono no fuera excesivamente nitrogenado ni con fósforo en demasía.

Esther se lo presentó, así igualmente hizo con Rebeca y algunos trabajadores, que le miraban de arriba abajo intentando buscarle los tres pies al gato, sospechando de su intrusión de igual modo que si fuera el marido de Emma apareciendo de repente. No hacía nada allí y a menos que explicara sus razones, se estaba convirtiendo en la diana de las miradas asesinas de todos los presentes.

Los nervios estaban, además, ese día, a flor de piel. Estaban esperando a que la cooperativa dictaminara la calidad del grano de los chicos que se habían establecido en las otras fincas, y todos apostaban a que les darían un buen veredicto.

Una vez comieron todos, entre bromas forzadas y aluviones de hurras por el éxito esperado, Esther intentó hacer algo que podría venir estupendamente con Bernart. Le llevó al centro de terapias. Le dijo que se desnudara y se pusiera uno de los bañadores que tenían dispuestos para los clientes. Le metió en la cápsula sensorial como si fuera un juego de niños de lo más inocente, y cuando él intentaba abrir porque se encontraba demasiado tiempo dentro, ella le empezó a hablar.

—Bernart, ¿ Te encuentras bien, flotando en esa atmósfera ingrávida?

—Sí, pero por favor, ya es suficiente. Quiero salir ya. Abre, creo que se ha atascado la puerta.

—Vaya, eso parece. Un momento, voy a pedir ayuda.

Era la primera vez que utilizaban esa bañera y aún no estaba familiarizada con el mecanismo. Diego y Mari Luz no estaban en el centro, y algo nerviosa corrió a buscar ayuda.

Bernart se estaba quedando sin oxígeno. Pero ahí estaba Emma, que les había seguido movida por la curiosidad y con ganas de probar igualmente esa máquina novedosa.

Forzó como pudo la compuerta, tirando al máximo de sus fuerzas, escuchando los gritos desde dentro que indicaban que Bernart estaba padeciendo un ataque de pánico.

Entonces, como algo milagroso, accionó unas manivelas de debajo de la máquina que desatascaron el cierre hermético de seguridad, levantando la puerta para liberar al ex marido de Esther, que ya estaba del color de la nieve, blanco, tiritando y muerto de miedo.

Esther volvió con una pala para romper la puerta, pero ya no hacía falta. Emma le había sacado de allí tocando todos los mecanismos hasta dar con el resorte de apertura.

—Te juro que no era mi intención hacerte pasar este susto, Bernart. —Se excusó Esther, ayudando a su ex a salir de allí, acercándole una toalla.

—Me lo merezco, Esther, por todo lo que te he hecho pasar a ti y a tu familia. Quiero que me perdones, que descanses por fin de tu huida y te sientas libre de ir a donde te plazca sin que temas que yo te encuentre, porque respeto tu libertad y nunca más me entrometeré en tu destino.

Acto seguido, cogió sus cosas, se cambió en el vestuario, y con un saludo de despedida, se fue hasta donde tenía su coche y se marchó.

Nunca más se supo de él, ni su familia volvió a recibir una llamada suya para saber sobre Esther.

Bernart encontró el equilibrio, y ya no se suspendía en el vértice de sus obsesiones, porque estas habían caído al vacío más hondo del perdón, donde todo lo que nos ha hecho daño acaba convirtiéndose en un eco cada vez más débil hasta desaparecer por completo. Igualmente ayudó desde el anonimato a Emma, induciendo a su ya ex marido, tras haber logrado separarse de él, a asistir a las terapias de conducta, donde fue recobrando una actitud respetuosa hacia sí mismo y las mujeres. Finalmente, se fue a vivir a Alemania donde tenía familia y un trabajo que le esperaba con mejores condiciones.

Kevin y Esther habían seguido manteniendo su amor a escondidas, hasta que el día de la cosecha, de la buena cosecha, mostraron al mundo la relación que les unía, la de dos seres que juntaron sus fuerzas para llevar a cabo maravillosas iniciativas, que se originaban, igual que los rayos que rasgan el cielo en las tormentas, completándose el uno al otro como un mismo ser.

El templo en ruinas se convirtió, con el tiempo, en una escuela de agricultura, que acogía a jóvenes desde diversos puntos geográficos para enseñarles técnicas agropecuarias.

La vida había vuelto a revolotear por los campos desérticos de muchas poblaciones rurales que se habían ido quedando deshabitadas. Una nueva era estaba a punto de comenzar.

FIN

*Querido lector, lectora, gracias por haber leído esta novela. Espero haya sido de tu agrado. Sería muy gratificante para mí que te tomaras un poco de tu tiempo para escribir tu opinión, dejando una reseña en Amazon y así ayudar a otros posibles lectores a considerar esta obra, para saber el efecto causado.*

*El hecho de haber llegado hasta aquí ya es toda una satisfacción que hace que cobre valor esta novela.*

*Un abrazo.*

*Sheila Maldonado.*

*\* Felicidad mórbida, expresión extraída del libro “Morbus” del escritor Ulises Novo.*

*\*”La música de los dioses” Blanco Y Negro Music, S.A.*